

NUEVA CULTURA

S U M A R I O

Editorial.

México, señal de futuro, Juan Marinello.

Raíces españolas de los mexicanos, Octavio Paz.

México en España, Mancisidor.

Palabras sobre México, Alvarez del Vayo.

Notas trasatlánticas, Silvestre Revueltas.

Elegía a Simón Bolívar, Carlos Pellicer.

Feria, María Luisa Vera.

Los hombres del Alba, Efraín Huerta.

Por debajo del sueño, José Bergamín.

El nuevo realismo, María Zambrano.

A Valencia, Juan Gil-Albert.

Iniciación de un tema..., Antonio Porras.

Significación de García Lorca, Juan Marinello.

País Valencia: Nova Aurora, Josep González Mir.

Ciutat oberta, Carles Salvador.

Un poco de Arquitectura Rural, Alfredo Baeschlin.

Notas de Juan Renán, Antonio Deltoro, Pedro Sanjuán, M. Bonilla-Baggetto, Antonio Aparicio, Emilio Nadal, Ricard Blasco, A. Baeschlin y F. Soldevilla.

Grabados de Chávez Morado, Diego Ribera, J. Clemente Orozco, J. Castellanos, Pablo O'Higgins, L. Méndez, A. Zalce, F. Gamboa y Baeschlin.

INFORMACION, CRITICA Y ORIENTACION INTELECTUAL

Bajo el signo de México, la gran nación hermana de América, aparece este número extraordinario de NUEVA CULTURA.

Hombres representativos del México de hoy—animado de un magnífico espíritu de creación—, descendientes del México milenario, descendientes también de nuestra vieja NUEVA ESPAÑA rinden en nuestras páginas homenaje fervoroso y cordial a esta ESPAÑA NUEVA que nuestro pueblo está forjando con heroísmo y abnegación que habrán de resultar históricamente ejemplares.

Ningún antifascista español podrá olvidar nunca lo que para nosotros representan, en estos momentos en que tantas cobardías, tantas vilezas morales se han puesto al descubierto, las actitudes de entrañable solidaridad con nuestra causa que resueltamente han adoptado la Unión de Repúblicas Soviéticas, ejemplo y estímulo del proletariado de todos los países, y México, República señera en el orden político y social de todas las naciones hispanoamericanas.

Fueron los intelectuales antifascistas, encuadrados en las distintas secciones de nuestra Alianza, quienes

B A J O E L S I G N O



D E M E X I C O

Publicada en Valencia-Agosto-Septiembre-October, 1937-Año III-Núms. **6-7-8**

primero acertaron a unir los nombres de estos dos grandes pueblos amigos de España en público y fervoroso homenaje popular que hubo de celebrarse en nuestra ciudad en los días inolvidables de noviembre de 1936, cuando las hordas del fascismo internacional avanzaban hasta las puertas mismas de Madrid donde habían de estrellarse frente al heroísmo ejemplar de nuestros soldados.

Hoy queremos subrayar solamente, de manera específica, nuestro reconocimiento entrañable al pueblo mejicano que con tan fina sensibilidad civil ha sabido captar el hondo significado de nuestra lucha, lanzando a los cuatro vientos el grito de su solidaridad y proclamando con decisión ante los círculos diplomáticos de la vieja Europa el único camino a seguir frente a la amenaza universal del fascismo.

Los hombres del México de hoy, que han conseguido llegar a un régimen político basado en principios democráticos y de avanzada justicia social, después de luchas enconadas y tenaces, supieron valorar justamente, desde los primeros momentos, el hondo significado de nuestra guerra.

Ellos han conocido también en su propio suelo la codicia sin entrañas de los grandes terratenientes que al amparo de una propiedad territorial sin contenido social alguno sometía al indio trabajador a un régimen brutal de miseria y envilecimiento; la actuación militante de una Iglesia que, con olvido culpable de sus altos deberes espirituales, se situaba siempre al lado de los poderosos; los estragos corruptores de un capitalismo egoísta al servicio de los imperialismos extranjeros; la degeneración bestial de un militarismo feroz abocado a todas las tiranías.

Ellos saben también que cuando un pueblo secularmente oprimido se pone de pie y defiende con decisión heroica el patrimonio jurídico inherente a su dignidad insobornable de hombres, no hay fuerza con poder bastante para abatirle o doblegarle.

Pero si todo esto lo conocen bien los hombres del México de hoy, libre y revolucionario, su condición de

hispanoamericanos les ha hecho captar con seguridad la verdadera entraña nacional de lo que en esta guerra de España se está debatiendo y ventilando.

Nadie puede hablar ya de una guerra civil que podría justificar una actitud de alejamiento y abstención por parte de aquellos pueblos que, respetuosos con la alta significación histórica de España, no quisieron vincular para el futuro sus simpatías con los postulados defendidos por uno u otro bando.

Lo que en estos momentos se está decidiendo en nuestros frentes de guerra es la propia independencia nacional de España.

En rigor nuestra contienda nunca presentó los caracteres precisos de una verdadera guerra civil. La pugna tradicional entre las dos Españas, se decidió de manera definitiva en los comicios del 16 de febrero.

Por ser esto así sobrevino la sublevación militar que, a pesar de su amplitud, fué rápidamente sofocada y vencida por el pueblo y su Gobierno.

Lo que luego la ha sustituido, sin sucesión de continuidad, al amparo de la traición inicial de los facciosos es una verdadera guerra de conquista alentada y sostenida por los fascismos europeos.

Si España fuera vencida, desaparecería como nación y se convertiría en territorio colonial al servicio del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán.

El ciclo histórico de nuestra cultura quedaría cerrado para siempre. Lo específicamente español pasaría a ser una sombra y un recuerdo.

Porque esto no pueda ocurrir—y no ocurrirá pese a quien pese—luchan y lucharán los soldados de España, sin límites en el heroísmo ni en la resistencia.

Nos asiste en nuestra lucha la comprensión y la simpatía de todos los hombres libres de la tierra. Nos importa más esta asistencia que el desdén de los que nunca acertaron a conocernos y la indiferencia cobarde de los vacilantes y egoístas.

Quede grabado el nombre de México como símbolo de los pueblos hispánicos de América que se hizo acreedor a nuestra gratitud imperecedera.



GRABADO EN MADERA DE CHAVEZ MORADO

México en España

MEXICO, SEÑAL DE FUTURO

JUAN MARINELLO

Más de una vez, los que conocen mi oficio de escribir y mi amor profundo por la tierra mexicana, han mostrado extrañeza de que no le haya dado el comentario extenso que merece. Con efecto, yo, que por necesidad profesional he discurrido sobre tantas cosas principales y accesorias, he escrito poco, casi nada, sobre México. Y no es que no lo haya pretendido. ¡Cuántas veces! Hacer una larga y personal meditación mexicana, decir el México que me anda por dentro, mi México de entraña—vamos a decir mejor: mi entraña mexicana—, es desde hace mucho una de mis ambiciones de escritor. Sobran razones para ello. Pocos espectáculos de la grandeza del México; pocos tan metidos en mí. ¿Qué más puede querer, quien entienda bien su tarea de discurridor, que la grandeza emocionada, lo maravilloso entrañable? No sé si algún día feliz podré cumplir mi ambición. A veces desespéro. Desespéro, porque mucho me temo que los obstáculos que hasta aquí han entrabado el propósito sean insalvables. No veo, por lo menos, que el tiempo los desvirtúe, y eso es ya una grave señal. Más grave es aún que la impotencia haya arribado a ese instante doloroso de la autopsia en que queremos saber, por mero interés experimental, por simple vanidad de diagnosticadores, por dónde vino la muerte. Como este concurso, tan cordial, abre el difícil camino de las confidencias, os diré qué razones sospecho yo que traen mi incapacidad de decir lo mexicano. Es, primero, cosa del sentimiento; después, cosa de los sentidos; por último, cosa de la razón.

Sabemos muy poco, casi nada, de las causas que determinan las simpatías súbitas y las estimaciones esenciales. Sospechamos, sí, que viven en suspensión dentro de nuestras zonas afectivas unos elementos sensibles y ciegos a un tiempo, prontos a rechazar con violencia o a abrazar con ternura total—ternura de ciego sensible—lo que se nos acerca. Ese dicho secular de que el amor es ciego no es otra cosa que la réplica de esta sospecha. Claro que, en rigor, no hay tal ceguedad. Lo que ocurre es que nos resistimos a que los demás vean de otra manera que nosotros, y que desconocemos el mecanismo por el cual otras gentes se sienten atraídas por lo que para nosotros merece repulsa. Una consideración más cuidada del fenómeno nos conduciría a una tesis, a una convicción pesimista, mortal. Pudiera sostenerse que la justicia es imposible entre los hombres, ya que ninguno puede librarse de ese impulso misterioso hacia la simpatía, que es el camino del perdón, o hacia la antipatía, que es el principio del castigo. Hasta dentro de mucho tiempo, hasta que se descubra la razón de nuestras adhesiones y desvíos y la medicina que nos balancee los ímpetus—la medicina que nos traiga la justicia—, seguiremos siendo mundos solitarios y monstruosos en estas faenas de amor y seguiremos llamando ciego al amor vecino porque no tiene los ojos ni las raíces de nuestro amor. Cuantas veces he tomado la pluma para decir mi México me ha turbado violentamente el temor de la injusticia. Injusticia por carta de más o por carta de menos, pero injusticia. Porque mi amor mexicano, me lo podéis creer, es de lo más primario, de lo más inexplicable, de lo más irresponsable y, posiblemente, de lo más injusto. Como que siento a México—¿quién puede saber las razones?—, como parte de mi vida, lo mismo puedo silenciar su mejor relieve, así como olvidamos el precio del aire que respiramos, que destacar con exceso un aspecto secundario y aun negativo de su pueblo o de su naturaleza con la pasión de quien se ve picado en la

vanidad de su propio cuerpo. Si de nuestros hijos enca-recemos costados sin valor, se nos escapan también las mejores excelencias.

Decíamos que en esa impotencia entraban por mucho los sentidos. Así es. Son muchos los que hablan de la demasiada fuerza agresiva del paisaje mexicano. José Moreno Villa me decía, no hace mucho, que la violencia del campo de México le llegaba a producir malestar físico, agobio angustioso. A mí no me ocurre así; pero hijo de tierra dulce y de paisaje femenino, entiendo muy bien este tipo de asfixia. Sí me sucede, cuando estoy en México, vivir como en un inacabable asombro infantil, entontecido por la maravilla en torno. Cada voz de cosa o de hombre se alza para mí en pareja intensidad, y por eso no doy con la voz esencial de México. Como todo me requiere la atención con igual grito, me quedo sin la medida de conjunto. Repaso mis días de Patzcuaro, de Guadalajara, de Veracruz, de Morella, de Cuernavaca, de Aguas Calientes, de Taxco, de Uruapan, de Cuautla, de Tepoztlán, de Amecameca... Vivía yo a la defensiva, hurtándole el bulto a tanta flecha desgarradora de la piel interna. Del sueño del lago a la fuerza de la montaña, del rumor del valle al silencio del indio. Pero era un silencio poblado de sospechas, un rumor levantado de espinas, un sueño de miradas recriminatorias, una fuerza turbada de cansancios. Llegaban momentos, muchos, en que el espíritu sufría de una rara distensión dolorosa, estrujado por las alusiones contrarias. Disponíamos el ánimo a la contemplación de lo magno desde el mirador de Tarácuari, y nos esclavizaba y nos metían por las vías de lo precioso doméstico las manos campesinas que pintaban a nuestro lado la batea primorosa. Nos íbamos al pasado entre maravillosas piedras indígenas y calles de limpia y superada castellanía y nos despertaba al futuro el puño alzado de los ejércitos proletarios. México tenía todos los tiempos, todos los colores, todos los espacios, todos los mañanas. Y yo era un espejo estrecho y empedernido.

Mil ocasiones me ha poseído la esperanza de entender, de aislar, la esencia mexicana lejos de México. Por dos veces, al dejarle, he sentido la responsabilidad de su recuerdo. En la lejanía, en una lejanía de presencias, era la gran tierra como una contradicción enconada, como un clamor desesperado de sangres y climas, como un tropel de colores y sonidos, como un gran mundo de presagios. La fuerza de su pasado, de su porvenir, de su naturaleza, de sus gentes, seguían defendiéndolo del análisis. México seguía siendo nuestro, parte de nosotros—juez y parte— a través de los días y del mar.

Y a un hombre así, que confiesa su amor por México y su desesperanza de explicarlo, se le asigna esta tarde una tarea terrible: la de trazar el perfil de México. Los que pusieron tal título a mis palabras no pensaron a la verdad lo que hacían, no recordaron qué cosa es México y qué cosa es un perfil. Un perfil, y no me dejarán mentir los camaradas pintores que aquí están, es síntesis y contraste o no es nada. Un perfil no admite ni titubeos, ni vacilaciones, ni miedos: ha de recortarse enérgicamente contra el fondo animador y ha de lograr, con su solo ojo y su media boca y su media nariz, el relieve válido del retrato. Un perfil de México sería un intento en extremo ambicioso, impropio de estas palabras presurosas y quizá su propósito radicalmente desatentado. Por suerte, México, realidad compleja y riquísima, está haciéndose su perfil, es decir, andando hacia el logro de una fisonomía desta-

cada y sintética. Los que le amamos en la grandeza tormentosa de su tragedia preferimos que mañana, en una mañana que veremos, su perfil se nos entregue limpio y enérgico, hecho a golpes de su propia sangre.

Si tenemos la seguridad de que México dará a América y al mundo su perfil rector, es por esa misma imposibilidad de advertirlo que ahora sufrimos. Esa impotencia de asir el hecho mexicano, ese huir del análisis para guarecerse en nuestras mismas venas, son la marca de un enorme significado humano y la garantía mejor de una naturaleza centralmente revolucionaria. Sólo un grupo humano llamado a grandes destinos puede de este modo poseer a quien no ha nacido en su seno. Una suma de calidades tan singulares no puede determinar sino el maestrazgo político. Cuando se dice que México es guía y orientación de Hispanoamérica, no se define tanto una realidad actual como un futuro indefectible. Para mí la fuerza de México, la esperanza de México, no se manifiestan porque haya logrado tal o cual conquista en su legislación social o en su régimen de tierras. Para mí la certeza de que México será cada día más nuestro guaiador viene de haberle visto ascender por los más ingratos caminos y con el peso de las más crueles esclavitudes. Es esto lo que da la medida leal de aquel pueblo. A mí no me preocupa demasiado si en algún aspecto México yerra o peca. Porque me sé que una fuerza que ha podido vencer tanto y que mantiene la energía intacta ha de encontrar vías de acierto por la sola virtud de su existencia; yo sé que una humanidad tan colmada no puede sino ganarse, al desplazarse, los caminos de la justicia. Con lo que está dicho que mi fe mexicana nada tiene que ver con la obra de los conductores de aquel pueblo, sino con la firme intuición secular de sus masas maltratadas. En ellas, sin literatura, vive el futuro de nuestros pueblos.

Es ese México popular, ese México que hace su perfil, su destino, de la más honda herida, el que tiene derecho a dar la mano tostada a los que, a poca distancia de esta sala, están ahora muriendo por todos los hombres. Porque ese es el México que ha muerto, que morirá mucho tiempo todavía, por un hombre mejor. Ese es el México que entiende que España se está subiendo ahora, como cuando el Descubrimiento, al plano universal. Ese es el México que ha entendido a plenitud el nuevo sentido de esta España sin geografía. Cuando la hazaña asombradora de Colón la acción española se producía al mayor provecho de los privilegiados de la hora. Las tierras se ocupaban para la Corona y para los que la sostenían. Por eso tuvo

que venir, rectificando la obra esencialmente dañada, la guerra de Independencia. En su fase más cercana, cuando Santiago de Cuba, se advierte mejor que la masa americana y el soldado que iba a morir disparando contra ella eran víctimas de una sola injusticia secular. Weyler—Dios, Patria y Rey—era lo mismo que Franco. Y los insurrectos rechazaban, como los miembros del heroico Ejército Popular Español, una dominación extranjera que no miraba más que a la más cómoda explotación de la masa laboriosa. Los explotados, soldados españoles y patriotas hispanoamericanos, no podían entender su común realidad. No había sonado la hora de la comprensión, de la identificación por la clase. En esa hora estamos. Por eso la masa mexicana, como la de toda Hispanoamérica, ha descubierto que la obra universal del español de ahora ni merecerá ni necesitará rectificaciones. Ahora no se batalla en España en beneficio de un grupo ni, en rigor, para el bien de una nación. Ahora este pueblo lucha, con su vigor vitalicio, por una mejor convivencia humana. Ahora la acción posee, por primera vez, conciencia de su raíz. Por eso es imposible imaginar que deja intacta la fuente de la desdicha, la organización monstruosa de la economía. Esa monstruosidad, herencia de conquistadores y encomenderos, es también la que hay que derribar del otro lado del mar. Por primera vez los ofendidos de aquí y de allá, los mismos que un día se despedazaron por causa de sus comunes opresores, se tocan las manos en un entendimiento verdaderamente humano.

México, es decir, Hispanoamérica, está aquí como deber y como conciencia. No hemos querido que en momentos en que España se lanza a hacer un mundo de justicia queden ausentes quienes son hijos de su sangre y empiezan a ser hijos de su verdad, quienes tienen que abatir en sus tierras, como lo está haciendo ahora el pueblo español, la rapaz penetración extraña y la torpe y cruel reacción interna. El vínculo sanguíneo, la relación familiar, no es más que una posibilidad específica de unión eficaz. Para que dé sus frutos últimos han de vibrar padres e hijos en el mismo esfuerzo superador. Nosotros venimos aquí como lo que somos, como españoles de la otra orilla que hemos descubierto con goce indecible que el ímpetu hispánico, ayer ciego, conoce hoy sus vías y las recorre a salto heroico. Hemos venido, no por parientes, sino por iguales, porque el parentesco nos ha acercado a una obra que lo traspasa. Ahora sí somos la misma cosa. En la sangre común ha amanecido una nueva conciencia. Ahora sí somos hermanos. Porque hemos comenzado a ser hombres.

RAICES ESPAÑOLAS DE LOS MEXICANOS

OCTAVIO PAZ

Con el acto de esta tarde finaliza el primer ciclo de pequeñas conferencias que ha organizado la Delegación Mexicana. En ausencia de la camarada encargada de desarrollar el tema "La Revolución en Marcha", quisiera, brevemente, recoger el significado de esta tarea, realizada toda bajo el signo apasionado que despierta vuestra guerra y vuestra Revolución.

Yo no sé, camaradas, si a través de este rápido y casi fugitivo contacto con México, vosotros habréis logrado una imagen real, así sea panorámica, de nuestro país. Ya decía Juan Marinello, ayer por la tarde, en este mismo local, que quizá el perfil de México todavía no era sino un rico, prometedor esbozo; una violenta, dura y viva suma de fuerzas en integración. No sé si vosotros habréis sentido esa contradicción, esa violencia arrebatada, a veces dispersa y otras volcada, sombríamente, sobre sí misma; probablemente vosotros, como españoles, adivináis en esa tensa inmovilidad del mexicano y su paisaje, en esa constante lucha por sí mismo, algo de vuestro aliento y del de vuestro propio sino. México se llamó en una época Nueva España. Los conquistadores quisieron así, al tiempo que recordaban a su patria (recuerdo que la Meseta Mexicana adivaba), dar sentido y destino a una nueva nacionalidad.

Y siendo Nueva España el más rico de los Virreynatos y la más importante de las colonias, la región americana, en la que el pueblo español se vertió más plena y continuamente, adquiere, desde el siglo XVI, relieve propio, contornos personales, autonomía en el estilo y el modo, ya que no en lo económico ni en lo político. Y siendo cada vez más personal y distinta Nueva España, cumplía su destino y su signo, pues aquellos que la nombraron quisieron que de verdad fuese Nueva España, otra España, y no segunda España; siendo otra era fiel al designio creador de España.

Así, los años del Coloniaje transcurren para México como la lenta maduración de su ser, de su propio y vivo ser; y como un nuevo cuerpo y un nuevo espíritu, nosotros la vemos en esos días. El régimen económico que vivía México era vuestro propio régimen, ese que ahora vosotros aplastáis por todo lo que tiene de opresor, de injusto e inhumano. El proceso independiente de México ha sido semejante al vuestro. Y ahora, después de cuatrocientos años, mi país busca su propio rostro, su verdadero cuerpo, su voz más propia. Y sabe que eso sólo será posible mediante la guerra, mediante la lucha contra todo lo postizo y ajeno y, también, contra lo falsamente nacional,

contra lo que no puede contener al hombre y a la Revolución. Sabemos los mexicanos que la lucha por el hombre es, al mismo tiempo, la lucha por salvar lo propio, lo español o lo mexicano, lo que no se vende ni traduce.

Camaradas, vuestra cultura y vuestra sangre forman, desde hace cuatro siglos, nuestra cultura y sangre; y esta sangre y esta cultura, ayer regada en México tan prodigiosamente, ya crecidas entre nosotros a través de una historia amarga y henchida de angustiosas enseñanzas, son las que ahora os ofrecemos los mexicanos que estamos en España: aquellos que luchan con el heroico Ejército Popular en los campos de la muerte y la victoria, y los que convivimos con vosotros. Esta sangre española, que no fué toda de conquistadores rapaces, sino de civilizadores y constructores de pueblos; esa sangre del pueblo y de sus sabios y educadores; esa que tiñó a los indios e inició el mestizaje, cualesquiera que hayan sido las características

del tiempo, y la otra, la más pura y gloriosa de Javier Mina, que luchó con los revolucionarios mexicanos por la libertad de América y del hombre; esa sangre del pueblo español, que parecía olvidada ya de España, tan íntima y esencialmente mexicana, era, es esta que ahora os entrega México con su voz, su adhesión y su esperanza y certeza en la victoria.

Nacido México en la hora universal de España, en la hora en que el pueblo español, a través de no importa qué ideas o formas económicas, daba su sangre y su voz a un mundo, ahora, en esta otra hora de España universal y popular, en esta hora libertadora del hombre y del español, quiere recordar la antigua voz de la sangre creadora y, como ayer Mina en México, dar la mano y el corazón a su pasado entrañable, a lo más dramático y digno de su presente, al más cercano e iluminado de sus amaneceres: a España, madre, hermana y camarada.

“ MEXICO EN ESPAÑA ”

MANCISIDOR

Hablar de “MEXICO EN ESPAÑA”, tomando como axiomática la suposición de que ser mexicano es ser español, esto es, de que ser mexicano significa sentir y padecer el proceso creador del pueblo de España, sólo por el simple hecho de haber nacido mexicano, es un error. Lejos y cerca de nuestras fronteras, dentro y fuera de nuestra geografía nacional, hay mexicanos fieles a nuestro pueblo, de la misma manera que existen también quienes no recuerdan a México más que cuando este nombre, limpio por el esfuerzo popular, puede ser el salvconducto que ha de dejar impunes todas sus infamias.

Particularmente, muchos de los que a distancia de nuestras costas han olvidado hasta que nuestro país comienza en el Bravo y termina en el Suchiate, emigraron de allá, se expatriaron por propia voluntad cuando nuestro pueblo, cansado de su oprobiosa y secular esclavitud, conquistaba su incipiente libertad con el sacrificio de su sangre y el dolor de su carne.

Vosotros, camaradas españoles, conocéis el espectáculo: los señoritos, los hijos de familias acomodadas; las niñas que soñaban con un título nobiliario, pensando siempre en el antepasado enriquecido en nuestros campos de conquista y premiado a bajo precio con un don que exornara el nombre envilecido con anterioridad en el robo y el despojo; las viejas beatas que habían entregado su alma—y su cuerpo también—al cura y al sacristán y los viejos decrepitos que, como sus mismos retoños, huían de nuestro México avergonzados de un pueblo que, más digno que ellos, comenzaba a trazar por campos y ciudades el perfil de un México nuevo, de un México mejor y más humano con que por siglos enteros habían soñado los hijos verdaderos de nuestra Patria...

Por este anhelo se venía peleando en México desde 1810...La contienda, en realidad, no era nueva. Era únicamente la continuación de un drama interrumpido por Iturbide en 1821. Porque lo que ha dado en llamarse la Independencia política de México, no es en el fondo más que la confabulación de las capas dominantes de la Colonia con el caudillo militar que mejor habría de servir a sus intereses.

Vuestra historia, camaradas españoles, es tan nuestra, que no habría acto de ella que no hubiera tenido un eco y dejado una huella en nuestro corazón y en nuestras almas. Recordemos, entonces, algunos de sus detalles. Evoquemos un poco el pasado, aunque no sea más que para fijar, a grandes rasgos, la relación de vuestra historia con nuestra vida.

Vosotros, como en esta ocasión, pasabais por una dura prueba. Napoleón invadía vuestro territorio, mientras Madrid, el inmortal Madrid, como ahora también, escribía con su arrojo páginas brillantes para el mañana. Y los sucesos que en la Metrópoli se desarrollaban repercu-

tían en las colonias, deseosas de acabar con sus tres siglos de servidumbre. Una de esas colonias se llamaba NUEVA ESPAÑA. Una NUEVA ESPAÑA, en la que, además del factor español, intervenía el indio de espíritu indomable, capaz de crear él mismo y por sí solo una cultura y una civilización...

En un pueblecillo del interior de lo que hoy es la República Mexicana, un cura humilde lanzaba el reto a los opresores. (Conviene aclarar que en todos los órdenes de la vida colonial el bajo clero sentía gravitar sobre sus espaldas el insultante esplendor de los grandes dignatarios de la iglesia.) Alrededor de aquel humilde cura, inquietado ya por las doctrinas filosóficas de los pensadores del siglo XVIII, se agrupaba un pueblo entero que, sin idea precisa del contenido político de lo que se perseguía, daba gritos de júbilo por la libertad al mismo tiempo que lo hacía por Fernando VII. Sin embargo, el caso no era inexplicable: Fernando VII, víctima de su propia cobardía, permanecía prisionero de Napoleón, ocupado en hacer la felicidad de los españoles en forma semejante a ésta en que el fascismo lo intenta ahora.

De esta manera, bajo la apariencia de defender la legitimidad de un rey odiado como pocos, el pueblo de la Nueva España se levantaba para conquistar en realidad el pan, su independencia, el derecho a existir.

La lucha fué cruenta. Los primeros libertadores fueron cayendo uno a uno, pero no sin que antes, por boca de otro cura humilde—José María Morelos—, dejara de hablarse ya de la edificación de nuestra nacionalidad y de la reivindicación de la tierra para quienes verdaderamente la trabajasen. De este postulado, de esta base teórica arranca el movimiento revolucionario de México, de que tanto se ha hablado por el mundo.

Todo parecía perdido para nuestro pueblo. Sólo en algunos lugares, luchadores irreductibles mantenían el fuego de la rebelión. A ellos llegó un día el eco de un nombre desconocido. La historia consigna que Francisco Javier Mina, español enemigo de la tiranía de Fernando VII, se levantaba en contra de éste allí en donde la libertad de un pueblo reclamaba su presencia. (En esta actitud me parece ver reflejada la de los antifascistas italianos y alemanes que en tierra de España luchan en contra de Hitler y Mussolini por la libertad humana.)

Mas el paso de Mina fué cortado. Los servidores del absolutismo no podían perdonarlo, y prisionero y desarmado supo de la infamia de ser golpeado por quienes jamás pudieron derrotarlo en el campo de batalla...

De todos modos, Mina descubrió, a los ojos de nuestro pueblo, que existía otra España, víctima también de la opresión y la maldad de nuestros propios opresores.

Después de la caída de Mina todo parece terminado. Solamente en las abruptas montañas del Sur, Guerrero, el

indomable Guerrero, mantiene vivo el sentimiento de re-
dención.

Es de España misma de donde habrán de tomarse los elementos necesarios para realizar lo que se llama nuestra Independencia Nacional. El pueblo español lucha en contra del absolutismo de Fernando VII, y éste, obligado por la presión popular, se ve constreñido a aceptar el retorno a la constitución de 1812, que señalaba un paso de avance frente al absolutismo reinante. (Quiero subrayar este hecho, porque él denuncia, con fuerza abrumadora, cómo para las capas dominantes del pasado y las del presente en el mundo burgués el concepto de Patria está reñido por completo con el afán de conservación de los intereses que representan.)

Es así como las clases directoras de la antigua Nueva España piensan en que la implantación de este Estatuto llevará a las capas explotadas de la colonia el conocimiento de ciertos derechos que ellas no estaban dispuestas a concederles. De estos acontecimientos históricos en España arranca nuestra Independencia. Las clases directoras coloniales buscan un caudillo que, realizando la emancipación política de la Nueva España, mantenga en pie sus privilegios. Y escogen a Iturbide. A Iturbide, que ha sido un enemigo implacable de los viejos libertadores y que, por una necesidad de las capas dominantes, se ve convertido en el libertador de nuestra nacionalidad.

Pronto el pueblo del naciente México se convence de que sus condiciones de vida no han cambiado, y entabla luchas que se prolongan hasta nuestros días para lograr transformarlas.

La de los republicanos en contra de los monarquistas; la de los federalistas en contra de los centralistas; la de los liberales en contra de los conservadores, no son más que actos de una única tragedia escrita por el heroísmo y la inquebrantable voluntad de un pueblo para crearse una vida propia.

Lo que ha dado en llamarse en nuestros días la "Revolución Mexicana" es un nuevo acto de esta tragedia, que habrá de concluir—de eso si estamos perfectamente seguros—con la consecución de nuestros objetivos.

Si nos asomamos, aunque sea para echar una mirada rápida al México que precedió al movimiento de 1910, tropezaremos con un país encadenado por la feroz dictadura de Porfirio Díaz. Yo recuerdo cómo, muy niño aún, veía pasar las cuerdas de enganchados para el Valle Nacional. Las tenebrosas mazmorras del Castillo de San Juan de Ulúa y las prisiones de Veracruz, en donde los seres humanos eran sepultados en vida por sus ideas y sus esfuerzos en favor de nuestra emancipación. ¡Pobre recurso de todos los tiranos para encadenar el pensamiento humano!

Las masas obreras habían sido entregadas, atadas de pies y manos, a la voracidad imperialista, y la tierra permanecía acaparada por unos cuantos señores feudales, mientras la enorme población campesina languidecía en una servidumbre que apenas si se diferenciaba de aquella de la época de la Colonia. Para dar una ligera idea de lo que en México significaba la miseria del campesino, basta decir que sólo en poder de un dos por ciento—aproximadamente—de detentadores de la riqueza pública se repartía un noventa por ciento de la propiedad rural. A esto hay que agregar las inhumanas jornadas de trabajo, el látigo de administradores y capataces, las tiendas de raya, en donde los trabajadores eran vendidos de generación en generación, y las represiones en contra de los indios, como aquellas de Tomóchic, Papantla y Acayúcan.

La Revolución ha acabado, en ciertos aspectos, con esta condición feudal. Ha iniciado una etapa de reintegración nacional y ha organizado un régimen democrático-liberal con tendencias socializantes. Base de esta edificación son los postulados 27 y 123 de nuestra Carta Fundamental. El primero se refiere a la nacionalización de nuestro suelo, el segundo a las cuestiones del trabajo.

Hay que hacer constar, para quienes desconocen por completo el proceso y el alcance de nuestra Revolución—y por ello la subestiman o la sobreestiman—, que ella mantiene una franca posición antiimperialista y lucha,

además, en contra de la burguesía nacional, cómplice y servidora del imperialismo internacional.

Bajo este ángulo de observación, si quisiera establecerse una comparación rigida de lo que en México hemos realizado con lo conseguido por la Revolución rusa, se caería en un error que acusa carencia de base política y falta de sentido dialéctico. Sólo la Revolución rusa ha creado un verdadero estado proletario; sólo el Gobierno de los soviets ha logrado sentar los cimientos de una nueva humanidad, y sólo él ha podido trazar los lineamientos precisos de una rica existencia. Pero colocados en la geografía de los pueblos americanos, de pie en nuestra realidad económico-político-social, es fácil comprender que ante el proceso histórico de aquellos pueblos México ha echado a andar, desde hace años, el reloj de la historia.

Para dar mayor fuerza a mi aserto, me referiré a las palabras de Earl Browder, Secretario general del Partido Comunista norteamericano y miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, durante el pleno del Partido Comunista de México en días pasados. El decía: "Constituye un inmenso placer para nosotros en los Estados Unidos contemplar al pueblo mexicano organizando cada vez más sus fuerzas, haciendo retroceder día a día a las fuerzas reaccionarias, haciendo evidente su independencia nacional y convirtiéndose en guía de todos los pueblos latino-americanos, realizando constantemente los grandes objetivos de su Revolución nacional expresados en su Constitución. Nos regocijamos al contemplar medidas tales como el reparto de tierras a los campesinos. Nos alegramos al verlo rescatar sus ferrocarriles de una vez y para siempre de manos de los imperialistas extranjeros. Nos llena de gusto mirarlo marchar paso a paso hacia la posesión y administración, uno después de otro, de sus grandes industrias y de sus recursos nacionales. También tenemos nuestras propias razones—egoístas—al experimentar esta alegría: un pueblo mexicano libre e independiente será una gran ayuda y un gran estímulo para que nosotros, en los Estados Unidos, arrebateemos nuestra libertad de manos de los monopolistas de Wall Street, quienes no solamente saquean a México, a Cuba y a toda la América latina, sino que también roban y oprimen al pueblo de los Estados Unidos con la misma ferocidad".

Este, camaradas españoles, es el sentido histórico de la Revolución Mexicana... Pero para continuar hablando de México urge decir, ante todo, que de los países americanos de habla española él es uno de los que acusan una personalidad más vigorosa y mejor realizada. No ha bastado—o pudiera afirmarse que por ello mismo—la vecindad del imperialismo norteamericano para lograr aplastar lo que a nuestro pueblo intrínsecamente pertenece, como no fueron suficientes tres siglos de opresión ni de bestialidad destructiva de los encomenderos para aniquilar la tradición espiritual de un pueblo que poco a poco ve surgir de las entrañas de su tierra lo que él creara con su propia entraña.

Bastaría pasar la frontera, viniendo del otro lado del Bravo, para encontrar que allí, en las propias tierras del Norte, nace un país que ha forjado los contornos de su personalidad en su propia tragedia, transformada ya en motivos de alegría y de esperanza. Estos contornos se han precisado más después de la última etapa de nuestra revolución. De ella han surgido nuevas formas de existencia y nuevas relaciones sociales entre los hombres. Los obreros se han organizado en la lucha por sus reivindicaciones, consiguiendo leyes que resguardan sus intereses; los campesinos han visto desenvolverse en su favor la política oficial agraria, ampliada ahora por el Gobierno del General Cárdenas con la colectivización de las tierras de Yucatán y La Laguna, arrebatadas a las fuerzas imperialistas, a las que combatimos.

La nacionalización de los ferrocarriles, entregados a los trabajadores, es un paso más hacia nuestra liberación.

En materia educacional, nuestro movimiento ha desvinculado definitivamente a la escuela de la iglesia. La lucha de los maestros en contra del clero no reconoce límites, y no es raro encontrar en nuestros campos, entre la

gloriosa masa de maestros rurales, trabajadores cuyas orejas han sido cercenadas por las hordas "cristeras" encabezadas por curas y salteadores ayudados por la iglesia.

Hay que hacer constar que nuestra Revolución, antes de la llegada del General Cárdenas al poder, había entrado en un período de retroceso. Que algunos de los caudillos la habían traicionado, y que uno de ellos, el General Calles, fué arrojado de México por nuestro pueblo, que así castigó su deslealtad.

Corresponde—y esto hay que reconocerlo sin reservas mentales—al General Cárdenas el mérito de haber conseguido que la Revolución mexicana reiniciara su marcha. Es bajo su administración que se consigue la unificación de las centrales obreras; la presencia del Frente Popular, la legalidad del Partido Comunista y la libre circulación de su órgano de publicidad: "El Machete"; el aceleramiento en el reparto de las tierras; la resolución favorable al proletariado nacional en huelgas de gran significación por los intereses imperialistas que entraban en juego; la reforma al artículo 3.º Constitucional, implantando la enseñanza "socialista"—término que merecía especial aclaración—; el impulso a la cultura popular; la protección a las organizaciones de intelectuales revolucionarios, como la Liga de Escritores y Artistas de México, así como otras reivindicaciones inmediatas para obreros y campesinos, cuya conciencia de clases—no hay que olvidarlo—ha despertado en el proceso de nuestra Revolución, en sus luchas y en sus experiencias.

Insistire en expresar que, frente al panorama conservador y regresivo de los demás Gobiernos americanos, el Gobierno actual de México, como el de Colombia, tienen un carácter progresivo y liberal.

Este Gobierno cuenta, naturalmente, con gran respaldo de masas. Ante la agresión imperialista del exterior y la obstaculización de la burguesía nacional, el General Cárdenas ha logrado imprimir a su administración un carácter popular. Es por esto mismo, por ser un Gobierno que responde a los postulados de reintegración nacional de nuestra Revolución, por ser un Gobierno ligado a las masas populares nacionales y a las fuerzas organizadas del proletariado y el campesinado, por lo que este Gobierno ha sabido colocarse, obedeciendo la voluntad de nuestra nación, en el lugar que le corresponde frente a la criminal agresión de que ha sido y es víctima el gran pueblo de España.

Si se estudia con serenidad la secuela de nuestro movimiento de reivindicación nacional, comprenderemos sin dificultades que México, el México que la Revolución ha construido, tenía que escuchar en su propio seno el eco del cañón asesino y la voz de sus hermanos españoles reclamando manos fraternales.

El gran escritor holandés Jef Last, que lucha aquí en España por la libertad del mundo, me decía: "Cuando en el mes de septiembre, en la Sierra, nosotros, los milicianos, no teníamos casi nada de armamento para defendernos contra los fascistas, los primeros fusiles que recibimos fueron los fusiles mexicanos. Y con un fusil mexicano he disparado los primeros tiros. Nunca olvidaré nuestra alegría por esta primera prueba de solidaridad internacional". Y estas armas, su alijo en los barcos y conducción al lugar de su embarque, trabajando horas extras, habían sido realizados por trabajadores mexicanos, sin aceptar jornal de ninguna clase, con el entusiasmo de saber que ellas salvarían a sus hermanos españoles y anhelando sólo, en esa hora dura de prueba, que la solidaridad internacional tuviera en México revolucionario un fuerte y firme eslabón.

Camaradas españoles: no hemos sido los últimos en venir a vuestro lado. Mas no reclamamos lugar de honor. Estamos contentos de nuestra actitud y convencidos de que, lógicamente, nos hemos superado en nuestro afán de seros útiles. Sabemos que otro gran pueblo—el de la Unión Soviética—os ha ayudado con mayor eficacia que nosotros. Esto nos enorgullece. Porque como mexicanos que propugnamos un México mejor y como revolucionarios que trabajamos por un mundo libre, nos sentimos conmovidos por el elevado ejemplo de ese gran país en

cuyo porvenir tenemos puesta nuestra inmensa fe de luchadores.

Peró aún hay más. La Delegación mexicana que habla por mi conducto me ha encargado, de manera muy especial, manifieste aquí, como lo hago, nuestra reprobación como mexicanos a la labor de insidia que se viene desarrollando en algunos sectores de la vida española en contra de la Unión Soviética. Y que esta reprobación no tiene límites, cuando se pretende utilizar el limpio nombre de México en maniobras sucias y contrarrevolucionarias. Y que si hay algún mexicano que las apruebe y en ellas tome parte, negamos que ese mexicano sea un hijo de nuestro México actual y mexicano honesto. Porque ser mexicano auténtico y cabal en esta hora dramática de España—que es México y que es el mundo entero—es hacer que el nombre de México pueda permanecer tan puro y limpio como nuestro pueblo nos lo ha entregado y como el de esta España que lo ha ennoblecido con la sangre, con el heroísmo y la dignidad de sus hijos...

Por lo que a nosotros hace, que es lo mismo que decir, y por lo que al México revolucionario se refiere, a aquel gesto de Mina cruzando el Atlántico para defender y lograr nuestra independencia, hemos correspondido ahora enviando no solamente armas—que éstas tal vez no podamos aportarlas con la eficacia que deseáramos—, sino el aliento de un pueblo hermano que sufre con vosotros y está plenamente convencido, por su propia experiencia, de vuestra victoria.

Desgraciadamente, las luchas de hoy no se ganan solamente con alientos y esperanzas. Mas estamos seguros también de que la vitalidad y el espíritu creador de un pueblo no se exterminan jamás con obuses y metralla... Trescientos años de esclavitud no nos despojaron, sino que perfeccionaron los rasgos de nuestra fisonomía. De la misma manera, entre el incendio y el fuego de vuestros asesinos, surgirá, pasada la contienda, una España más grande y magnífica de las que tenga recuerdo el conocimiento de los hombres.

Antes de terminar quisiera relataros un episodio, que dice, entre otros muchos, lo que el pueblo mexicano os ama. Era el día en que el Presidente de la República, acatando un mandato legal, estaba obligado a comparecer ante la Representación Nacional para rendir un informe del último año de su administración. Tiempo antes habían salido algunas armas para España. Las galerías, en el amplio local de la Cámara de Diputados, estaban congestionadas de trabajadores. En los palcos, los Ministros de Italia y Alemania. En nuestro país, que, como en todos los países de caudillaje, la política internacional se ha hecho a espaldas de los pueblos, los elementos reaccionarios abrigan la certeza de que el General Cárdenas ocultaría a nuestro pueblo su actuación en derredor del conflicto español. Cuando el Presidente llegó al capítulo correspondiente, en su resumen, un silencio sepulcral reinaba en la sala. De pronto, el General Cárdenas, haciendo más reposada, pero a la vez más enérgica la voz, informaba a la Representación Nacional y a la gran masa de obreros reunidos allí de la ayuda que su Gobierno, en nombre del pueblo de México, había prestado a España.

Jamás un Presidente en nuestro país—desde los tiempos del apóstol Madero—ha presenciado un júbilo mayor. La sala se estremecía por los aplausos, y el General Cárdenas, por primera vez en nuestra historia, sabía que su Gobierno había de contar con el amor y la gratitud de un pueblo consciente y responsable de sus actos.

No obstante, esto no significa que el Gobierno actual de México sea perfecto. Hay todavía mucho que andar. Nuestra Revolución está limitada aún por lagunas difíciles de franquear, y nuestra lucha en contra del imperialismo nos obliga a permanecer vigilantes y en guardia por la defensa de nuestros intereses. En esta intención y en este objetivo, los elementos revolucionarios mexicanos no cedemos lo más mínimo. Vendrán otros días terribles para nosotros, pero nos encontrarán como hasta ahora, dispuestos a luchar y a vencer...

Camaradas españoles: he tratado, aunque tal vez sin lograrlo, de realizar un análisis de lo que es México en

estos instantes. De lo que ha conseguido en el campo de sus libertades y lo que significa como pueblo de choque con el imperialismo de allende el Bravo en el panorama americano. Podéis creer que en nombre de este México, del que estamos orgullosos, porque es el resultado de nuestras fatigas y nuestros desvelos, os estoy hablando. Que es él quien, a través de nuestra Organización, os tiende la mano en gesto fraternal sobre las ondas del Atlántico.

Siempre que en casos como este he hablado, he dicho que nuestro pueblo no es una potencia militar. Que es muy relativo lo que os podemos ofrecer a este respecto. Pero que si en alguna forma el hombre significa algo como entidad de triunfo y de victoria, el hombre en México es capaz de librar batallas tan grandes como esta que vosotros estáis librando.

Hemos luchado eternamente en circunstancias desventajosas y en contra de fuerzas muy superiores a las nuestras. Alguna vez en contra de vuestros propios opresores, los señores feudales; otras en contra del imperialismo del dólar; algunas más en contra del imperialismo francés. De todas estas luchas hemos salido desgarrados, pero siempre más fuertes y más dueños de nuestro

destino histórico. Y es que tras de cada derrota hemos encontrado los elementos creadores de nuestra personalidad y los elementos creadores de nuestra libertad.

Bien, camaradas españoles; esta personalidad y estos elementos creadores que en algo os corresponden son vuestros. Son vuestros, en este momento histórico, porque tal es la imperiosa voluntad de nuestro pueblo, que es también el vuestro. Pero no sería sincero si antes de concluir no os dijera, por encargo de mi Organización, que sólo una España unida, una España capaz de vencer todo asomo de discordia responderá debidamente a lo que nosotros, como pueblo que os ama, ha hecho, hace y hará por vuestra causa. Que para ser español en estos instantes dolorosos hay que matar en nuestro pensamiento y en nuestra actitud la mezquindad y la pequeñez. Que únicamente en la elevación de nuestras miras y en la dignidad de vivir encontraremos las esencias indispensables para integrar un buen español. Un buen español que responda al sacrificio de esta España vertical y única en que vosotros y nosotros jugamos nuestro porvenir y, lo que es más sagrado aún, el porvenir de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos."

PALABRAS SOBRE MEXICO

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

"Camaradas: Unas palabras, mezcladas y llenas de simpatía, para contestar a las de nuestros amigos mexicanos.

La otra tarde exponía yo cuáles eran los motivos verdaderos de la admirable y ejemplar ayuda del pueblo de la Unión Soviética a la causa de España. Entre los aliados naturales del primer momento tenía que estar, con la Unión Soviética, el pueblo de México.

Yo llegué a México en las primeras semanas, después de la proclamación de la República. Me encontré un pueblo que, a pesar de la distancia, había unido sus inquietudes, su preocupación y su entusiasmo al proceso ascendente de la República española. El día de la proclamación de la República se desbordó en entusiasmo popular; en las calles de la ciudad de México y en las últimas aldeas, donde el campesinado revolucionario está unido al pueblo español, no sólo por afinidad de raza, sino por una afinidad de anhelos y de aspiraciones, se seguía, con un fervor no disminuido, la suerte de la España republicana. El 10 de agosto del año 1932, cuando tuvo lugar el primer anticipo de la criminal rebelión militar, yo recuerdo aquel día en que la noticia de un levantamiento contra nuestra labor y nuestro régimen corta y suspende instantáneamente toda la actividad de la población de México. En derredor de la Embajada de España se concentra, durante doce horas, la atención de todo el mundo. En las oficinas, en los despachos ministeriales, en las fábricas, se está pendiente al minuto de las noticias que llegan de España.

Es uno de los errores más extraordinarios e insensatos de la vieja Monarquía Española no haber sabido aprovechar esta constante actitud de amistad y de identificación verdadera con el verdadero pueblo español. México se consideraba bajo la Monarquía, incluso en el orden diplomático, un puesto de castigo. A México eran solamente enviados por los gobiernos monárquicos los diplomáticos más incapaces o aquellos que tenían sobre sí alguna culpa que podía ser olvidada en la lejanía.

Y en cambio había un pueblo, el más español de América, con una fiebre y una emoción revolucionaria sin igual, que esperaba únicamente oír la verdadera voz del pueblo español. No era sólo la capital: durante dos años yo recorrí de punta a punta el territorio mexicano. Yo me encontré con españoles olvidados, algunos que llevaban cuarenta años sin haber oído directamente la voz de la España oficial, a los que nadie se aproximara, que no sabían siquiera articular una palabra al estrechar la mano

del Embajador de la República; yo me encontré en los últimos rincones de México a aquellas masas de campesinos admirables, pendientes de la discusión, del análisis de los distintos aspectos de la situación española.

En toda la historia revolucionaria de México, desde la iniciación romántica del levantamiento de Madero a la epopeya de tantos años en que, en lucha contra todos, en una situación internacional adversa por parte de los elementos dirigentes gubernamentales de otros países, que en muchos aspectos se parece también a la nuestra, a lo largo de todo ese esfuerzo del pueblo mexicano por levantarse y superarse, se encuentran siempre españoles que, dentro de la distancia, separados del territorio, no pudiendo luchar aquí, habiendo emigrado por las persecuciones reaccionarias, unen todo su fervor, su esfuerzo, su heroísmo y su consejo a la causa de la revolución mexicana.

No es sólo el pueblo de México, son sus dirigentes. Sobre la placidez inolvidable del famoso lago de Pátzcuaro, en el panorama maravilloso de Michoacán, cuyo Gobernador entonces era el actual Presidente Cárdenas, yo he pasado a su lado días y días hablando, sobre todo, de las cosas de España.

La actitud ejemplar del Presidente Cárdenas no puede ser una sorpresa. Amigo de España y amigo del pueblo, el jefe del Estado que, en los momentos actuales está constantemente en contacto con su pueblo, metido en el corazón mismo de los valles y las aldeas, en su casa presidencial, recibiendo, desde las cuatro de la mañana, las masas de campesinos que se acercan a hablar con él, tenía que coincidir, con su pueblo, con las aspiraciones revolucionarias de nuestra España.

Este es el fervor que siente México. El 19 de julio, yo, que conozco al pueblo mexicano, sé que no tuvo más que una sola amargura: la amargura del alejamiento. Han tratado de vencerlo, individualmente, escapando incluso a la vigilancia policiaca, para venir, como polizones sobre barcos mexicanos, hombres que no podían contentarse con seguir nuestra lucha desde lejos.

Si la distancia no existiese, si México estuviese cerca, vosotros veríais desbordarse la masa heroica de aquellos combatientes mexicanos, para mezclarse con los nuestros en la primera línea de nuestras trincheras.

Vanguardia gloriosa de España, y hoy de la España revolucionaria, sobre el horizonte y el continente americano, intérprete del deseo de las multitudes en muchos países de América, donde las actitudes oficiales no corresponden al sentir, al latir de las muchedumbres: pueblo

de México, hermano nuestro. Nosotros os prometemos corresponder a vuestra adhesión y a vuestro esfuerzo con el mejor regalo que de nosotros podéis pedir: con el regalo de la victoria. Y el día en que las unidades del gran ejército popular revolucionario, vencedoras del fascismo, desfilen por las calles de la España totalmente conquistada,

llevando entre sus laureles el honor inconmensurable de haber sido en Europa el primer país que hace morder al fascismo la tierra, nosotros sabemos que habrá, del otro lado del mar, un gran desfile popular y clamoroso: el de las multitudes mexicanas.

Os saludamos desde aquí en nombre de España.”

F E R I A

MARIA LUISA VERA

Mae se limpió con el dorso de la mano aquella gotita renuente que se esforzaba por salir de su nariz, mientras con la otra mano frotaba sus muslos fuertemente amaratados. Un viento cortante discurría a través de las barracas sacudiendo las hileras de foquillos y barriendo los anuncios comerciales.

Encerrada en su jaula de barrotes miraba pasar a la muchedumbre, comedora incansable de palomitas de maíz tostado y de maní, y de pronto pensó en las dos rebanadas de carne de vaca que, untadas de mostaza, serían su cena de aquella noche.

Cogió la pobre toalla que en el respaldo de su silla-trampolín mostraba ya sin afelpado la trama de su tejido, y secó cuidadosamente sus brazos delgados, donde las venas hacían recordar las vetas de ciertas piedras calizas.

Debajo de su gorrilla de hule un hilo de agua escurría lento, y llegando a su clavícula prominente torcía rápido hacia el pecho donde se hundía después de titubear un momento en el borde de la trusa de un verde desteñido.

La muchedumbre fluía de un ignorado manantial cada vez más potente; avanzaba pegada a las barracas; giraba como autómatas ante las indicaciones de los merolocos que, desde sus altas tribunas, hacían los reclames más absurdos.

—¡ATENCIÓN! Pasen a ver...

EL HOMBRE MONO. LA MUJER SERPIENTE. EL NIÑO QUE TIENE CABEZA DE PERRO. LA SIRENA DE LOS MARES.

Por cincuenta céntimos puede ver estos extraños fenómenos, únicos en el mundo... POR CINCUENTA CENTAVOS SOLAMENTE.

AAAAAAQUL... AAA Aquí—gritaba el pecoso Tom.

Aquí puede usted admirar los más hermosos ejemplares humanos. VEINTE maravillosas bailarinas... VEINTE triunfadoras en concursos de belleza en Nueva York y en Europa. PASEN A VER.

La gente pasaba; había en sus ojos un pueril deseo de divertirse, de encontrarlo todo bien.

En algunas barracas las variedades hacían demostraciones externas, y canciones dulzonas se anudaban a un Tap lejano o a la baráunda de cacharros de alguna excéntrica orquesta.

El ruido, la música, el canto, la risa y la palabra subían con la luz en un forzado incendio de alegría que hacía retroceder la noche con su gran iluminaria.

Mae conocía este ruido multiforme y distinguía hasta sus manifestaciones más confusas; había sabido prescindir de él para poder dormir, y de pronto lo encontraba en el campo de sus sueños como un enjambre intruso y errante.

A sus pies, la piscina mostraba sus aguas muertas.

Mae miraba a la otra Mae, invertida como siempre, con las piernas colgando y con aquella trusa verde como una mancha de lama en las aguas oscuras.

De pronto, la voz chillona del viejo Jacob le entró en la carne más escalofriante que la última zambullida:

—CABALLEROS... DAMAS. AAAAAA probar su tiro.

Haga usted blanco y verá nadar a esta encantadora bañista...

Entonces Mae sonrió enseñando sus dientes blancos y finos.

Así estaba convenido en las recomendaciones del contrato.

RISA. MUCHA RISA. Al público le gustan las caras risueñas.

Mae sostuvo la risa y saludó al público con inclinaciones de cabeza.

ALLI ESTABAN YA, espesando la fila, agarrados a los barrotes, abriéndose paso a fuerza de codos, juntando sus cabezas para ver mejor y confundiendo sus pensamientos en una sola idea: la de su caída.

Allí estaba el comerciante rollizo y su esposa alharaquenta, la pareja de colegiales huecos recién diplomados, la judía gigantesca remolcando a su enclenque marido, el hombre metódico que cree que está tirando una cana al aire, la empleadita pulcra, el que compra, la que vende, el que propone, el que explota...

Allí estaban con los ojos atentos, regocijándose de antemano con aquel chapuzón.

Mae tenía la impresión de estar perdida en una selva de ojos. Ojos, ojos por todas partes. Ojos negros y saltos de los mulatos, alargados hacia la piscina en una ansia de graduar el frío; ojos claros, viciosos, que no miraban el agua, sino los muslos largos y los tobillos finos. Ojos azules, impasibles, contemplando con fría crueldad los vellos erizados y los pies blanquecinos y rugosos por la humedad.

Ojos que, saliendo de la muchedumbre, desconectados del cuerpo, reptaban por entre los barrotes hasta posarse viscosos en la trusa desteñida. Mae los sentía sobre su carne, y más de una vez tuvo la impresión de mirarlos sobre su piel dejando un rastro como los caracoles.

Desde su silla-trampolín, Mae no veía más que los ojos y los dientes.

Hocicos agudos que dejaban al descubierto dientes afilados, aptos para desgarrar la carne cruda.

Bocas blandas, fofas como las de los sapos, verdaderas cavernas de repugnante humedad. Bocas gruesas y bocas estrechas, todas con risa amplia o medida, pero prontas a reír celebrando su caída.

A veces la burla o la ofensa se añadía a la espera, y

un coro de risas abortaba haciendo temblar la barraca de la feria.

Jacob gritaba incansable:

—¡Pase a probar su puntería!

¡Diez céntimos el tiro! ¡Diez céntimos!

¡Seis tiros por cincuenta!

Jacob terminaba en una nota falsa, que arrancaba una carcajada interminable.

Un hombretón grotesco se abrió camino a fuerza de puños, arrebató las bolas de la red multicolor que Jacob cargaba a manera de canguro y enarcó el pecho mirando atentamente el disco giratorio que bajo la silla de Mae descomponía sus colores por la milésima vez.

Aspó el brazo rápido y, ¡zas...!, la bola pegó en los círculos exteriores.

El hombretón tosió de lado. Cogió otra bola, la redondeó cuidadoso con sus manazas torpes y con toda su fuerza la botó contra el blanco. La bola cayó al agua, donde quedó flotando mansamente.

La gente reía a hurtadillas, mirando de reojo las manazas del gigante.

La última bola rozó el circulillo negro que movía la palanca del trampolín y la gente dió un grito de alegría, pero la silla no se movió.

Mae seguía atenta el ir y venir de las bolas, lista para caer. Ya le había ocurrido lastimarse en la estrecha piscina.

Después del hombre corpulento, quiso probar su puntería un honrado padre de familia.

—Fíjate bien—le decía a su mujer—. Esa chica cae con esta bola.

La mujer se empeñaba en que su hijo, absorto en desenvolver un caramelo, admirara la proeza del papá.

—Mira, nene. Esa negra caerá en el agua ¿Ves? ¿Ves el agua?

El padre resoplaba a cada bola.

La gente gritaba a cada impulso, y la selva de ojos como un enjambre iba y venía del hombre que soplab a la muchacha pálida, que allá en lo alto esperaba la voltereta.

El hombre, indignado por su fracaso, se quedó en primera fila, contando, a quien quiso oírle, que de pequeño era jefe de pandilla y tenía asolada una barriada con sus constantes pedrizas.

Era inexplicable fallar ahora. El siempre había tenido muy buena puntería.

—No sé qué me pasa ahora. No me explico.

El niño seguía imperturbable desenvolviendo y tragando caramelos.

Después tiró un joven de traje nuevo, que llevaba del brazo una chica pelirroja.

—¿Quiéres ver que se caiga al agua?—dijo señalando a Mae como algo impersonal.

Los ojos de la pelirroja se animaron.

El hombre cogió las bolas con aire indiferente, se hizo paso con holgura, como si la muchedumbre no existiese. La novia, de cabeza de fuego, lo seguía dócilmente.

Rectificó ligeramente la hebilla de su cinturón, y... ¡zas!

¿La silla trampolín describió media vuelta en el aire...

La muchedumbre lanzó un grito de satisfacción domi-

nado por un chillido estridente: el niño del caramelo, a quien el chapoteo del agua había espantado.

Mae sintió los dos gritos, y el frío del agua fué casi una herida. Con rápido impulso se puso a flote y fingió la sonrisa de rigor. Después recogió las lamentables bolas de colores, que arrojó en una vieja cesta, y subió ágilmente la escalerita que llevaba hasta la fatídica silla-trampolín, que había recobrado su posición normal.

Tres veces la hizo caer el hombre del traje irreprochable.

La pelirroja daba saltitos de placer, y contemplaba a su hombre con admiración.

Mae miraba su capotita de pieles y sus largos guantes negros, y sin saber por qué se sintió más desnuda y más friolera.

Por fin se fueron el hombrón, el gentleman, el padre de familia. Otras caras ocuparon sus sitios, los mismos ojos ocuparon los lugares vacantes.

Mae cayó muchas veces.

Ya no secaba su cuerpo.

Ya no frotaba sus muslos.

Ya no limpiaba su gotita renuente que salía de su nariz.

Ahora la sorbía alargando sus fosas nasales, doloridas por el agua que había ascendido hasta adentro, profundamente, hasta quién sabe qué escondida fibra, que ahora vibraba tensa y sordamente.

La gente gritaba.

La gente aplaudía.

SE ESTABAN DIVIRTIENDO.

En las otras barracas seguían anunciando monstruos y beldades.

El carousel, la rueda, la ola, ponían vértigo en los nervios y rúblicas en el aire.

La gente comenzaba a desbandarse.

Los gritos se distanciaron y las luces disminuyeron, y todavía la trusa verde era una mancha de lama sobre el agua.

Cuando Mae recibió su pago el silencio era algo más que una palabra.

En unos minutos salió de la feria y ganó la primera calle.

La ciudad se erguía pétrea y amenazante, extraña... y era su ciudad natal.

Mae quería llorar, pero un nudo frío ahogaba los sollozos en su garganta; una amargura, crecida a lo largo de una vida, le marchitaba el cuerpo, y una protesta oscura enardecía su sangre.

Se extravió por las callejas.

Sus pensamientos, tumultuosos, formulaban cien preguntas a la vez.

Revolvía acosada como ante aquellos ojos y aquellas sonrisas.

La fatiga recobró pronto aquella carne lacia, y Mae inquirió hacia los muros, hacia los rótulos, buscando un camino..., un sendero.

Una casa amplia abría sus puertas hospitalarias en el fondo de una plazuela...; hasta allá llegó guiada por la luz.

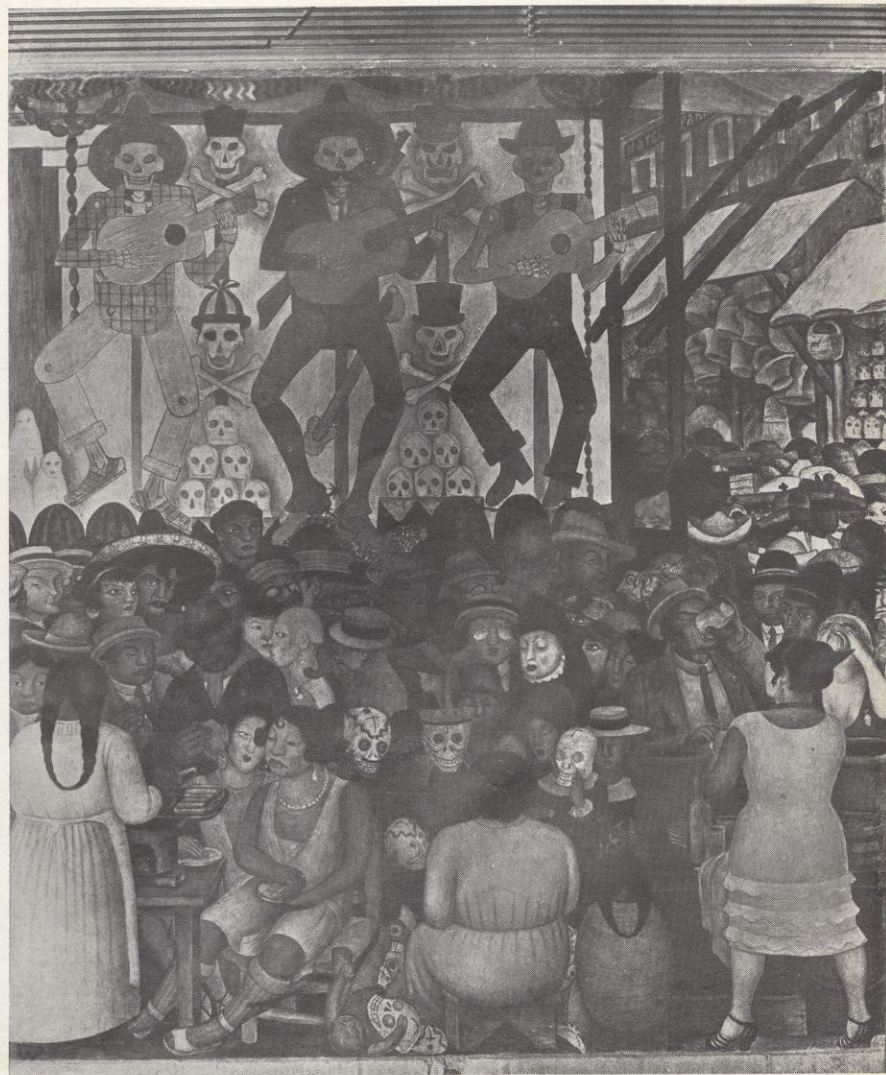
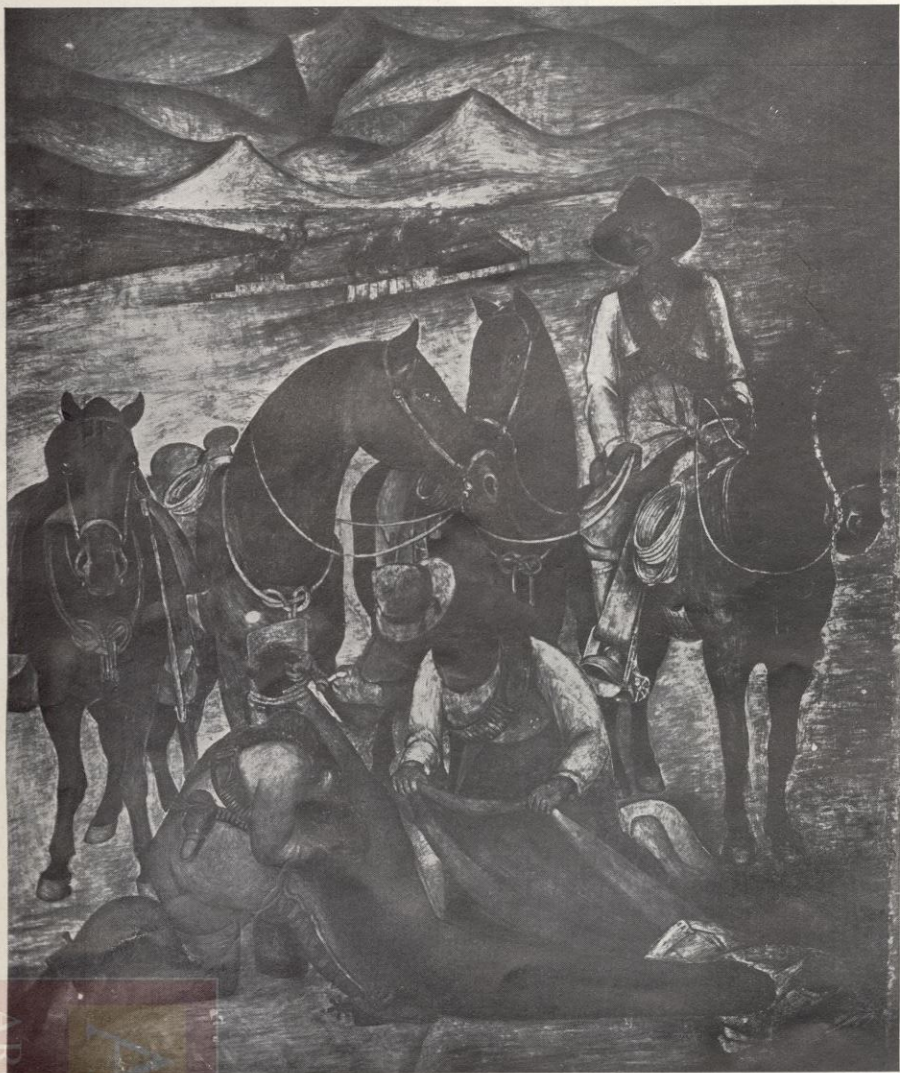
Del interior salían cantos de rebeldía y de esperanza, consignas para luchar.

Mae olvidó su frío y su cansancio y entró decidida.

Antes de entrar vió que en la puerta ondeaba una bandera roja.

A E

ARCHIVOS
ESTATALES



PEÓN HERIDO y MERCADO, por Diego Rivera, pintura mural en la Secretaría de Educación Pública. 1925

«LA TRINCHERA»,
mural de José Clemente
Orozco, en la Prepara-
toria Nacional, pintado
en 1925.



«SOLDADERAS»,
fresco mural de José
Clemente Orozco, en la
Escuela Preparatoria
Nacional de México, pin-
tado en 1926. ↓





Mural del fresco de Julio Castellanos en la Escuela Primaria de Coyoacán, ejecutado en 1933.



Fragmento de bóveda al fresco en el Mercado Rodríguez, ejecutada por Pablo O'Higgins en 1935,



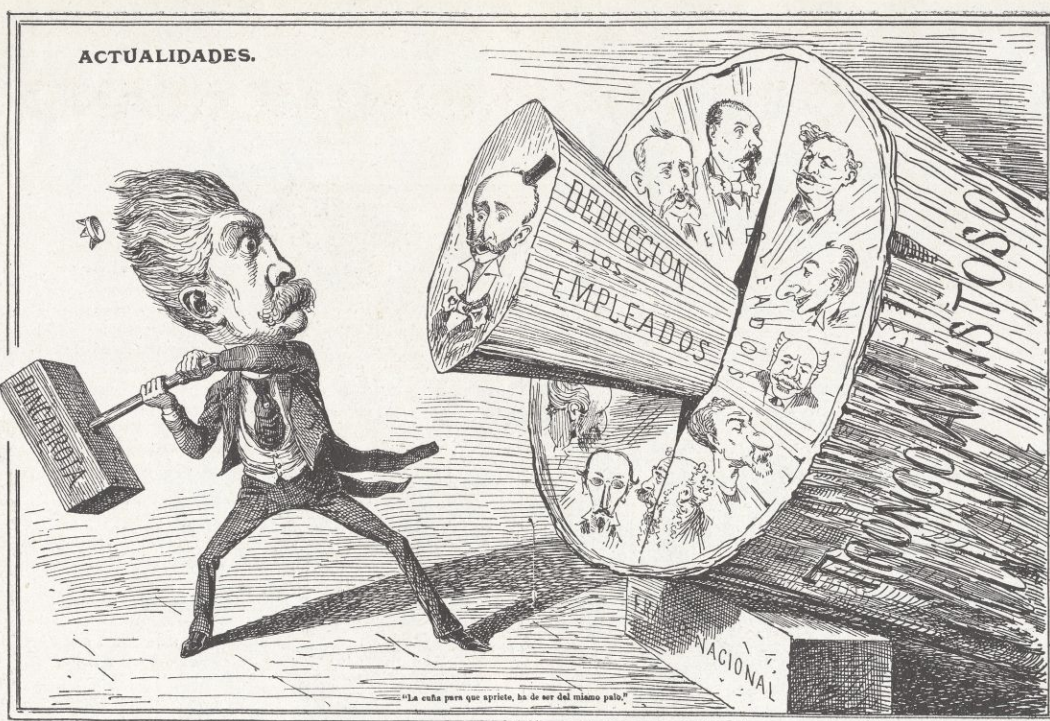
Fragmento mural de Leopoldo Méndez y Alfredo Zalce, que decora el local de los talleres gráficos de "La Nación" (primer sindicato obrero decorado. 1936)



Fragmento de fresco mural ejecutado, colectivamente, por Fernando Gamboa y Pablo O'Higgins en los Talleres gráficos de "La Nación". 1936.



**DOS GRABADOS EN MADERA DE
CHÁVEZ MORADO**



(De la exposición "Cien años de grabado
político mexicano")



CORRIDO DEL COMUNISMO MEXICANO

Nube blanca por el valle,
nube de manta que va
mascando palabras de hambre
junto al oro del trigal.

Nube blanca por el monte,
palma, soledad y afán;
nubes de bocas de niños
que se angustian por un pan.

Horizontes de mazorcas
que peinan plata y cristal.
Las manos que las sembraron
no las podrán desgranar.
Magüeyes de dos en fondo
surgen con aire marcial
mientras el indio la espalda
ya no puede levantar.

Sobre campos de esmeralda
los hombres descalzos van
porque unos cuantos señores
el grano se han de llevar.

Indio color de tu tierra
el viento lo ha dicho ya:
media luna en tu cintura
el machete ha de brillar.
Llorará sangre la aurora
si la quieres degollar.

El aire del Sur se estira
besando todo el palmar,
y la palma le devuelve
un verde abrazo nupcial.
De seda verde se viste
en verano el platanar
y veinte barcos extraños
lo vienen a desnudar.
Pule sus hojas brillantes
con esmalte el cafetal.
Los hombres que lo cuidaron
su aroma no han de gozar
porque hay otros veinte barcos
que se lo van a llevar.



¡Ah negro veracruzano!
ya no es hora de cantar.
Ve a sepultar tu guitarra
en lo profundo del mar.
Si el amo quiere maracas
suénaselas de verdad.
Que vaya a ver cómo truena
cuando arde el cañaveral.

El monte se hizo pedazos
y se metió en la ciudad.

Huellas de yunque en las mano
que hacen el mundo girar.
El brazo vence al acero
que es tan duro de forjar.
Con el martillo y el fuego,
camarada, has de lograr
construir un mundo nuevo
para tu felicidad.

No clavarán las sirenas
cuchillos al despertar.

Dirán sus claras canciones
invitando a trabajar.

En los labios de tus hijos
el hambre temblando está.
Tu mujer lleva en el vientre
zurco de espinas nomás.
Los colmillos de la rueda
tu carne triturarán,
y en vez de sudor tu sangre
sobre el hierro lloverá.

El brazo vence al acero
que es tan duro de forjar.
Alza el brazo, compañero,
y tus cadenas caerán.

Mi machete y tu martillo
en la noche brillarán.
Son dos luceros que alumbran
la busca de nuestro pan.

El aullido de los perros
pronto se desatará.
Ladrarán también los amos
cuando empecemos a andar.

Nos llamarán comunistas
porque vamos a buscar
el camino en el que todos
tendremos felicidad.

Mas no le hace, compañero.
Habremos de regresar
al amanecer de un día
más azul que los demás.

En los labios de los niños
canciones florecerán,
y nos tenderán la mano,
no para pedir un pan,
sino para darnos flores
llenos de felicidad.

NOTA.—El domingo dieciséis de los corrientes
recogí este corrido entre los ejidatarios de San Bue-
naventura. Lo publico como una prueba más del es-
píritu superior de nuestro pueblo humilde.

México, D. F., febrero de 1936.

Vicente LOMBARDO TOLEDANO.

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD OBRERA DE MÉXICO

UNA MUESTRA DEL ARTE POPULAR DE MÉXICO:
CORRIDO DEL COMUNISMO MEXICANO,
OBRA REBOSANTE DEL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO
QUE MUEVE TODAS LAS CAPAS POPULARES DE
ESTE GRAN PUEBLO QUE TANTO NOS AYUDA

AE

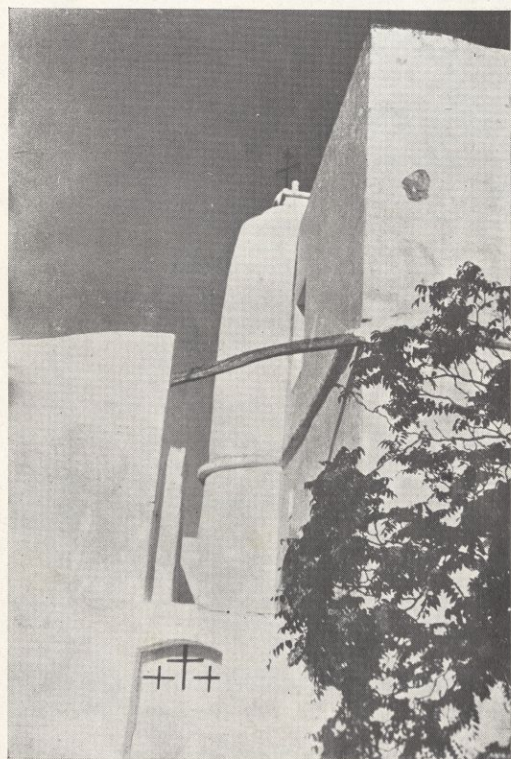
ARCHIVOS
ESTATALES

UN POCO DE ARQUITECTURA RURAL

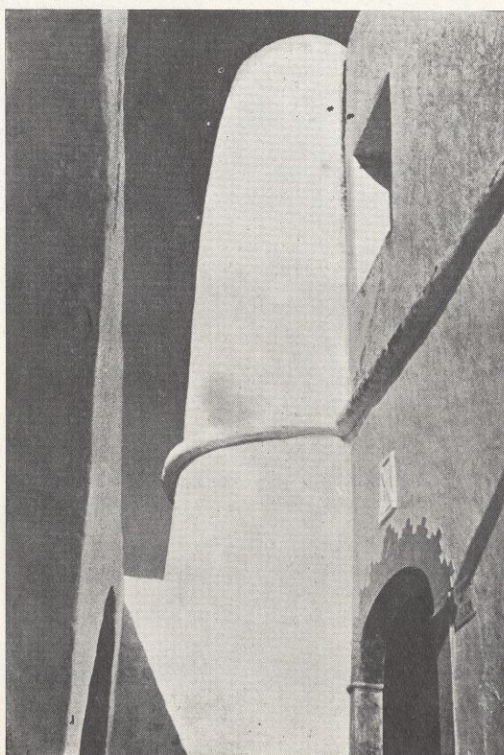


Sant Jordi: Ibiza.

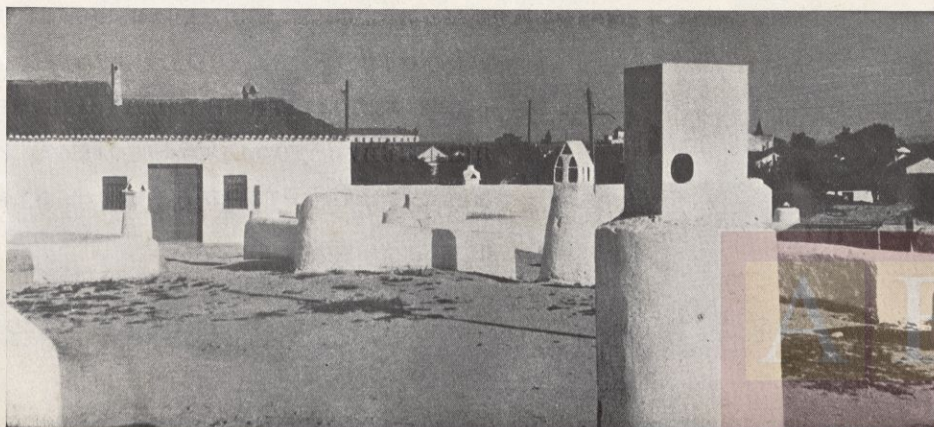
Arquitectura popular
Ibicenca.



Arquitectura popular
Ibicenca.



Barrio de
cuevas de
Benimámet
(Valencia)



NOTAS TRAS ATLANTICAS

SILVESTRE REVUELTAS

México musical tiene apenas nueve años.

Carlos Chávez, músico de hierro—así le llamaba yo desde aquel tiempo en que trabajamos juntos—, organizó la actividad y la producción musical de México.

Fuimos un grupo reducido, con un mismo impulso y con una buena energía destructora: José Pomar, Luis Sandi, Eduardo Hernández Moncada, Francisco Agea, Ricardo Ortega.

Nuestro ímpetu, nuevo y alegre, luchó contra la apatía ancestral y la oscuridad cavernosa de los músicos académicos. Bañó, limpió, barrió al viejo Conservatorio que se desmoronaba de tradición, de polilla y de gloriosa tristeza.

Se fundó la Orquesta Sinfónica de México, y Strawinsky, Debussy, Ravel, Honegger, Milhaud, Varese, sobresaltaron el plácido sueño de los milenarios profesores cultivadores de la polilla, y el del público que se encontraba anestesiado por un Beethoven que le recetaban, un año sí y otro también, las orquestas que para esas ocasiones se formaban como podían, dirigidas por uno u otro de los venerables maestros consagrados que exprimían a conciencia, de las desgraciadas nueve sinfonías, toda la ramplonería y la literatura mundial con ejecuciones espantables, pero muy del agrado del adormecido auditorio. Anestesiado y adormecido también para colmo de males, con una lluvia de recitales de canto, de violín, de arpa, de Arias, de Romanzas, de Operas más viejas y vulgares que un Arco de Triunfo o un plato de lentejas, que le servían a diario—¡todavía!—las academias particulares y el mismo Conservatorio, solidario solemne—vacío y vistoso como una decoración diplomática—, de todo acto de cursilería musical que sirviera para ayudar al progreso de la holgazanería romántica y la ineptitud profesional.

En estas condiciones la reacción fué violenta, y conocimos el alentador siseo, pataleo, denuesto y agresiva indignación del público apoltronado y perezoso y de los críticos de siempre—¡ah la crítica musical!—de pluma acomodaticia e ignorante. (Se han necesitado nueve años para apaciguar las voces agrias de los críticos musicales. Bastó que Chávez dirigiera con éxito las orquestas de Nueva York y Filadelfia para que los críticos aterciopelaran la voz. ¡Ese terciopelo huele a pitanza!). Y se luchó tenazmente. Con alegría y confianza.

La juventud siguió nuestro camino, y poco a poco se fué formando una nueva generación de músicos. En la orquesta y en el Conservatorio. El Conservatorio que ahora, bajo la dirección de Chávez, contemplaba desprovisto nuestra llegada y se aferraba con sus prestigios de tertulia familiar y la desesperación del último recurso a los presupuestos de Bellas Artes.

Las temporadas de conciertos se sucedieron sin interrupción año tras año, siempre con obras nuevas de compositores extranjeros, con obras de mexicanos desconocidos y jóvenes. Sangre nueva que aturdió a los asustados patrocinadores de los soporíferos conciertos habituales.

Cada día un público más despierto, más voluntarioso, con menos prejuicios, asistió en mayor número y se fué familiarizando con las nuevas expresiones musicales y apreciando el esfuerzo de mejores ejecuciones.

Se inauguraron los conciertos para niños y para obreros.

Hoy existen dos orquestas sinfónicas: la de México, bajo la dirección de Chávez, y la Nacional, bajo mi dirección. Las dos son un mismo camino y un mismo anhelo: camino de futuro y anhelo de mejoramiento. El trabajo de estas orquestas ha estimulado la creación musical.

Un grupo de jóvenes compositores se ha formado en el transcurso de estos nueve años. Su obra es vacilante aún, pero en algunos marca una ruta firme: Raúl Lavista, Daniel Ayala.

Las dos orquestas han dado a conocer toda la nueva producción del país y han empezado a crear nuevos directores.

Abel Eisenberg, Fernández Moncada, Meza, Mariscal, Contreras, entre los futuros directores.

Del viejo Conservatorio carcomido queda, desgraciadamente, el edificio colonial feo e inadecuado y alguno que otro buho escondido por ahí, a pesar de los esfuerzos que se han hecho para desalojar los murciélagos del pasado.

Los estudiantes son menos respetuosos y llevan los ojos más abiertos. También trabajan más. Han colgado los retratos de nuestras glorias musicales en la bodega. Necesitan mejores ejemplos.

Los guardadores de la tradición contemplan con triste y obligada resignación lo que ellos llaman la catástrofe. No saben que todavía hay mucho que destruir, y a ellos en primer término.

Estanislao Mejía, actual director del Conservatorio, José Rolón, Manuel Ponce, Rafael J. Tello, viejos y sólidos prestigios, no han querido quedar atrás y marcan el mismo paso con los estudiantes y maestros de vanguardia.

Dejo mucho en el tintero. Involuntariamente. No soy ni escritor ni historiador. No recuerdo ni todo lo bueno y, desgraciadamente, ni todo lo malo.

Sé que pronto, en un futuro no lejano, las rutas de nuestra vida musical serán más amplias, más despejadas. También sé que seguiremos teniendo críticos de música—ellos, además, se consideran tan indispensables los pobrecitos..., ¡qué le vamos a hacer!—, que seguiremos teniendo malos músicos—éstos son más dañinos aún, pues como no es la música su profesión, se dedican a la intriga por ser más lucrativo oficio—, que seguiremos teniendo una serie de calamidades...

(Quizá nos veremos obligados a usar ametralladoras..., morteros..., gases asfixiantes..., algo, en fin, más práctico... quizá...)

¿De acuerdo?

A E

ARCHIVOS
ESTATALES

ELEGIA A SIMON BOLIVAR

¿Pretendéis enterrar a aquel para quien toda piedad está vedada?

SÓFOCLES (Antígona).

Por las playas de América
diez atlantes avanzan
sosteniendo en sus hombros un féretro.
De un lado se levantan los Andes;
del otro lado el mar moja el agua del cielo.
Reina la tarde tropical. La enorme
tela desos crepúsculos que el viento
borra y pinta y enrolla
para desenrollarla sobre el otro hemisferio.
En ninguna parte aquellos hombres
hallan noble reposo para el muerto.
Bajo una agua de sol
va el cadáver del Genio.
Y parecen llevar una montaña
así van desacoplándose sus músculos por el esfuerzo.
Cuando se acercan a las orillas
turríferas de los puertos,
los hombres los escupen
y amenazan con el fuego.
Hace cien años,
atravesando el corazón desos pueblos,
pasó aquel hombre con las manos iluminadas,
los ojos crecidos y la voluntad inexpugnable como el misterio.
¡Jamás los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo!
Tenía
un bien entonado nombre griego
y el apellido, en vieja lengua éuskara,
significa lugar de molinos.
Yo he nacido para cantar en las plazas
de ciudades y pueblos
la vida mágica de aquel hombre
como jamás los hombres así vieron.
¡Canta, oh musa, la cólera sagrada
de quien no tiene idioma
y conoce todos los ritmos del silencio!
Desde el mástil más alto
del buque sinfónico del recuerdo
—ya enfilado a la próxima estrella—,
pienso en el Héroe de los altos sueños.
Su infancia fué un juguete doloroso;
su juventud—riqueza, amor y viajes—,
un fastuoso relato de cuento,
y la madurez el texto fabuloso
en que fueron rendidos todos los sueños.
Enérgico y gentil. Así la flecha
que rompiera la rodela del tiempo.
Su elegancia suscita nombres hermosos;
su conversación era una copa de luceros.
Sabía domar potros y atravesar a nado los grandes ríos.
Sobre la catarata del Tequendama
halló su agilidad un fantástico juego.
Guerreó por la libertad humana
entre los volcanes ecuatoriales, delirante y gigantesco.
Generoso como el Sol. Buen bailador.
Su cortesía,
un aire de magnolias sobre el camino de la selva.
Las mujeres cruzan por su vida
con dulces predomios sobre el más alto cielo.
Su pensamiento electrizó la atmósfera
de los días serenos

y sus meditaciones proféticas
desbordaron el vaso oscuro del tiempo.
Nunca los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo.
Su corazón era sensible
cual una agua de oros en las manos del ruego.
Sintió sobre sus labios
quebrarse las palabras del Universo,
y tenía el alma trágica y clara
de las fuentes del desierto.
La Cruz del Sur iluminó su sombra
y todos los Andes le conocieron.
En los días aciagos,
hirió al destino con los huracanes de su genio.
Amó a su América como nadie la ha amado,
y semejante a Quetzalcoatl el divino,
se quemó en la pira de un sublime fuego.
¡Jamás los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo!
La traición y la envidia le desgarraron el alma
y pueblos que iluminó, le maldijeron.
Sus últimos días se cortan en abismos
llenos de gritos altísimos dinamitados en el viento.
¡Ruinas de Sol, ruinas colosales,
ruina de un alma divina entre el desorden del Universo!
Algo de Dios sea en mí para evocarte,
¡oh Príncipe de los más altos sueños!
Tus funerales siguen en marcha
entre el mar y los Andes, junto al agua y junto al cielo.
(La Aurora sale del mar
con un trágico gesto
y la Noche engrandece su severidad noble
en la solidez monumental de los cedros.)
Leguas libres camino
tras el grupo soberbio, y encuentro solamente
infamia y miseria, oprobio y traición y poderío sangriento.
Disminuídos por el odio
viven los hombres que aliaste con tu gloria y tus sueños.
¿Araste en el mar?
¿Sembraste en el viento?
Nadie amó tanto como tú, y así, nadie
se ha sublimado en un dolor mas opulento.
Padre. Amigo. Maestro.
Reina la tarde tropical. Camina
sólidamente el cortejo.
Bajo la máscara de oro
se pudre el rostro del Genio.
Con la primer estrella
se agota el mar. En una nube
se funden tres colores que retoñan
por el oriente. Rueda,
un aire de laurel. Ligan la sombra
los triángulos fecundos de los Andes.
Todavía una ola
saló la arena y espumó la orilla.
Se dispersó el dibujo de las cosas
profundamente. De una enorme nube
brotó una estrella enorme. Negra y rota,
la testa de un volcán varió perfiles
al paso de una nube. Y entre toda
aquella arquitectura desplomada,
sigue el cortejo atlante—relieve en vivas sombras—,
por las playas de América, malditas y apagadas.

9 de diciembre de 1934

C A R L O S P E L L I C E R

La Elegía que ahora publicamos forma parte de la obra de juventud de este poeta mexicano, seguramente uno de los más valiosos y de más segura línea poética de su país.—Católico, desde su juventud se distingue por su postura antiimperialista; asistente al Congreso Internacional de Escritores, no ha vacilado en declarar con toda decisión su repulsa al fascismo internacional y su calurosa adhesión a la causa del pueblo de España.

LOS HOMBRES DEL ALBA

Y después, aquí, en el oscuro seno del río más oscuro,
en lo más hondo y verde de la vieja ciudad,
estos hombres tatuados: ojos como diamantes,
bruscas bocas de odio más insomnio,
algunas rosas o azucenas en las manos,
y una desesperante ráfaga de sudor.

Son los que tienen en vez de corazón
un perro enloquecido,
o una simple manzana luminosa,
o un frasco con saliva y alcohol,
o el murmullo de la una de la mañana,
o un corazón como cualquiera otro.

Son los hombres del alba.
Los bandidos con la barba crecida
y el bendito cinismo endurecido,
los asesinos cautelosos
con la ferocidad sobre los hombros,
los maricas con fiebre en las orejas
y en los blandos riñones,
los violadores,
los profesionales del desprecio,
los del aguardiente en las arterias,
los que gritan, aúllan, como lobos
con las patas heladas.
Los hombres más abandonados,
más locos, más valientes:
los más puros.

Ellos están caídos de sueño y esperanzas,
con los ojos en alto, la piel gris,
y un eterno sollozo en la garganta.
Pero hablan. Al fin, la noche es una misma
siempre, y siempre fugitiva:
es un dulce tormento, un consuelo sencillo,
una negra sonrisa de alegría,
un modo diferente de conspirar,
una corriente tibia temerosa
de conocer la vida un poco envenenada.
Ellos hablan del día. Del día
que no les pertenece, en que no se pertenecen,

en que no son más esclavos; del día
en que no hay más caminos
que un prolongado silencio
o una definitiva rebelión.

Pero yo sé que tienen miedo del alba.
Sé que aman la noche y sus lecciones escalofrantes.
Sé de la lluvia nocturna cayendo
como sobre cadáveres.
Sé que ellos construyen con sus huesos
un sereno monumento a la angustia.
Ellos y yo sabemos estas cosas:
que la gemidora metralla nocturna,
después de alborotar brazos y muertes,
después de oficiar apasionadamente
como madre del miedo,
se resuelve en rumor,
en penetrante ruido,
en cosa helada y acariciante,
en poderoso árbol con espigas plateadas
en reseca alambrada:
en alba. En alba
con eficacia de pecho desafiante.

Entonces un dolor desnudo y terso
aparece en el mundo.
Y los hombres son pedazos de alba,
son tigres en guardia,
son pájaros entre hebras de plata,
son escombros de voces.
Y el alba negrera se mete en todas partes:
en las raíces torturadas,
en las botellas estallantes de rabia,
en las orejas amoratadas,
en el húmedo desconsuelo de los asesinos,
en las bocas de los niños dormidos.

Pero los hombres del alba se repiten
en forma clamorosa,
y ríen o mueren como guitarras pisoteadas,
con la cabeza limpia
y el corazón blindado.

E F R A I N H U E R T A

Joven poeta mexicano, militante de la L. E. A. R. y de la J. S. U. Forma parte de la última generación de poetas mexicanos conmovidos por lo social.

POR DEBAJO DEL SUEÑO

J O S E B E R G A M I N

Tengo ante los ojos una carta de D. Miguel de Unamuno. La he encontrado ahora, entre otras suyas, en mi casa, en Madrid. Es carta confidencial y, como en ella me dice su autor, de desahogo. La escritura apretada, menuda, esa escritura de D. Miguel que, a veces, recuerda la de Santa Teresa; más que por parecido de trazo, por la entereza y continuidad, sin corrección, sin tachadura, en que se expresa el pensamiento, flúido como al hablar; la escritura, digo, tiene no sé qué huella de estremecimiento, de vacilación, como si la carta hubiese reflejado el movimiento mismo del espíritu de su autor, dejándose morir a manos, como se dice en el *Quijote*, de la melancolía. Y las palabras que en ella se leen tienen ese melancólico dejo profético y poético que a la voz que recuerdo evoca ahora con precisión terrible.

Toda la carta es un presagio melancólico, inquietante al releerla hoy. Escrita en el destierro de Hendaya, en su voluntario destierro, lleva fecha del 13 de abril de 1926. Al final dice: «En el año tercero de la tiranía». Destaco, ante todo, estas palabras de su texto:

«Cuando vuelvo la vista del espíritu a mis últimos tormentos doce años, desde que me arranqué de la soñarrera sombría de cierto angosto gabinetito de Salamanca—¡lo que soñé en él!—me parece sueño de un sueño.» ¡Sueño de un sueño! ¡Soñarrera sombría!, la de ese «cierto angosto gabinetito de Salamanca» en que soñaba, y al que volvió para morir: para soñar morir. «¡Doce años!», escribe. «No sé si me quedan otros tantos de verdadera vida, antes de retirarme a preparar el último sueño...» ¿Otros tantos? Ni siquiera. Presagio melancólico. De mediados de abril de 1926 a últimos de diciembre de 1936. No llegaron a otros doce años, en efecto, los presagiados, los presentidos. Pero, ¿y el sufrir? «¡Doce años! No sé si me quedan otros tantos de verdadera vida antes de retirarme a preparar el último sueño; pero sé que ya no sufriré tanto. Sobre todo en intentar hacer sufrir a otros. Porque muchas de las heridas que inflinjo me duelen más, mucho más, que a aquellos a quienes se las asesto. ¡Es tan terrible el oficio!...» ¿Qué oficio? ¿El de escribir? A renglón seguido nos añade: «¿Escribir? Poco. Me da miedo escribir. Cuando cojo la pluma pareceme que se apodera de mí un demonio (demonio en el sentido primitivo, helénico), me siento poseído—esto es: energúmeno—y tiemblo. Esta es la verdad.» Y más adelante: «Porque he llegado a esto, a asustarme de tener que leer algo que escribí, algo que escribí el que fui. Tiemblo de tener que ponerme a pensar en el que pude haber sido, en el ex futuro Unamuno, que dejó hace años desamparado y solo—¡pobrecillo!—en una sendeja del páramo de nuestra historia española. Pero ¡pecho al aire!»

Desamparado y solo—¡pobrecillo!—en una sendeja del páramo de nuestra historia, ¿se nos ha dejado morir nuestro don Miguel? Sobre esa sombra, o sueño de una sombra—como él mismo, con frase pindárica diría—aletean hoy ante nosotros estas otras palabras cervantinas que él tanto amó: son las de Sancho Panza, pueblo español, a su Don Quijote; al finalizar el libro le dice a Don Quijote Sancho: «La mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía.» ¿Murió a manos de la melancolía nuestro don Miguel? Pues ¿qué? ¿No le mataron? Entre todos le mataron, pero él solo se murió. Se murió solo. ¿Como un perro? Como su Don Quijote. Como el bueno de Alonso Quijano. Murió como bueno él también, como cristiano. Murió solo de veras. Murió a manos de la melancolía. Porque como su Don Quijote, vivió fielmente luchando por la justicia, por la verdad, hasta la muerte.

Mas, entonces, ¿cómo pudo dudar de esa justicia, de esa verdad, dudar de sí mismo? «Lo peor es—leemos en su carta—que se me está agriando y emponzoñando el alma, y me temo que yo, paladín de la justicia, acabe por perder el sentido de ésta.» ¿El sentido de la justicia? ¿Perderlo él, su paladín, como Don Quijote? ¡Confesión terrible! Leámosle todavía: «No hay más justicia que la verdad. Y la verdad, decía Sófocles, puede más que la razón. Así como la vida puede más

que el goce y más que el dolor. Verdad y vida, pues, y no razón y goce, es mi divisa. Vivir en la verdad, aunque sea sufriendo, antes que razonar en el goce o gozarse en la razón.» ¡Qué palabras proféticas! Pues, poéticas. Que pueden, como las de Sancho a Don Quijote, señalarnos su ruta, su rastro pasajero; el paso de su voz, que se nos ha quedado para siempre en el alma.

¿En el alma? ¿Y qué es eso? «En tales trances como éste —el de la muerte, decía Don Quijote—no se ha de burlar el hombre con el alma.» Pues ¿y en la vida? ¿Es el hombre el que se burla con el alma, como Don Quijote en la vida, o el alma con el hombre, en la muerte o por la muerte, como Sancho? Veamos, mi D. Miguel, tu desahogado suspirar, sin lágrimas, con el que, empezando esta carta, decías en estos versos:

«Se acerca la hora ya, mi corazón casero;
invierno de tu vida al amor del brasero
sentado sentirás,
y tierno derretirse el recuerdo rendido
embalsamando al alma con alma de olvido
de siempre y de jamás.
Y pasará tu vida, mi alma, mi vida,
sombra de nubecilla en la mar adormida
de la loca razón;
al fin despertarás por debajo del sueño
sin llegar a gustar la carne de tu empeño
cansado corazón!»

Aquellas palabras sobre la verdad como este suspiro, ¿último suspiro?, te expresan, D. Miguel, en nuestro recuerdo, rendido enteramente; y enteramente: *embalsamando al alma*—que es recuerdo, que es memoria de ti—*con alma de olvido*. Que también es olvido tuyo. «Tengo», me decía tu voz en otra carta, «tan buena memoria como buen olvido». Es la verdad. La bondad del alma: ¡bálsamo de olvido del recuerdo!

Pues bien, mi D. Miguel, que viviste verdaderamente, haciendo de la verdad y de la vida tu divisa; de la verdad, más poderosa que la razón; de la vida, más fuerte que el dolor y que el goce; sin gozarte ni dolerte en ello; pues bien, mi don Miguel, ¿qué agriaba y emponzoñaba tu alma? ¿La mentira? ¿La muerte? «Avivo»—nos dice tu carta, con los versos, con el desahogo del suspirar—«la fatídica murria que me va invadiendo al ver no la cobardía, sino el colapso letárgico de mis compatriotas». ¡Fatídica murria! ¡Colapso letárgico! ¡No veo, no veo!—me contaba que le dijiste a tu mejor amigo, el poeta Antonio Machado, hará ya poco más de un año, antes de retirarte para preparar el último sueño a tu gabinetito de Salamanca, para preparar en él acaso la última *soñarrera sombría* de tu vida. «¡No veo, no veo!». ¿Quién te quitó la luz? Y aun dicen—¡ciegos!—que morías de mal de España. ¿De mal de España? ¿Es mal de España su agonía, la cristiana agonía unamunesca? «Y vea—dice—cómo esta tragedia ambiente que estoy viviendo, en la que soy agonista y a las veces protagonista y siempre antagonista, me adentra a concepciones de fuera de la historia». Adentrarse a concepciones de fuera de la historia, ¿no es enajenar la razón histórica, que dijo el otro—el otro antagonista—y hasta como en su Don Quijote, adentrarse en la razón de la sinrazón histórica? «Y ahora comprendo mucho de lo que escribía yo mismo—afirma D. Miguel—sin comprenderlo bien, al comentar la vida y pasión de Nuestro Señor Don Quijote, virgen como Jesús». La agonía cristiana y quiotesca, la agonía española, ¿fué mal del que murió? Pues no hay mal que por bien no venga. Ni el de la muerte. Así del mal de España. Que hay una España muerta y otra viva.

«De ahí, de España—leemos en la carta—, no quiero saber nada, y menos de la que los que gritan para no oír llaman la España grande.»

Los que gritan para no oír, ¡cómo nos la han gritado! «Me acojo a la otra, a mi Españita», añade. La de verdad. La de la verdad y la justicia. La que no llegaría a gustar, como la carne de su empeño, tu corazón cansado. ¡Tu Españita! Yo vengo de sentirla palpitante joven y firme en la llanura de Guadalajara.

ARCHIVOS
ESTATALES

Entre Trijueque y Brihuega. Cerca de Hita, la de Juan Ruiz. ¡Y con qué paz! Con tu paz en la guerra: la paz, más fuerte que la guerra, porque es la verdad viva más poderosa que todas las mentiras de la razón o que la razón de las mentiras de la guerra, de la muerte. ¡Tu Española—mi D. Miguel!—. La buena. La viva y verdadera. La nuestra, popular. La carne de nuestro empeñado corazón aun palpitante.

¿Quién te agriaba y emponzoñaba el alma? Leámoslo en tu carta: «A ver si los de la cruzada y el desquite renuncian al intento de guardiacivilizar el Rif, que es incivilizarlo. Y a ver si salimos del honor del verdugo». Los de la cruzada y el desquite que renunciaron, en efecto, a guardiacivilizar el Rif, lo hicieron, volviéndose de allá, para intentar guardiacivilizar España a la rifeña. Para incivilizarla. ¡Y para meternos más aún en lo del honor del verdugo! ¡Volviendo por su honor de verdugos! Para no salir de eso. Lo que agriaba y emponzoñaba tu alma para hacerla perder el sentido de la justicia, ¡a ti, paladín de ella!, fué eso: el griterío de los que no querían oír, ni oírte. Hasta que ese honor de verdugos con sus propias manos ensangrentadas te despertase. ¡Terrible despertar de tu soñarrera sombría en cierto angosto gabinetito de Salamanca! ¡Despertar, o morir, por debajo del sueño; del sueño de un sueño de la vida y de la muerte! ¡Despertar para morir sin sueño!

Y entretanto, sin que alrededor de tu soledad definitiva, ¡mi D. Miguel!, sonase siquiera ni un chasquido de cuerda del corazón. «En cambio»—sigo leyéndote en tu carta—«se siente

rechinar las poleas de los fantoches, de los molinos de viento que son nuestros gigantes». ¿Y verdaderamente se muere? ¿A manos de la melancolía?

Hay en las palabras de esta carta, que tengo ante mis ojos, expresados con sencillez poética y profética, conmovedora, casi todos los temas esenciales unamunescos. Dejo al lector rumiarlos meditativamente; como a él le gustaba. Ahora, al desglosarlos, los ofrezco en espera de más sosegado comentario. Que pronto llegará. Pero no terminaré éste sin citar aún otras últimas palabras tuyas: «¿Leer?»—nos dice en la carta—. «No leo mucho, como no sea en la mar de la que cada vez soy más íntimo amigo». En la mar, que es el morir, de nuestro poeta. ¡Pecho al aire, mi D. Miguel! Y no al agua, aunque esa íntima amistad con la mar—¿con la mar adormida de la loca razón?—lleve el empeño de tu corazón cansado más allá de la muerte, que es la mar también, para no gustar sino la ansiedad verdadera de perderla, de perderte, ¡ex-futuro Unamuno!, de perder al que fuiste, «desamparado y solo, en una senda del páramo de nuestra historia española». ¡Pecho al aire!, mi don Miguel, como para vivir, y para morir, lejos del mar, y de la muerte—¿de la razón?—, en la paramera castellana del mejor sueño quijotesco—el de la verdad y la justicia—. ¡Pecho al aire! para soñar, o para despertar, al fin, por debajo del sueño, definitivamente. ¡Que no faltaría el rechinar de las poleas de los fantoches, de los molinos de viento, que son nuestros gigantes», en tu funeral!

INICIACION DE UN TEMA DE “NUEVA CULTURA” ANTONIO PORRAS

No ha mucho hube de apuntar un tema sobre el que juzgo conveniente insistir, precisamente en estas páginas de NUEVA CULTURA, dado el aliento de ellas mismas y la tensión magnífica que el título de la revista implica. Pero esta insistencia no lleva hoy más pretensiones, ya que el estudio a fondo requiere más ciencia y paciencia; o lo que es lo mismo, más tiempo y espacio y más rigor de datos que ahora no puedo tener a mano. A ver, ¿un joven con ganas, que se meta en ello? La cosa, a más de fértil en la actual circunstancia española, sería amena.

Porque se trata de lo noble y esos sus aledaños, a los que estas líneas no vamos a aludir por no alargarlas, el honor y la honra.

Yo apunté, en la ocasión aludida, que hacía unos años, los que van desde el final de la Gran Guerra, en que decae el uso de las palabras noble y nobleza y honor y honra. Se le pasa a uno tiempo y tiempo sin oírlos o verlos escritos con auténtico decoro y veracidad. Solamente en reseñas de fiestas estúpidas o en verbalismos huecos se presentan. ¿Qué es esto? ¿A qué obedece esto? ¿Está eso bien o mal? Y una multitud de preguntas que ahí quedan, y que en un estudio a fondo habrían de sistematizarse.

No hay que olvidar—antes de ir adelante—que la palabra, el verbo, tiene un innegable sentido creador, y que todo lo grande se ha hecho siempre con palabras. Desde el conocer—«habla si quieres que te conozca»—, que ya es algo, hasta la materialidad de una obra, que es presentada, al conocimiento y al juicio por la palabra que la determina, que crea el ambiente que la hace posible. Sin las palabras libertad e igualdad no hubieran sido los movimientos que determinaron la creación de las democracias modernas, de las cuales vivimos, y que hacen, a su vez, posible una progresiva superación. Las ideas que llevan envainadas las palabras, y las palabras mismas con su magia, pues la palabra creadora es mágica—¿qué hombre que hablase una vez en público no sabe de esto?—, hicieron posible el advenimiento del hombre y mundo modernos. Y viceversa, creo yo, la dejación y olvido de ciertas palabras acarrea una caída en el sentido vital que la palabra abandonada tenía en su seno caliente.

Ese olvido ha sido causa de fracasos. Así, v. g., cuando yo

escuchaba a uno decirse a sí mismo *internacional*, abominando de la patria, sin conciencia del sentido preciso y precioso de esas dos palabras, me daba tristeza, porque aquel hombre no sabía, ni sentía, que la única manera auténtica de llegar a ser internacional es sentirse y saberse uno muy de su pueblo, o sea lo contrario del desarraigo y funambulería pretendidos.

Y es que las palabras, cuando ya la idea y todo el sentido vital que la palabra lleva en sí están firmes y constituidos, pasada ya la agitación e inseguridad de la época constituyente y de propaganda, son tomadas por el buen hombre como sonidos sin valor, pues se cree que eso que dicen las palabras está ya firme como una roca y para los siglos de los siglos. Y empieza a hablarse sin conciencia del sentido. Y la palabra llega a ser tópica y mostrensa. Pero ¡ahí está!, lo vital, la idea, va a llegar a un mortal estado parecido, íaena en que ayudan los farsantes y logreros que, al revivir ciertas palabras, tropicalizan su grafía, haciendo mayúscula la inicial para provocar deslumbramientos; y esa hinchazón es el signo delator de la más grande oquedad. Qué risa no daba hace bien poco tiempo de ver las palabras libertad, patria, amor, hermanos, v. g., con su inicial grande como una torre. Pero la vida no tolera burlas. La circunstancia actual española lo está diciendo claro.

Revalorar palabras, nueva cultura y hombre nuevo, son tres conceptos nutridos por el mismo cordón de ombligo. Y bien, este hombre nuevo hay quien cree que se produjo a raíz de la guerra europea.

Hay un dato empistador para este laberinto. Huxley, en uno de sus magníficos libros, tiene un personaje estupendo que habla de las vacaciones, viniendo a decir, en resumen, que una auténtica vacación no se consigue si el hombre no logra escapar completamente, no ya a la faena diaria, sino a su modo de ser vernáculo y acostumbrado, terminando por añadir que la gran guerra fué algo parecido a unas verdaderas vacaciones, «fué casi el dorado».

Esto de Huxley es magnífico y con doble vertiente: una cómico-dramática, patente en ese inglés—pongo éste por su afán sano al ocio—, que en sus días de vacación hace las más tontas extravagancias en la pobre creencia de que el trotar como una cabrita por el campo le libera; otra dramáti-

ca escuetamente, en cuanto que su última frase es la punzada del buen escritor al torso humano para que se enderece y se despierte; por eso Huxley exagera deliberadamente, para que salte a la vista el afiche de la idea.

Porque está claro que aquella guerra no produjo el hombre nuevo; pues el hombre de después—quitando lo que de promesa en tal sentido quepa en el hecho ruso—no vacó a su *manera radical de estar en el mundo*, y lo acontecido fué más bien lo contrario: que el hombre se vació de todos los principios que le sostenían y quedó laxo y huero totalmente; fué el infinito desamparo más dramático aún, porque no produjo rebeldías ni decisiones tremendas, que siempre obran como revulsivos; fué la tristísima época del *disponible*. ¿Recordáis la palabra gris, apenada, como ceniza que se pisoteó? Palabra denunciadora de una total oquedad espiritual. El hombre no sabía ni tenía que hacer. Aburrimiento máximo del sin proyectos. Tristeza infinita.

Pero hay un horror al vacío. Eso había que llenarlo con algo. Se había perdido la fe en todo. El hombre estaba disponible. Y en semejante situación, el imperialismo capitalista, al que sería una ineptia acusar de tonto, en la amenaza que ya presentía, se apresuró a llenar el hueco con eso de los regímenes totalitarios o fascistas, que son esencialmente lo más viejo que puede concebirse. Parece mentira que esto no se halla repetido hasta el tópico. Porque su verdad está en que retroceden a posiciones político sociales anteriores a fines del siglo XVIII, prescindiendo de todas las magnas conquistas del siglo XIX y trayendo a un primer plano lo que ya estaba declarado era en el último, a saber: la fuerza. La *última ratio* es en ellos la primera y única razón. Por esto, esas modalidades totalitarias no crecen biológicamente de dentro a fuera como ser vivo, sino de fuera a dentro, como seres muertos, por yuxtaposición de costras; costras, costras que se van echando encima para ocultar el núcleo vivo que, ¡sin remedio!, ha de venir otra vez a lucir el milagro de su verdad oscurecida. Es por esto—y por otras razones que no son del caso—que quien no vea que estamos asistiendo a la liquidación inevitable de esos regímenes, está ciego irremediablemente. ¿Hombre nuevo ese hombre? ¿Pero no lo veis que su triste misión y su ser son un hecho crudo que luego trata de justificarse a posteriori? ¿No está claro que su actuación originaria es pareja a la del solitario de los mares que se mete, como en casa propia, en el primer caracol que se encuentra vacío por defunción?

Ser nuevo no es simplemente sentirse otro, *el otro* del dicho, que eso es evasión cobarde y encanallamiento, pues canalla es quien vive a gusto en lo ajeno y en la abdicación de la propia personalidad; ser otro es ser el mismo de siempre, el que uno es—es *el mismo de siempre*, dice el pueblo como síntoma de lealtad y confianza en quien vive en nueva circunstancia de verdad—con adecuación a la nueva circunstancia, y esto, sintiéndolo y sabiéndolo—orden de corazón y de cabeza—pues de lo contrario se estaría en el mundo escamoteada la persona, ya que se evaporó lo que uno era, o tan estúpidamente como el lienzo en el que están pintadas las Meninas, que no difiere, desde este punto de vista, de aquel de que se hicieron los calzoncillos de Bertoldo.

El hombre nuevo. ¡Casi nada! A bien que eso no necesita palabras, y esfuerzo, y requilorios.

Requilorios, amigos míos, como dicen en Andalucía al rebozo personal, al adorno, al puro lujo magnífico que añade una persona al hacer necesario para conseguir algo que diputa valioso. Lujo o requilorios, que han de estar sostenidos en algo muy firme, pues de lo contrario, en vez de requilorios son estupideces.

Pero si eso es difícil, dicho está que su consecución o encaminamiento requiere ánimo esforzado.

Ya está aquí la palabra ánimo. Notad que ya iba implícita saltarina y alegre en los requilorios. Aquí se nos presenta con más autoridad. Animo y esforzado. Ya tenemos ahí un hombre con alma, y no sólo con alma, sino con un alma—*ánimo*—que se proyecta fuera en acciones. Este hombre tiene ya algo dentro; está preocupado de lo que va a hacer; es lo contrario, exactamente, de un disponible. Y este hombre de proyectos o quehacer, que se nos dibuja, cuenta inexorablemente con la libertad.

Animo implica una tensión a, y no quiere decir solamente que se tiene ánimo o esfuerzo y temple para la acometida y

para hacer tal cosa, sino, lo que es muy importante, para no hacer otras muchas, para saber elegir, y aun para sufrir la adversidad con ese *a mal tiempo buena cara* que es síntoma de fuertes y seguros, ese *saber perder* de las personas o individuos o pueblos que *tienen algo dentro*.

¿Porque qué es ser noble sino llevar dentro algo, algo que vamos a tratar de ver?

Hace ya mucho tiempo que la palabra nobleza, en sentido de títulos o papeles que se heredan, está fenecida y nadie cree en ella; pero no por eso merece ser la tal palabra arrinconada sin más ni más. Dentro de ese mismo concepto cabe pensar que esos papeles o títulos no nacieron gratuitamente con el primero que los ostentó, sino que fueron ganados por él, por algún medio. Y ahí, un esfuerzo, algo que merece atención: la serie de actos puestos en juego por ese primer noble que, luego graciosamente, ennoblece a sus sucesores—o a sus antecesores, como en China—. Y ese esfuerzo de conquista o consecución de un rango excelso en el medio en que se viva, no tiene duda que es en cada época y cada tierra el que corresponda al tiempo y al lugar en que viva el hombre de que se trate. Así, pues, la valoración del esfuerzo ha de hacerse, no desde un solo tiempo y territorio y de una vez y para siempre, sino en cada momento histórico y con arreglo a los principios en él vigentes. ¿Qué duda tiene, pues, que la primera pretérita nobleza acusa rasgos valiosos indudables en los que la lograron por sí?

Porque nobleza, ya puede decirse de una vez, no es, en mi concepto, más que cualidad o conjunto de cualidades que hacen al individuo actuar sobresalientemente en la circunstancia, o sea singularizarse o sobresalir en un tiempo y espacio dados; o de otro modo: manifestación de valores excelsos en un hombre que, claro está, vive en un tiempo y lugar determinados.

La palabra nobleza no indica ya para nadie con mediano seso, un privilegio llovido del cielo, sino un rango conquistable por el que tiene cualidades excelsas. La frase «nobleza obliga» es muy empistadora, pues quiere decir la obligación perenne en que vive el hombre de excelsas cualidades. Este hombre está lleno de deberes, que le definen más que los derechos que puedan pertenecerle, pues esos sus derechos valen en cuanto que los ganó con su fértil hacer sobresaliente, y los sostiene en tanto que llena en cada minuto la obligación ineludible de no decaer en su valoración excelsa. El noble es, pues, un hombre de más y mejor hacer y a quien se exige más y mejor que a la generalidad de los hombres, y vive en sumisión libre a esta exigencia.

Nótese que no hablamos de títulos, sino de cualidades y valores, cosas permanentes y reconocibles de continuo, pues si el hombre noble es el que responde plenamente a la idea de hombre entero en cada momento histórico, cada momento y cada país, reconoce y destaca, en la forma en que la circunstancia aconseja, al que manifiesta las cualidades valiosas; así en Rusia, v. g., se destaca, en un período, al mejor trabajador de las brigadas de choque, y es indudable que eso es un reconocimiento pleno de cualidades excelsas, singulares. Así también en el lenguaje corriente del pueblo, se dice «qué noble es Fulano», aludiendo a sus cualidades de lealtad, veracidad, formalidad, honradez, etc., esas cualidades que hacen de un hombre un hombre de confianza y de quien uno siente alegría en ser amigo.

Se siente alegría en ser amigo de : He aquí otro rasgo de tipo fértilmente social y que saltó al correr de la pluma. Ese sentirse alegres en ser amigos de quien acusa valores excelsos, lleva implícito la eliminación de todo resentimiento y el arraigo de la admiración y reconocimiento de valores en otro. Y esta manera de sentir y conocer, trae como consecuencia el reconocimiento—sin acritud—de las jerarquías—que no son clases—y la consiguiente entronización de la disciplina mejor, que así se implantan, por sí misma, en la sociedad de hombres que sin esfuerzo y con buena voluntad, reconocen el valor donde se encuentre.

Y es que lo noble tiene un gran poder de construcción. Pues como el noble es hombre que se sostiene en sí, en su quehacer constante, magnánimo y estimulador, es de un lado un motivo de emulación, y de otro, un ligamen, al llevar a los demás a participar en sus proyectos, que siempre son vitales y claros.

Porque claridad es otro ingrediente de lo noble. El hombre

excelso de que nos venimos ocupando, es el hombre menos encubierto de todos. Como que con su hacer veraz, pues que responde a la esencia de su ser, se revela constantemente; y lo que es lo mismo, se da a conocer, se presenta como quien es, al obrar o portarse como él es, satisfaciendo la exigencia del dicho popular—pórtate como quien eres—, o sea: no ocultes tu ser; actúa en concordancia con tu ser; no mientas en eso fundamental que es el desarrollo de tu vida. *Te portas como quien eres*, dice un arabesco de copla andaluza.

Portarse como quien se es, ¡gran empeño! Porque eso es revelarse, en el doble sentido de la palabra; y eso es ser noble; y eso, además, es faena apocalíptica. Porque apocalipsis no quiere decir más que desvelar o quitar velos para que se vea lo que por ellos estaba cubierto. La labor es faena de descubrimiento con una doble faz: la de afirmarse al revelarse y la de desvelar al quitar velos. Cuántos desvelos en la pobre gente ante el hombre que enristra sus facultades y cualidades de excepción.

Hombre nuevo, nueva cultura, revaloración de palabras, habíamos dicho que eran tres conceptos nutridos por el mismo jugo o ánimo, el cual, en su proyección constituyente, que es en la que estamos, puede compendiarse en una apatencia o necesidad de vida auténtica y verdadera, o sea, más brevemente: nobleza.

¿Y hace falta, después de las alusiones que anteceden, pues todo lo escrito no es más que eso, una alusión múltiple a nuestro hacer histórico; hace falta, después de esto, añadir que en la faena apocalíptica formidable, por virtud de la que la España leal se evidencia ante el mundo desvelando; precisa en este trance añadir que importa resucitar la palabra nobleza en su sentido pleno, ya que los hechos demuestran que nos corresponde por un indiscutible derecho histórico?

Yo creo que no hace falta más para darse cuenta de que estamos en plena constituyente de nobleza ante el universo mundo. Esta es la vieja España renovada. La misma de siempre y nueva ahora. ¿Cabrán duda?

SIGNIFICACION DE GARCIA LORCA

JUAN MARINELLO

El eminente profesor cubano Juan Marinello, que se encuentra entre nosotros, que ha venido a España impulsado por lo más íntimo de su ser, nos ha entregado para su publicación el siguiente ensayo, perteneciente al libro *Momento Español*, que está actualmente en curso de publicación. Página vibrante de emoción española, que nos honramos hoy con reproducir.

(Nota de la Redacción.)

No es hora todavía de hablar de la significación de García Lorca. El tiempo, juez infalible, nos dirá mañana lo que hay en sus poemas de tributo intrascendente al pasado y al presente—marcas de los maestros y de la moda—y lo que hay de esencia vital, vitalizadora. Pero ya podemos decir, y es acaso lo mejor que puede decirse, que lo hispánico ha tenido en el poeta de *Bodas de Sangre* una de las voces más profundamente actuales. Aliento prendido en lo más hondo de la tradición española y fuerza innovadora, inventadora, de las más poderosas, su obra luce, obligadamente, un sentido universal. Ya hemos convenido en que la universalidad no puede lograrse sino a costa de ahondar muy ahincadamente en lo cercano, es decir, descubriendo, a fuerza de conocimiento carnal, lo más permanente y definitivo de nuestra vecindad, aquello que une, por caminos de diferencias radicalmente humanas, a los hombres de todos los rumbos. Hay una literatura hecha de estas cercanías entrañadas; la literatura en que se tocan todos los hombres y que, muy hundida en lo nacional, nada tiene que ver con las limitaciones territoriales de que hablan los textos escolares. Es la literatura en que se reconocen y saludan Fray Luis y Diderot, Dostoiéwsky y Martí. En esa literatura estará mañana, está ya, por su hispanidad universal, Federico García Lorca.

Pero la universalidad no se logra sólo con saber traducir el más íntimo latido cercano. Precisa encarnarlo en una superior ordenación. García Lorca cuajó su hispanidad sin fronteras en un mundo propio, en un orbe de imparidades donde el poeta fué reconocido soberano absoluto. No hay que decir que este mundo tuvo significado, no sólo ni esencialmente por ser fiel trasmutación del mundo en que el poeta movía su vida de hombre de carne y hueso, sino por haber logrado la exaltada resonancia de las esencias de ese mundo. La elegancia céntrica de sus gitanos, el garbo marchoso y siniestro de sus bandleiros, el fatalismo alucinado y temeroso de sus mujeres, el tumulto barroco de sus ciudades, la sabiduría pinturera y añeja de sus jacas redomonas, la estampa deliberada de sus toros sangrientos, sus balcones de luz mágica, sus mi-

radadores de presagio, sus altas barandas trémulas, sus paredes cómplices; su mundo todo se situaba, se identificaba en los signos dispersos de su tierra andaluza. Todo lucía en su mano creadora como esencia encandilada y primigenia, como plasma maternal de su realidad envolvente. Historia al revés, su orbe lírico orientaba hacia un inicio de puras formas matrices. El reconocimiento, la identificación salvadora, estaban no tanto en el descubrimiento de gestos y acentos denunciadores de la marca de hueso y sangre, como en un aire inconcreto, rico de todos los presagios, anunciador de todas las peripecias y soñador de todas las realidades. Sueño anticipado, imaginaria libérrima, pero hechos de materiales radicalmente humanos. Gran lección de artepuristas y deshumanizados.

Un poeta de estas potencias no podía sino volcarse en lo popular, en el lecho animador de lo popular. Más: no podía SER sino como pueblo; por eso FUE. En García Lorca todo arranca de las gentes de la masa porque todo él—queda dicho—es dimensión nacional, española. Esta dimensión sólo puede darla lo que tenga vida eterna, como el pueblo. No importa que mil veces hable el poeta en voz de mitologías y ritos; no afecta que mire paisajes—la Habana, New York—lejanos de su Andalucía raigal. El sabor, el tono de ritos y mitologías, el modo espiritual del paisaje, denuncian siempre una resonancia popular que cuajó en lo hispánico mucho antes de llegar el poeta. No es, como se ha pensado y dicho, que García Lorca decida una manera simple, asquible, popular, cuando escribe sus romances gitanos y embrace un idioma de selecciones cuando va a hablar del Rey de Harlem o del Santísimo Sacramento. Es poeta de un solo idioma—hombre de una sola palabra—, y no puede hablar sino con su lenguaje, porción de su carne y pulso de su sangre. Sólo el pueblo puede regalar este idioma, afilado y superado después en boca de poetas, teólogos, pintores y políticos. La veta sombría que va de Valdés Leal a Goya pasando por Ribera no se entiende sino como expresión cimera de un modo del pueblo; de ahí su permanente fecundidad. No son coincidencias intrascendentes que la misma mano que descubre las pillerías de Monipodio trace los períodos magños del discurso sobre las armas y las letras; que quien nos dejó la POLÍTICA DE DIOS nos cuente las marrullerías de Don Pablos, que el racionero cordobés, que hace los más populares romances, construya las SOLEDADES alquilaradas, que quien nos ofrece los SOLILOQUIOS y las RIMAS SACRAS nos sorprenda con FUENTE OVEJUNA; que manos que ajustaron en la Edad de Oro del arte español, tratados y alianzas, anduvieran con magistral desembarazo entre las más cénicas picardías de su tiempo. En García Lorca

se cumple una vez más—como en Cervantes, Quevedo, Góngora, Lope y Hurtado de Mendoza—aquella aseveración de Schelegel, que sitúa en los valores populares de España, no ya el impulso animador de sus obras más altas, sino la misma cristalización estilística de estas obras. En las serias y solemnes cosas, vieja norma hispánica, recuerda García Lorca la voz fuerte y pura de los humildes. Como los grandes maestros de ayer mete la voz del villancico entre las solemnidades teológicas para dar a éstas sangre de la tierra:

Es así, Dios andado, como quiero tenerte,
Panderito de harina, para el recién nacido...

En el entendimiento entrañable de su pueblo—y en los modos estéticos que su pueblo infundió en las mejores voces—está el valor céntrico de García Lorca. Y no olvidemos qué porción de pueblo español fué su alma nutricia. En Andalucía se acaba España, muere España, pero en una culminación, en una agonía ansiosa y trágica. Y ningún ansia, ninguna agonía, nacen tan del aliento de la masa como la andaluza. Quien no conozca la entraña de ese pueblo singular, quien vea sólo en el poema garcía lorquiano la peripecia y la anécdota puede suponer el triunfo de una fantasía desarraigada o el juego obstinado y lujoso de un loco de genio. Y no hay sino una estrecha fidelidad—de muy alto porte creador, desde luego— a lo más real y permanente de la gente andaluza. Bien vistas las cosas, sólo de ese modo, a escala condigna con la calidad trágica del pueblo, puede traducirse válidamente su mensaje. Y sólo por esta exaltación milagrosa, de sabia arbitrariedad, podemos tocar la raíz de Andalucía. Espejo de la vida, como quería el clásico, es aquí el arte; pero espejo de superiores lealtades, de fieles transmisiones; juego sin trampas, espejo de luces propias, descubridor y animador de lo circunstante. Es por el espejo que conocemos, que reconocemos, fisonomías vistas mil veces lejos de la claridad denunciadora. Toreros, guardiaciviles, bandoleros, gitanos, pistolas, puñales, ciudades, campos y espíritus quedan desnudados, radiografiados aquí, enseñando el hueso recóndito.

Andalucía es gran patria de grandes poetas, porque para dar su esencial sentido hay que conquistar el nivel de su voz. Sólo cuando se traduce cabalmente se llega a su tono impar. Y esa traducción, esa posesión, exige potencias tan firmes que quien las muestra algún momento queda dueño del campo lírico de España. Andaluces son Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, José Moreno Villa y Cernuda. Y Fernando Villalón, Pedro Garfias, Altamirano, Emilio Prados, Aleixandre, Laffón, Collantes, Morón, Buendía y Adriano del Valle... El andalucismo de García Lorca luce el más auténtico de todos porque reversionó su obra, la volcó sobre su tierra. Mientras Alberti llevó su ímpetu racial a más universales, a más actuales conflictos; mientras poetas como Villalón limitaron lo andaluz al dibujo perfecto de lo característico y otros como Moreno Villa disolvieron su pena ensimismada en una elegancia de intención europea; García Lorca vivió a plenitud, con toda su gana lírica, los temas y paisajes que encontraba en la carrera de su andalucismo vital.

Por esa inmersión voluntariosa en la entraña intransferible de su gente dió García Lorca, sin proponérselo, en las batientes matrices. En otra parte hemos dicho cómo el poeta nos enseñó con sus versos la gracia y la ciencia de la muerte que están en su pueblo. Muerte elegante y sigilosa, familiar y traidora. Muerte de sombría solemnidad, de porte teológico y acentos bíblicos.

La vida de sus criaturas se anuncia y se agota en la escala de la Muerte. Sin el gesto lejano y omnipotente de la Muerte no puede entenderse su poesía. Jamás dialogan sus personajes

sin la alusión implícita al final sangriento. Nunca hablan de la Muerte porque la sobria y bronca hombría se lo impide. («No quieren decir por hombres las cosas que Ella les dice»). Cuando llega en el puñal infalible o la pistola intrusa la reciben DE PERFIL, naturalmente como visita que jamás falta a su promesa. Tenía que ser Antonio Machado, gran poeta y gran andaluz también, quien imaginase ese encuentro de la Muerte con el poeta en la madrugada final. Ella estuvo en todos sus versos—que fueron toda su vida—, había de estar también en el momento último:

Se le vió caminar solo con Ella,
sin miedo a su guadaña.

—Ya el sol en torre y torre; los martillos
en yunque—, yunque y yunque de las fraguas.

Hablaba Federico

requebrando a la Muerte. Ella escuchaba.

«Porque ayer en mi verso, compañera,
sonaba el golpe de tus secas palmas,
y diste el hielo a mi cantar, y el filo
a mi tragedia de tu hoz de plata,
te cantaré la carne que no tienes,
los ojos que te faltan,
tus cabellos que el viento sacudía,
los rojos labios donde te besaba...

Hoy como ayer, gitana, Muerte mía,
qué bien contigo a solas,
por estos aires de Granada, ¡mi Granada!».

Ahora la gran voz de la Muerte y Vida ha quedado muda para siempre. Su final tiene un hondo significado. Era una voz popular, pero no militante. Y, sin embargo, los fascistas la apagaron cruelmente, criminalmente. Para los verdugos de España, como para los de Italia y Alemania, es peligroso cuanto sale de la masa, pero, además, cuanto significa un real valor de cultura. En ello, admitámoslo, proceden los verdugos con excelente lógica de verdugos. El pueblo, y la cultura que viene del pueblo, no pueden ser sino sus enemigos jurados. Federico García Lorca, pueblo y cultura, era un enemigo poderoso y una gran acusación viviente. Estaba condenado de antemano. Los subalternos del grotesco Queipo de Llano cumplieron cabalmente, al asesinarlo, su triste rol histórico.

¿Cómo asombrarnos de que el fascismo cause la muerte si es el camino hacia ella? Andrés Malraux acaba de definir con penetración pasmosa cómo el ánimo fascista no puede sino desembocar en la lucha del hombre contra el hombre, en el crimen sin tamaño de la guerra. El elemento central del fascismo es LA EXALTACION DE LAS DIFERENCIAS ESENCIALES, IRREDUCTIBLES Y CONSTANTES se ha dicho. Estas diferencias, queridas y ahondadas por los verdugos de todos los climas, separan y enfrentan a los hombres y a los pueblos. No puede concebirse al fascismo sin estas barreras rencorosas, sin estos abismos sangrientos de hombre a hombre y de nación a nación. El simple aporte cultural, como esté bien centrado en el torrente andador de un pueblo—caso de García Lorca—, lleva en la entraña un impulso de unidad, es decir, de verdadera paz, que el fascismo no puede admitir. Quiso romper esa unidad, contra ella fué, la bala que destruyó la frente del poeta. En su cabeza andaba, sin saberlo él mismo, ese ímpetu de amor y de bien, de unidad suprema, que alienta y da vida inmortal a la Revolución de ahora. Ese ímpetu estaba en su voz, que fué todo él. Y la voz suya no la pueden destruir las balas negadoras del hombre. Porque aquella voz, lo hemos visto y probado, nunca fué suya. Fué la de un pueblo. La de un pueblo que ahora se desangra por la vida futura, por la unidad, por la paz de todos los pueblos.

AE

ARCHIVOS
ESTATALES

A V A L E N C I A

Inesperado llega este momento
de cantar tu temblor, ciudad vivida,
cuando clemente luz brilla engañosa
tras las antiguas cúpulas fragantes.
Fija el estío de apacibles sombras
el contorno gentil de tus riberas.
Extraños pescadores apacientan
ese río rosado entre cañizos,
y los pájaros dan un bajo vuelo
anunciando en las frondas que la noche
viene y conduce un viento solitario.

Detenido y extático contemplo
la portentosa huida de la tarde.
Ya los puentes sin fin se empalidecen
engarzados de sombra en sus orillas
donde refulge oscuro el eucalipto,
donde la pompa entera del magnolio
mágica se sumerge en la espesura,
donde el morero, frescas ya sus copas,
recorre en teoría los jardines
bajo los cuales se presiente oculto
al campano que allí se balancea.

¡Quién pasear pudiera esos senderos
por la paz de la brisa entre las flores
y con cuerpo ligero en las penumbras
pacer la extensa calma que respiran!
Mas el día traspone sus encantos
y la turbia amenaza está en el aire.
No os envidio el vagar, nubes hermosas,
sometidas a un ritmo involuntario,
no tu eterno surgir naturaleza.
El hombre y su destino me acompañan,
su virtud primordial grave y consciente.

Es así que la noche se avecina
lentamente brotando por los suelos,
y mientras vuestra gracia de elementos
indemne rueda al término del día,
percibo por el cielo que se alumbra
más que nunca al arcano de la muerte.
¿Dónde váis, nube, pájaro o silencio?
¿Dónde, tranquilas aguas de mi río?
La ignorancia conduce vuestros seres
y sólo yo recojo ensimismado
cuánta grandeza en torno y cuánta vida.

Escucho cómo el hombre en las tinieblas
precipita sus pasos indefenso,
que no está ya el solaz tras la jornada
de labor, en la fábrica o los campos,
no suena por las calles el bullicio
ni en las huertas la plática conduce
el diligente carro de lechugas.
Otro es allí entre tanto quien trastorna
las más puras moradas de la tierra:
al nocturno rumor del regadío
sustituye la lúgubre ambulancia.

¡Ay cuán lejos ciudad, de esta sospecha,
cuando niño inquietísimo pasaba
con un trote ligero de caballos
sentado junto al busto de la madre!
¡Cuán lejos asimismo de tus arcos
de follaje, gala de los festejos,

que un tierno colegial camina a solas
esperando risueños que se muestren
los perennes umbrales de la vida!
Lejos tanto recuerdo que enamora
pende lacio a mis pies, ya sin sentido.

No intento perseguir mi vana estela
cuando el horror se instala anocheciendo;
pero sí me abandono a este delirio
brusco y postrero de la edad pasada
que iluminado asalta en la memoria
su triste condición de despedida.
Quedarás tú entre bosques de naranjos,
quedarás fecundada por los ríos.
Nadie olvida al partir, de tu belleza,
un solemne blancor de las barcasas
penetrando en el limo de la tierra.

Es verdad que los dioses mortecinos
invadida su casa por las llamas,
han visto bajo bóvedas sombrías
resguardado hacinar el trigo nuevo.
Que las musas que antaño murmuraban
al oído enigmáticas palabras
no aplacan nuestra angustia y se intimidan
coronadas de lívidos laureles.
Sólo está el hombre en pie, como en su origen.
Pero ya en multitudes rumorosas
se oyen brotar las fuentes de la vida.

La frágil existencia se sorprende
de cuán extraña cita en esta tarde
cumplen los hortelanos y alfareros,
cumplen los ebanistas de tu historia
con los hombres que asumen y gobiernan,
cumplen tus pescadores y artesanos
con la exaltada grey de los poetas
que el azar ha traído hasta tu tierra,
no el libre paso en busca de vergeles.
A todos los convoca aquí la muerte
con ese frenesí de las alturas.

Ya se percibe el eco que pregona
crepuscular la huida hacia los campos.
Ya oscuras comitivas se dirigen
cercando por alcoba la ancha playa.
Ya del lado del mar, vegas latinas,
viviendas donde el níspero y la higuera,
las viñas sobre tapias trepadoras
son dosel refrescante del verano,
parecen esperar la equivalencia
de un antiguo volcán enardecido
que en tanta placidez siembre ruinas.

Así estos mismos ojos que te miran
pueden callar dormidos en rotundo,
conservando en la piedra de la muerte
tu embriagadora imagen dibujada.
Así los que se salven o regresen,
los que el destino ampara y solicita
a repoblar los huertos y sembrados
con el sol que conceda la victoria
gozarán en los márgenes del río
lo que mi débil sangre les augura:
una paz levantada con sus manos.

J U A N G I L - A L B E R T

EL NUEVO REALISMO

MARIA ZAMBRANO

La situación actual por que estamos atravesando los españoles aparece llena de complejidad. Complejidad en la que fundamos nuestras esperanzas cabalmente. En no rehuirla, en ir desentrañando los múltiples hilos de la enrevesada madeja sin tratar de cortar ninguno, está la posibilidad de la nueva cultura, tan necesaria y esperada.

Cuando una cultura declina se señala, ante todo, en la disgregación que avanza entre las clases sociales y aun dentro de ellas. Disgregación y hermetismo que encierra a cada clase, a cada grupo, a cada profesión, dentro de sí, mirando llenos de recelo a las demás. Comenzamos a ignorarnos los unos a los otros, y lo que es más grave, a no desear conocernos; un secesionismo amargo, suelo fecundo donde nace la individual soledad, es el fondo de la vida social, que es como decir el vacío. Los lazos profundos que mantienen unida a la sociedad se van disolviendo. Y sobre este vacío, la vida individual transcurre en una flotación, como planta con las raíces al aire.

Al iniciarse el proceso de disgregación, parece que es la libertad lo que avanza, por el efecto de esa misma ignorancia de los demás, que permite la ilusión de no tener que contar con ellos. Es el momento del romanticismo en que la sensibilidad vuela, va y viene, creyendo no tener más límite que los invencibles del tiempo y de la muerte. Por eso, la sensibilidad del romántico acaba por acudir casi íntegramente a los límites de la vida con la muerte; las resistencias sociales, que vale tanto como decir *reales*, retroceden hasta sumirse en una oscura zona desdeñada y olvidada. En el romanticismo el hombre se siente solo; pero su sensibilidad se conmueve, ante todo, por la soledad metafísica, diríamos, o sea por aquella que no tiene remedio. Así también el pensamiento; durante este tiempo la filosofía se ha ocupado por lo que no tiene remedio, por lo inevitable. Lo incognoscible era el mayor acicate del entendimiento. País poco amigo de teorizar el nuestro, el español se ha mantenido sin vuelo teórico por esas regiones limítrofes de la razón. Pero en cambio, en la vida social, secesionismo, la disgregación ha llegado a mayor grado quizá que en ningún otro. España era, y cada vez más, invertebrada. A pesar de la democrática manera de conducirse el español en su vida ordinaria, si por democracia entendemos trato llano y confianzudo, cada zona social se alejaba vertiginosamente de la otra. Y este alejamiento marcaba en los vacíos insondables que dejaba el mapa mismo de la compleja composición de nuestro país. Clases sociales separadas por contrapuestos intereses económicos, pero también grupos regionales que quedaban encerrados en sí: unos activos y ricos, pero sin poder de iniciativas generales; otros inertes y estancados, sin rebeldías y sin esperanzas también. Hasta la diversidad de religiones, que un día ahogara la férrea mano de «la unidad nacional», propuesta por Cisneros, iba asomando su rostro, aunque enmascarado bajo otras apariencias. España, como una substancia química cuyos ingredientes elementales no alcanzaron por premura o error en la mezcla, a fundirse, se desintegraba, dejando ver en su revuelo y vaivén trozos de elementos sin conexión.

La decadencia de la sociedad burguesa, que no tenía por qué alcanzarnos, ya que no habíamos participado de su brillo y poder, hizo más rápido, sin embargo, esta aparición de la desintegración española. Lentamente iba sucediendo igual en los demás países de Europa, y así, en un momento dado, ha podido coincidir, aunque por bien diferentes caminos, la invertebrada sociedad española y la brillante sociedad burguesa europea. Para estudiar el proceso de la segunda tendremos que

acudir al romanticismo. Para vislumbrar los comienzos de la nuestra será preciso retroceder hasta ese momento tan lleno de angustias y de esperanzas, de decadencia y de señales auro-
rales, que es el inmediato anterior a la formación de la unidad nacional, a la cristalización del Estado español, que tanta gloria momentánea conquistara, para sumirse en seguida en tan repentina y triste inanición.

Si acudimos a su conocimiento es posible que encontremos en la bulliciosa y compleja sociedad del siglo xv, y aun antes, los elementos que falsamente unidos hemos sentido luego reaparecer, encubiertos en muchos casos, mezclados con otros, desfigurados siempre, que han hecho de la España del siglo xix ese caos ininteligible, ingobernable, del cual hoy sufrimos la última y más sangrienta consecuencia.

Quizá también sea preciso retroceder hasta ese momento para que encontremos un ejemplo de convivencia de religiones, razas, clases sociales, intereses y culturas contrapuestas y distintas. Momento en que da la sensación de que todos estaban presentes en todos. Instituciones y profesiones parecían tener un rostro que estaba a la vista para las demás; todo estaba a la vista, y es curioso que ese revuelto de elementos tan heterogéneos nos produzca mayor sensación de unidad que dos siglos más tarde, cuando pasado el primer impulso, de donde saliera la unidad nacional, aparece la vida espontánea española envuelta y hasta oculta bajo la férrea y asfixiante caparazón del Estado.

Debajo de esta armazón estatal crecían en el alma del español, y en consecuencia en la vida individual, dos tremendas pasiones hijas ambas de la tremenda inhibición vital, del encerramiento y desesperación producidos por el fracaso de nuestro Estado. Soberbia y envidia iban minando nuestra vida, deshaciéndola y envenenándola. Cada vez más, el hombre español vive eludiendo la realidad, sin lanzarse tampoco a los espacios de un audaz idealismo, porque la realidad es su destino. No ha habido hombre más realista que el español ni que haya eludido más la realidad que él.

De ahí que nuestra más firme esperanza en el futuro y destino españoles descansen en una conversión a la realidad, en un volver a las fuentes originarias de nuestro realismo, en que encontremos deshecha la tremenda inhibición que engendró nuestra soberbia y nuestra envidia. Y el secesionismo de la vida social no sería sino trasunto de esas tremendas pasiones de las que a su vez eran causa, pues tal sucede entre los fenómenos sociales y los individuales que mutuamente se implican y alimentan.

Conversión a la realidad que nos llevaría a descubrirnos mutuamente, a contar los unos con los otros, a proceder a la vista de un todo, de una comunidad en la que sentimos nuestra existencia individual enraizada. El ansia de libertad individual ha sido la fuerza que ha movido a las mejores almas de Europa, de la última Europa, para romper con una sociedad y una cultura. La destrucción, hasta ayer, ha sido nuestro signo. Pero todo cambiaría si la sociedad a la que nos sentimos pertenecer sea estimada como la más próxima a la justicia. Se ha confundido a la libertad con la destrucción, y sólo el amor, el sentirnos enraizados socialmente en una comunidad que dé expresión y realidad a nuestros mejores anhelos, podrá devolvernos el sentido justo de la libertad. Si ello sucede, los alegres momentos cargados de esperanzas de nuestro siglo xv, antes de que España se cerrara, habrían al fin, tras de tan largo paréntesis, dado su fruto cumplido.

AE

ARCHIVOS
ESTATALES

P a í s V a l e n c i à

NOVA AURORA



a terra vibra
entre emocions de sang.

La pluja de les venes
i el bressol
de les muntanyes i les hortes
en juntar-se són fang.

Un fang vermell
que de la mort fa vida.
Un fang sagrat
que té Dolor i Amor.
Un fang fet
amb la sang enfervorida
d'un clamor.

Un fang que és
sediment de nova vida
i actua de fonament
d'un nou marxar:

un fang de nous camins,
de noves fites,
de nova Humanitat.

.

Avant!, avant!,
—sense mirar enrera—,
camina Humanitat!...

Sap que a la fi
dels seus camins de glòria
aguarda Llibertat!

J . G O N Z A L E Z M I R

CIUTAT OBERTA

Tota la nit està punxada d'estrelles.
Nosaltres, sota la comba de l'aire fosc blau,
esguardem les grosses i nímies meravelles
d'aquest cel antic i suau.

Hi ha, enter, el silenci que creix i es buida
entre els llistons de les persianes.
Oh sacra nit, si fos d'Amor. Ets indefinida
com l'Amor cruent de les novensanes.

Ai, aquesta pau de la por! Cap soroll no s'ou.
La ciutat oberta descansa els ulls.
No mou les mans, els peus no mou.
Respira. Dormen els nets, dormen els sulls.

Fins la ràdio, rogallosa,
ha plegat sa veu, un xic glaçada,
dins la capsa metàl·lica i filamentosa
del micròfon. La nit dorm dèspullada.

Despullada! I no obstant, no sé qué tenim
que esperem, oh volta del cel obscura,
amb angoixa i esglai, el rogall del crim
d'una amarga malaventura.

I guaitem amb ulls i amb orelles
tota passa ferma o lleugera
i afermem les mans a les canelles
dobladades. Asseguts fem espera.

I de sobte brunz alt i lluny
un trimotor, o deu, o vint...
Nosaltres peguem un bot i tanquem el puny
amb ràbia.

—Avions?

Seguim oint.

I s'encenen dins la nit obscura
els reflectors que fan cosquerelles
—dissis d'astral antiarquitectura—
a les tremoloses estrelles.

I la virilitat de tot canó antiaeri
es prepara conscientment i somrient

a llançar contra l'obscur misteri
de la nit la seua sement
de mort.

I plora la sirena
l'auguri de la Vida i de la Mort
i escampa pels refugis la pena
de les formigues que busquen port.

I es desfermen els braços dels amants,
i s'apaguen dels esposos les besades,
i aquell nen cerca plorant els tirants
i les sabates trencades.

I els gossos de la nit udolen,
cara al cel, contra els enemics trimotors.
Altes les negres ales volen.
Homes-àguiles? Homes voltors!

I...! bluff!! Un llum blanc, de mort, lleig,
que devalla contenint el respir,
i el terrabastall del bombardeig
—tres segons!—que sembla no ha de finir.

I l'espetic de l'antiaeri, caçador
dels coloms de la guerra,
i els cors que esclaten de terror,
i els edificis que cauen a terra...

I els ais! dels ferits, i de la mort els glops,
i la sang de via retorta,
i els ossos estellats, i els músculs xops,
i els llavis trits, i els ulls de claror somorta,
i les mans obertes com urpes de llops,
i el penjoll de carn enganxada en una porta...

Oh nit propícia a l'Amor galant
que en un instant l'au atacant
et desperta i et desconhorta!

.....
Ciutat oberta, d'obertes ferides
urbanes, de pisos rebentats:
demà et donarà el Sol amorosides
calors i els teus danys seran venjats.

C A R L E S

S A L V A D O R

A E

ARCHIVOS
ESTATALES

UN POCO DE ARQUITECTURA RURAL

ALFREDO BAESCHLIN

La península Ibérica ofrece en su casa rural todas las gradaciones de la gama arquitectónica, como pocos países—excepto tal vez Rumania—pueden brindarla al investigador aficionado a la geografía humana, ciencia tan interesante como rica en sugerencias y enseñanzas.

Esta variedad es la expresión fiel de la variedad de nacionalidades que pueblan la tierra hispana, así como de la variedad de climas que hay en la península.

De esto se desprende que la casa rural no es un producto puramente geográfico ni exclusivamente humano; sus formas llevan el sello del ambiente geográfico y el del factor humano; no depende la forma de la vivienda únicamente del medio o sólo de la herencia, sino de ambos a la vez.

El estudio de esta interesantísima manifestación del arte popular es labor de gran complejidad y requiere mucha paciencia. Acertadamente dijo a este respecto Torres Balbás:

«El cabal y profundo conocimiento de la tierra, de los hombres y de sus hogares, no es cosa fácil ni que se consiga rápidamente; ninguno de ellos nos libraría su secreto sino después de una larga convivencia y un íntimo trato.»

La península Ibérica es quizá el único país de Europa que permite estudiar, sobre una base firme, el aspecto y la forma que tenía la casa de los primeros moradores que se cobijaron bajo un techo.

Hace pocos años, se descubrieron en la cumbre del Monte Tecla (Galicia) los restos de extensas colonias celtíberas—más de mil casas—relativamente bien conservadas en cuanto se refiere a la cimentación y mampostería.

La principal característica de esas casas es la forma elíptica, la situación muy original del hogar y las piedras previstas de una oquedad, las cuales sostenían los pies derechos en que descansaba la cubierta.

¿Cómo era esta cubierta? Examinando la pallaza gallega y aldeas compuestas todas ellas de pallazas, como El Cebreiro (Lugo), veremos que este interesantísimo tipo de casa rural tiene una planta elíptica, idéntica situación del hogar, como las casas del Monte Tecla, y sus originales techumbres de paja se apoyan en una estructura de madera, la cual descansa sobre idénticas piedras con una oquedad en medio, como las encontradas en las excavaciones galaicas.

No es aventurado afirmar rotundamente que la pallaza gallega es la supervivencia de la primitiva casa celtíbera, habiéndose conservado, como verse puede en El Cebreiro, incluso la forma y la disposición del poblado entero.

El hombre se modifica. El medio geográfico permanece invariable. Dadas las escasas modificaciones que por ello experimenta la arquitectura rural, resulta que el estudio cronológico tiene un valor muy escaso, y enorme, en cambio, el de la geografía.

Pasemos de este prototipo de la España lluviosa, sobre el cual el autor de este estudio se propone publicar algún día un trabajo extenso, como lo hiciera para el caserío vasco y la casa ibicenca (1), a la casa mediterránea o de clima templado, escaleta, simple, a veces toda geométrica, como concebida por el más fanático defensor de la arquitectura funcional.

Hemos visto cómo las condiciones geográficas y climáticas influyen grandemente en la formación de un determinado tipo de casa rural; también influyen los materiales que existen, abundan o escasean en una determinada región.

No debemos olvidar, no obstante, que un cultivo especial, practicado en una pequeña zona, puede influir en la forma de la vivienda y crear incluso modalidades completamente diferentes de la región natural en que se hallen.

Un ejemplo fehaciente es el Riurrau de la Marina, o sea

de la faja costera que se extiende de Denia a Alicante (figuras 1 y 2.)

En el Riurrau influye, desde luego, el clima, que determina la forma de la cubierta. Las pendientes de la misma están dispuestas de tal forma que permiten recoger la mayor cantidad de agua en las cisternas. Clima pobre de lluvias y, en consecuencia, la obligación para el hombre de almacenar el agua en depósitos subterráneos o aljibes.

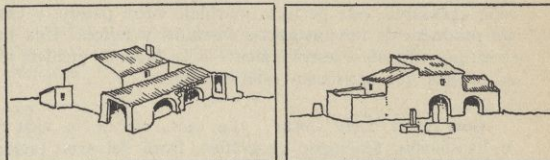


Fig. 1

A pesar de todo lo que se ha dicho respecto al arte y sentido de belleza innatos en el hombre levantino, creo que el labrador de la Marina, al construir su Riurrau, bien poco se preocupaba, por ejemplo, de conseguir vistas al mar y un maridaje perfecto entre la casa y el paisaje, preocupación esencial de todo buen arquitecto. Lo que le interesaba, ante todo, era la orientación hacia Levante o Mediodía de la naya o galería antepuesta a una de las fachadas, a veces a dos.

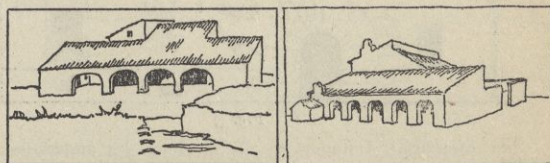


Fig. 2

Aquí, por encima de todo, es el cultivo a que se dedica el aldeano de la Marina, o mejor dicho, su industria rural de la pasa, el que determina las características de la casa.

Para guardar los cañizos sobre los cuales se extiende la uva para secarla al sol durante el día, se necesitan locales amplios y bien ventilados, pero al socaire de los fuertes aguaceros que suelen venir de Norte y Noroeste. Estos locales llevan en la región el nombre de naya, y no es aventurado admitir que la palabra procede del latín *navis* (o sea nave), ya que el arte de construir bóvedas y arcos es, sin duda alguna, una tradición netamente romana.

Para construir económica y racionalmente hay que recurrir a los materiales que brinda el terreno y hay que emplearlos apenas sin transformar. En la Marina abunda la piedra, pero escasea la madera.

Construyen los muros muy gruesos, menos para la cuestión de solidez, sino porque la experiencia les ha enseñado que cuanto más gruesa es la pared, más fresca resulta la casa en verano y más abrigada en invierno. Las crujiás pasan raras veces de cuatro metros. ¿Por qué? Porque la experiencia aconseja esta medida, como máxima para sostener el tejado sobre vigas corrientes, o rollos sin bastar, sin apoyo intermedio.

De este concierto de circunstancias resulta la forma caprichosa del Riurrau y su silueta tan pintoresca. Es la función que creó la forma.

Al no disponer ni de piedra de grandes dimensiones ni de madera de gran escuadría, el arquitecto rural, valiéndose de su tradición romana, traza arcos elegantes para los huecos de la naya, ya carpaneles, ya rebajados, ya de medio punto, empleando para esto y para encuadrar sus ventanas la arenosa piedra tosca que se saca del mar, que es poco resistente recién extraída de la cantera, pero que tiene la virtud de endurecer en la intemperie.

La naya del Riurrau, elemento tan sugestivo y tan característico de este tipo de casa rural, es una necesidad de la función agrícola. En esta galería se concentra la vida del labrador. En ella comen, trabajan y se divierten los días de fiesta. Es

(1) *La Arquitectura del País Vasco*. Editorial Canosa, 1930.—Barcelona. 40 pesetas.

La casa ibicenca. Editorial Vilanova. Valencia. 10 pesetas.

Casas de campo españolas. Editorial Canosa. Barcelona. 75 pesetas.

preciso haber pasado unos meses en un Riurrau para hacerse una idea del funcionalismo de la naya.

Debe tenerse en cuenta que esta construcción rural es únicamente de temporada. Los aldeanos, una vez terminado su trabajo de elaboración de la pasa, abandonan—al finalizar el otoño—esta morada para pasar los meses fríos en el casco de la ciudad, donde todos suelen tener su acomodo.

La extrema sencillez de los condumios en esta zona hace que se da escasa importancia a la cocina, que aparece a menudo en un rincón de la naya, reducida a su más simple expresión, a proximidad del aljibe y del calderón que sirve para escaldar la pasa.

Todo en el Riurrau obedece a la función. Su ingenuo constructor no tenía el propósito de crear una cosa bella, sino una cosa útil ante todo. Lo que a nosotros nos causa esta impresión agradable, este perfecto maridaje entre paisaje y casa, es un producto de circunstancias fortuitas y felices. Una prueba más que cñiéndose estrictamente a la función pueden lograrse efectos que satisfacen estéticamente.

Con razón decía Costa: «La casa, eje de la vida rural, la habitación, fenómeno geográfico, fruto del sano racionalis-

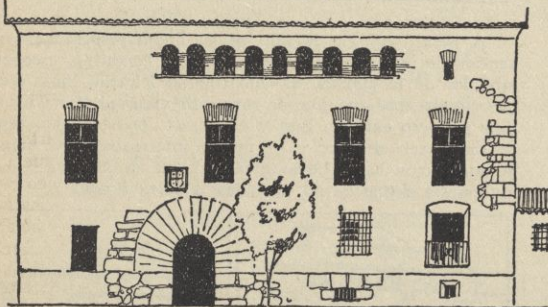


Fig. 3

mo diferencial. Influyen en ella el clima, los materiales y la estructura social.»

Aunque en este modesto estudio nos ceñimos a la arquitectura rural y popular de Levante, la reducida extensión del mismo no permite entrar de lleno en la materia.

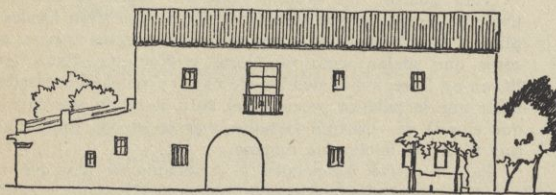


Fig. 4

Dejaremos de lado la barraca valenciana, indudablemente una importación oriental, venida quizá a esta tierra con un cultivo determinado (¿el gusano de seda?). Es una construc-

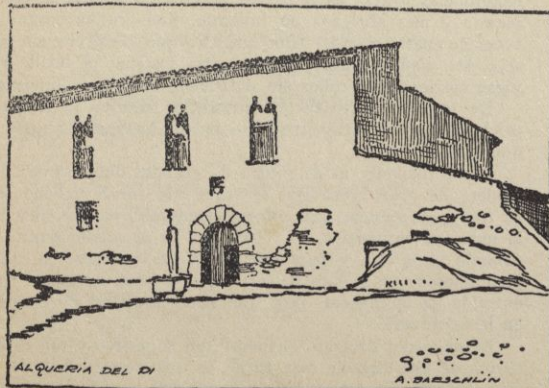


Fig. 5

ción que bien merece un estudio aprofundizado que no se ha hecho aún, pero encaja difícilmente en lo que nos hemos acostumbrado a llamar arquitectura popular del Mediterráneo.

Veamos la alquería, la casa rural del latifundio de la huerta valenciana. Sin tener un carácter tan netamente definido como el Riurrau, posee características bien aparentes y procedentes de la función.

Las alquerías menos típicas de la región valenciana son las que ostentan una forma que nos obligan a clasificarlas entre los palacetes rurales (Fig. 3), con influencias castellanas e in-

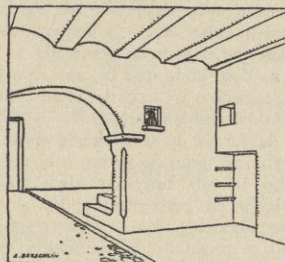


Fig. 6

cluso italianas—resultado del frecuente intercambio comercial entre Génova y Valencia—, con reminiscencias de patios y escaleras de palacios urbanos. Más que alquerías son casas de

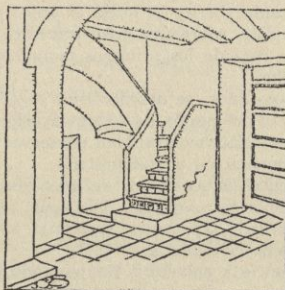


Fig. 7

recreo del propietario, con un hueco para la familia del colono.

La alquería típica no es ésta. Es la del tejado simple, a una o dos aguas, con el vértice paralelo a la fachada principal, siempre orientada a Este o Mediodía. Es la de las airosas andanas, donde cultivaban el gusano de seda en la época en

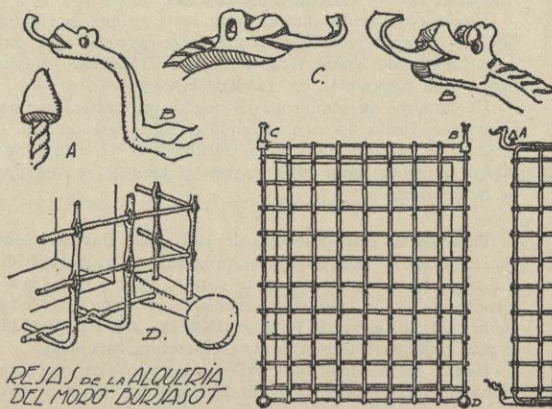


Fig. 8

que esta industria—orgullo de Valencia—estaba en auge. Es la de la entrá acogedora, con su arco de medio punto. Es la de los originales arranques de escalera. Es la de la pulcra cocina, donde, sabiamente administrado, adquiere su más bello efecto el reflejo polícromo de nuestras cerámicas de Manises y Alcora de la buena época. Es la del pozo sombreado por la tupida parra, que se enreda caprichosamente en sencillos pilares pulcramente enjalbegados (figs. 4, 5, 6 y 7).

Esta es la típica alquería valenciana, exenta de influencias externas, puramente funcional, sin más adorno que alguna que otra reja, forjada por artífices lugareños, ya recia y fuerte,

con marcada función de defensa (Fig. 8), ya sutil y afiligranada, cual telaraña.

He aquí otra manifestación interesantísima de la geografía humana, bien poco conocida: la cueva de la región levantina. Es producto del clima y del terreno. Abunda en los pueblos de Godella, Benimámet, Paterna, Manises y otros más, y su estudio constituye una contribución interesante a la investigación sobre la vivienda popular en España.

Encuétrase la vivienda troglodítica siempre en los terrenos cuya constitución geológica se preste para ello. No de-

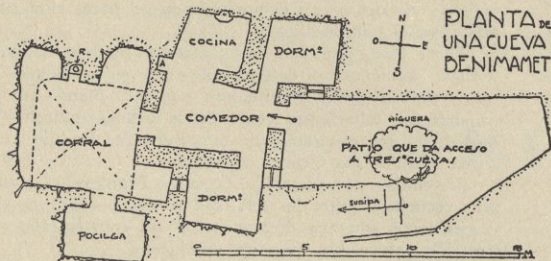


Fig. 9

bemos confundirlas con las cavernas rupestres, que son obra de la naturaleza. Son viviendas excavadas por el hombre, por debajo de la capa de caliza muy gruesa que asoma a flor de

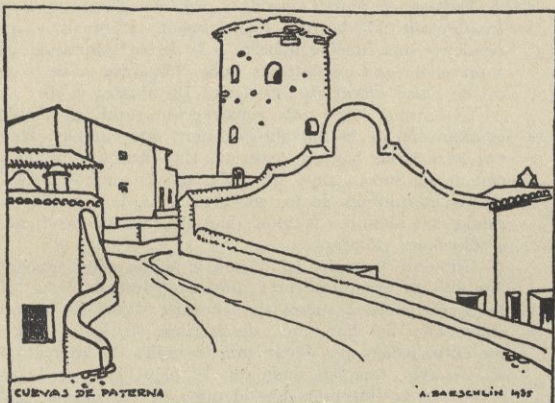


Fig. 10

tierra y forma la bóveda de esta morada subterránea, excelentemente resguardada del calor y del frío. Todos los terrenos poblados por cuevas suelen tener una pendiente bastante pronunciada, que facilita la evacuación rápida de las aguas pluviales y evita las posibles goteras. La excavación no presenta dificultades serias. Debajo de la capa caliza existe un terreno menos compacto—arena y arcilla—, que se extrae fácilmente con el pico y la pala.

El acceso se verifica por una rampa bastante acentuada—a veces es incluso una escalera—que desemboca en una pla-



Fig. 11

zoleta, generalmente común a varias cuevas, cuyas fachadas, provistas de hastiales, recaen a esta plazoleta. Los hastiales sobresalen del terreno superior, formando antepecho (figuras 9, 10.)

Para ventilar las habitaciones interiores que no dan a la fachada y para proveerlas de luz, existen corrales—especie de patios rudimentarios—con un antepecho de mampostería para seguridad de los transeúntes que circulan por encima de las cuevas.

Los escapes de humo, a cuál más original y pintoresco, pueblan la parte superior del barrio de cuevas, dándole un as-

pecto sumamente curioso (fig. 11). En estos mismos escapes de humo puede verse cómo a veces el funcionalismo puro produce los efectos más sorprendentes y bellos.

Un carácter asaz bien definido adquiere la casa ibicenca, y no cabe duda alguna que más de un arquitecto extranjero

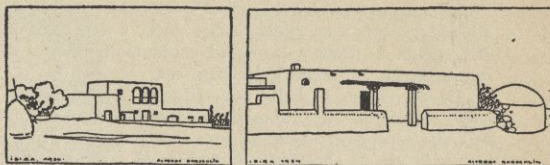


Fig. 12

se inspiró al contemplarla para sus proyectos de casas de campo concebidas según los cánones de la nueva arquitectura funcional (figs. 12, 13 y 14).

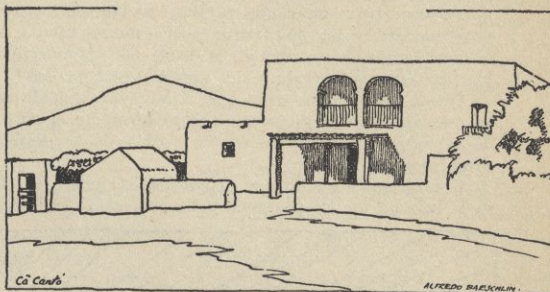


Fig. 13

En la casa ibicenca, como en pocas partes, se nota cómo influye el clima en la formación de la vivienda humana. En Ibiza escasean las lluvias, aunque la isla no carece precisamente de agua.

Al contemplar las cubiertas completamente planas surge la idea que actúan como colectores de agua, y, efectivamente, en

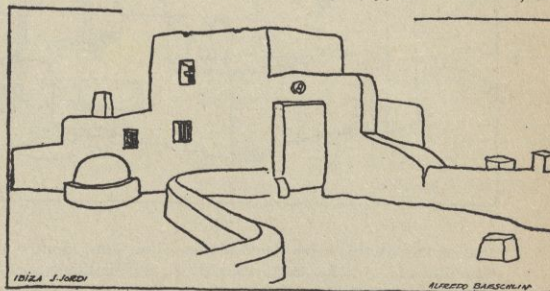


Fig. 14

no pocas casas rurales de la isla, el agua recogida en las cubiertas se lleva a las cisternas. Pero también existen pozos en cuyo caso el agua que puede recogerse en la cubierta se evacúa al exterior por medio de gárgolas.

Extraordinariamente interesante es la construcción de estas cubiertas. El peso considerable de las mismas obliga al empleo de vigas de madera poco espaciadas entre ellas; éstas descansan en jácenas de mayor escuadría, siempre que la luz exceda de dos metros y medio.

Sobre estas vigas colocan losas de piedra tosca—que se extraen del mar—, y encima de este piso intermedio existe una capa de algas marinas. Sobre estas algas, una capa de escorias trituradas actúa como agente aislante. Por fin, una gruesa capa de tierra de alfarero en estado seco, la cual se transforma con la primera lluvia fuerte en barro, formando una capa completamente impermeable.

Casi todas las paredes interiores son de carga y sobrepasan la cubierta de medio palmo, con atarjeas para el paso del agua. Las cubiertas tienen muy poca pendiente, y se da el caso que se forma por el peso excesivo de la cubierta una depresión donde queda estancada el agua, que se evapora antes de que se produzca la menor gotera.

Casi todas las casas rurales ibicencas tienen su pórtico o

marquesina, ya de obra, con cubierta idéntica a la de la casa, ya simplemente en forma de umbráculo de ramas secas de pino, descansando en pilares de obra o pie-derechos de madera.

Estos pórticos y umbráculos actúan más bien para proteger del sol que no de las lluvias, escasas en este terreno.

La sala es casi igual en todas las casas; espaciosa y bien alhajada. Sirve esta pieza, sobre todo, como local de recepción y sala de fiestas para acontecimientos familiares de importancia, como las bodas y los bautizos.

La cocina no se halla tan reducida a su mínima función como ocurre en otros tipos de la casa mediterránea. Suele ser bastante espaciosa y tiene su horno de pan cocer, que muestra, sobresaliendo de una de las fachadas, su original cúpula de sabor moruno.

Tanto el constructor del simpático Riurrau como los de la alquería, de las cuevas y de la casa ibicenca, aprovechan la experiencia de muchos siglos. Tiene razón Demangeon, cuando clasifica las habitaciones rurales, no por sus materiales de construcción, ni por sus formas más o menos típicas, sino por la distribución de su planta, es decir, por las relaciones establecidas entre los hombres, los animales y las cosas.

Queda bien comprobado que el labrador, cuando edificaba su casa la concebía y construía tectónicamente como un apero de labranza, adaptándola en la medida de lo posible a las condiciones de cultivo.

Contrariamente a lo que ocurre en la ciudad, es el que la va a habitar, quien proyecta y hace la casa, creándose cada

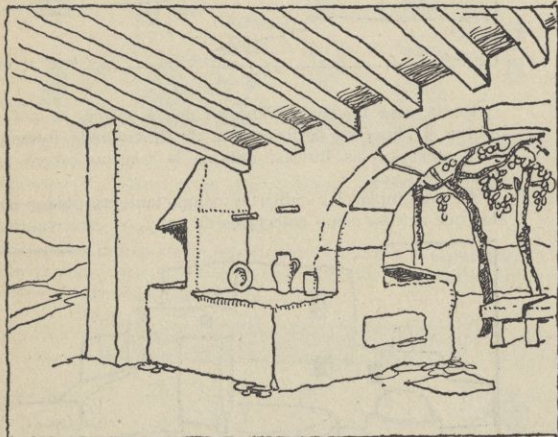


Fig. 15

una con arreglo a las necesidades. Por ello, dentro de cada tipo definido, tiene cada casa una personalidad propia. Demuestra esto también el ingenio primitivo de la raza y la tendencia al individualismo.

Muchas veces me ha sorprendido la facilidad con que un constructor rural resuelve toda clase de problemas, algunos de ellos con relación estrecha con el clima y otros de orden técnico.

No suelen equivocarse ni en la orientación que cabe dar a la cocina, ni respecto al sitio reservado para las cuadras, los carros y los aperos de labranza.

Con un sentido admirablemente constructivo ponen el pozo y a veces el horno de pan como estribo para las arquerías de las nayas (Riurrau). Con certeza disponen el ancho de las crujeas para que corresponda a las dimensiones útiles de las maderas usuales en la región (fig. 15).

Donde asoma un sentido puramente artístico y de decoración, como en un sombrero sobre sus sencillos pilares, que defiende del sol la entrada, el origen siempre es una función necesaria.

Todas estas construcciones, en cuya concepción ha colaborado la experiencia de muchos siglos y varias generaciones, no pueden ser clasificadas por un orden cronológico. No tiene edad. Suelen durar hasta que sus materiales se disgregan por efecto de la vejez. Y a menudo, sobre los cimientos de la casa antigua derrumbada vuelven a edificar una casa exactamente igual a la desaparecida, a no ser que imbuidos de mo-

dernismos, abandonen la sana tradición y edifiquen algo monstruoso con pretensiones de un pseudo-estilo, la pesadilla de nuestra dichosa edad de cemento.

¿Influencias de fuera? Sobre todo en Levante las hubo profusamente. ¿Quién lo duda? El carácter étnico de los habitantes del Mediterráneo es muy complejo: fenicios, griegos, romanos, armenios y judíos, así como los árabes, han contribuido a la formación del tipo levantino y la vivienda no podía sustraerse a estas influencias múltiples.

La notable influencia italiana en nuestras construcciones civiles y rurales queda demostrada en no pocas alquerías, masías y casas ibicencas.

Ahora bien, pareceme harto atrevido atribuir a una determinada influencia o determinar como supervivencia ciertas características de la arquitectura popular, cuando no existen pruebas tan fehacientes como en la pallaza gallega. Ya hemos dicho que el estudio de esta rama del Folklore es tarea ardua que necesita ciencia y paciencia.

Pretendía, por ejemplo, el sabio Frankowski, autoridad muy escuchada entre los folkloristas, que los hórreos gallegos y asturianos son una derivación de las construcciones lacustres. Me parece esto un error manifiesto.

En primer lugar, porque los palafitos tenían el objeto de proteger sus moradores contra las agresiones de fieras y enemigos. En cambio, el hórreo se construye, y se construye de la manera tan típica, para poner fuera del alcance de los roedores los frutos del campo (maíz, manzanas, patatas, quesos).

Existen en Suiza, en aldeas pequeñas a más de 2.000 metros de altitud, hórreos esencialmente idénticos y que responden a una función idéntica a la de los asturianos. ¿Iremos a pretender que en Asturias hubo influencia suiza o, viceversa, en Suiza influencia asturiana? De ningún modo.

El hórreo, como toda construcción rural, es simplemente la expresión de la función que tiene que cumplir. Hay ratas en Suiza y las hay en Asturias. Hay frutos y productos del campo en Suiza, como en Asturias. En ambos países saben de las costumbres de los roedores. ¿Es de extrañar si, operando con idénticos factores, han llegado independientemente a soluciones idénticas?

Cito este ejemplo del hórreo y podría citar muchos más. No sólo en la arquitectura rural propiamente dicha, sino en lo concerniente a aperos de labranza, útiles de pastoreo, de elaboración del lino, etc., descubrimos analogías sorprendentes entre países que distan muchos miles de kilómetros entre sí. No cabe tampoco duda que el parecido procede sencillamente de la interpretación idéntica de un mismo problema. Cada uno, puesto en el trance de resolverlo, debía dar forzosamente en una solución igual o, por lo menos, parecida.

No me parece alejarme del tema propuesto en mi pequeño estudio, si para concluir formulo el deseo de que el estudio sistemático de la arquitectura popular y rural sea elevado lo más pronto posible a la categoría de una institución oficial, bajo la dirección de Bellas Artes.

Desde que estamos en guerra hemos experimentado ya pérdidas irreparables en este terreno. Anteriores procesos históricos, como invasiones, guerras civiles y la misma revolución, han mermado este tesoro artístico en gran manera, muchas veces por la incultura del pueblo mismo.

Labor metódica se ha hecho muy poca. Existen, desparrramados en multitud de revistas, muchas de ellas locales, infinidad de estudios parciales versando sobre determinadas regiones. Existe la Fundación Patxot, en Barcelona, y la Sociedad de Estudios Vascos, a la que el autor del presente trabajo prestó su colaboración durante dos años, y que se dedican preferentemente a esta especialidad. Pero todo el territorio restante de la República, incluso Galicia, no ha comenzado todavía su catálogo metódico de su arquitectura popular y rural, una de las muchas tareas culturales que debe imponerse al pueblo español, para fomentar el renacimiento de una arquitectura racional, de conformidad con las diferentes condiciones climáticas y geográficas que ofrece la tierra hispana.

Una escuela de arquitectura bien planeada debe procurar que sus alumnos, antes de entrar en la fase de proyectos, conozcan al dedo todas, absolutamente todas las modalidades de nuestra arquitectura popular y rural, inagotable fuente de las enseñanzas más útiles y de las más bellas emociones.

BREVES NOTAS SOBRE SILVESTRE REVUELTAS

Con la Delegación mexicana de la L. E. A. R. ha venido a España el músico mexicano Silvestre Revueltas. ¡Qué gratos recuerdos trae para mí el nombre de este viejo amigo! Hace algunos años nos conocimos en México, pueblo milenario, de cuyas civilizaciones indias, dos, la azteca y la maya se alzan siempre como eterno vigía, escueto y parco e inconfundible por su grandeza.

Llegaba yo a México—capital—, deslumbrada mi retina por el paisaje único de las cumbres de Maltrata, maravillado, al rojo mi emoción y medio anonadado por la fuerza imponente de una Naturaleza rica en matices; fértil y árida, cálida y fría: todo en el camino de Veracruz a México y en el breve espacio de unas horas. Llegaba a México, país que ansiaba conocer, país de contrastes que oculta sus fuertes pasiones en la calma enigmática del indio, país amable, acogedor, parco sus habitantes en la palabra... Silvestre Revueltas compartía la dirección artística en la Orquesta Sinfónica de México—que tuve el honor de dirigir—con Carlos Chaves, otro músico mexicano de gran valor. Silvestre Revueltas me hablaba de sus planes artísticos, de un paisaje sonoro que sus ansias creadoras apetecían poblar de imágenes fuertes en las que viviera ínsito el espíritu racial forjado por tantos dolores e incontentos anhelos... Y el logro es un hecho: esa cosa hermética, contundente, en la que viven pedazos de la historia de México, elocuentes matices de su tragedia, aparece ahora captado en la obra musical de Revueltas, toda ella de penetrante sabor nativo. Revueltas es un artista en posesión de una técnica: en sus obras los materiales se complementan con ajuste preciso, la idea vive, la forma se define concreta y descuellan por su inevitable sencillez pasajes como la parte central de su "Janitzio" en la que una melodía diáfana va envuelta en un color cautivante: timbres que, sin ser nuevos, tienen la frescura de lo inmarcescible, de lo que parece siempre puro. Y así como un solo verso puede inmortalizar a un poeta, hay en la obra de Revueltas más de un acierto que le acredita, indiscutiblemente, como poseedor de una rica sensibilidad musical. Me sorprendió gratamente la audición de sus obras para gran orquesta, Caminos y Janitzio, no sólo por lo que en ellas se destaca como aristas reveladoras del alma mexicana, sino por lo que en ellas se advierte de maestría en el hacer.

Luego, otro concierto (concierto de cámara) en el Conservatorio de Música, me hizo ver ya ese paisaje sonoro a que hago alusión al principio, poblado de auténticos hallazgos. En el Homenaje a García Lorca hay sobre todo una página completa, acabada, única por su expresión original: es la titulada Duelo. Verdadero duelo: dolor, acritud, li-

NOTAS



CRITICAS

rismo, pero no lirismo fácil, lirismo de exaltación amarga, lirismo acibarado, de tinte rojo, de tonos desgarradores, fuerte, que canta lo monstruoso en su forma más atroz... ¡El poeta ha muerto asesinado..., y sólo así, como lo hace Revueltas en su Duelo, y no de otra manera, puede evocarse su muerte! De este Homenaje, el cuadro titulado Son, con ligeros ecos cubanos, tiene bastante del "jaz" y mucho de mexicano. Como los anteriores, y al igual del resto de la obra de Revueltas, este tiempo está perfectamente instrumentado, llega en él Revueltas a su máxima habilidad orquestal, y su pericia aun se supera en el delicioso "Ballet pantomima para niños": El renacuajo paseador, de timbres mágicos y genuinamente mexicano.

Puede la crítica ahondar mucho al enjuiciar la enjundiosa obra de Silvestre Revueltas: sabrosa labor a la que no renuncio. Pero hoy, trabajos urgentes del momento me obligan a posponer, quizá por breve tiempo, el estudio detenido de la interesantísima obra de Revueltas. Sirvan estas notas de homenaje sentido a su talento y de fraterna adhesión.

PRIMER CONCIERTO DE MÚSICA SOVIÉTICA

La AERCU ha sido fundada recientemente, con el fin de estrechar nuestras relaciones culturales con la URSS. Cumpliendo estos propósitos, el día 4 de agosto (pasado) su Sección Musical organizó un concierto de música soviética en el Conservatorio de Valencia: Francisco Gil, director de la Orquesta Valenciana de Cámara, tuvo a su cargo la dirección de este primer acto musical, y Sánchez Arcas, secretario general, leyó unas cuartillas encaminadas a orientar al auditorio con relación a futuros planes. Había en el programa música para solistas, para trío y para orquesta de cámara, y eran los autores de las obras compositores soviéticos: Potowinkin, I. Nadirow, Aram Chatchatourian y Miskowsky. Este último, a pesar de su madurez, figura entre los nuevos compositores soviéticos, por haberse incorporado a la revolución rusa desde el primer momento.

Oyendo estas nuevas obras soviéticas y meditando luego sobre el alcance de sus intenciones y lo que de ellas ha pasado al pentagrama, nos preguntábamos: ¿Existe una música cuyo lenguaje sea universal? ¿O tiene cada raza su estilo musical? Durante años se ha creído—y algunos lo creen hoy—que la música es un lenguaje universal. Nada tan contrario a la realidad: la música no tiene de internacional más que los sonidos—y no siempre—; su espíritu es racial, pertenece al pueblo, a los pueblos en donde nace, sin que sea suficiente argumento en contra de esta afirmación el invocar los nombres de Bach o de Beethoven. Lo que en la música de estos genios puede hallarse de universal entra menos en el terreno de la música que en el del gesto. Pero no es esto, no es el gesto lo que debe calibrarse en la música: es su contenido espiritual, el sentir de las razas, que por ser varias sobre la superficie terrestre ofrecen un exponente emotivo múltiple y dispar.

Lionel Landry, el sutil exégeta, demuestra en su «Sensibilidad musical» cuán precario es el calificativo de «música internacional», y dice: «El problema de la comprensión internacional de la música no es esencialmente contrario al de la comprensión de un idioma.» «Puede haber sensibilidades musicales que coinciden, pero las más son antipodas: su sintaxis se repele, y no sólo por cuestión de vocabulario, sino por el pensamiento formulado que engendra su discurso.»

En el caso de las obras soviéticas que nos ocupan, de intenciones seguramente innovadoras y con vistas quizá a la universalidad—envoltura puramente exterior—, es fácil orientarse y descubrir los caminos por donde pretenden llegar a converger en el punto internacional, sin lograr por ello ocultar el acento racial de sus expresiones: en casi todas ellas vive el alma rusa, la sensibilidad de un pueblo que tantas coincidencias sensibles tiene con nuestra manera de apreciar y sentir el arte.

Es en las «Tres piezas para piano», de Potowinkin, donde con mayor fuerza resalta la lucha entre lo que pretende ser universal y lo que es circunscrito. La primera, «Despedida», se reviste de armonías sutiles, que tienen su ambiente en un colorido especial, ámbito propicio para el desfile de imágenes sonoras de sentido externo, y la segunda y la tercera, «Canción ucraniana» y «Danza rusa», delimitan con claridad las fronteras: son raciales y ceden a la fuerza secular que alienta en el pueblo. Si, como ya se ha dicho, en lo circunscrito está a veces lo universal, estas dos últimas obras de Potowinkin, a más justo título que la primera, pueden ostentar el de internacionales.

La «Canción a Lenin», de Nadirow, es, sin duda, entre todas las del programa, la que menos dice de esencias vernáculos. Escrita al modo de una melodía expresiva y sentimental, subraya sus acentos con un noble patetismo. No así ocurre con el «Trío para clarinete, violín y piano», de Aram Chatchatourian. Este se preocupa del ropaje, pretende librarse de tiranías, modernizando

su estilo plagado de aristas, y desvía el cauce normal para abrir nuevas veredas al libre deambular de sus ideas; pero no logra con ello ocultar rasgos nacionales que un secreto instinto indomable empuja a la superficie. Alguna incoherencia en la unidad precisa que deben guardar los materiales entre sí nos pareció advertir durante el curso de la obra, cuyo equilibrio sufre por esto ligeras alteraciones, que, por otra parte, no empañan los aciertos que se suceden en todos los tiempos, dentro de timbres logrados y una claridad meridiana.

Miaskowsky es el compositor, entre los ya citados, de consciencia musical más patente. Su mano experta guía el trazo seguro, y su personalidad se revela maestra en el manejo de los materiales: tiene que decir y lo dice bien. Hay en su obra reminiscencias clásicas; las sombras del pasado desfilan discretas, sin empañar el cristal puro de las ideas, y porque el creador tiene originalidad hace oír su auténtica voz por encima de añejos acentos. Su «Serenata para pequeña orquesta» es una acabada realización musical. Y el «Presto final de la Sinfonietta para orquesta de cuerda», tinto en matices románticos evocadores, es un concienzudo trabajo contrapuntístico: cerró el concierto como un exponente de energía.

Los intérpretes de estas obras supieron recrearlas poniendo en su labor especial empeño. Carmen Benimeli, en las «Tres piezas para piano»; Natalia Frigola y Daniel de Nueda, en la «Canción a Lenin»; y Conejero, E. García y Daniel de Nueda, en el «Trío para clarinete, violín y piano».

Francisco Gil se nos reveló un consciente animador: su Orquesta Valenciana de Cámara sonó bien, muy bien, a la altura de la mejor calidad.

PEDRO SANJUAN

REVISTES ROSA DELS VENTS

Quan, a poc a poc, el catalanisme ha anat pujant en el camí de la superació, i la literatura ha aconseguit arribar a la maduresa, i hom veu ja els poetes i literats segurs, alts, fermes sobre la seua terra, i també sent, present, el camí ple demà, no s'esglaia de trobar-se amb revistes com aquesta, tan conseguida, tan absoluta, tan digna.

Totes, absolutament totes, les signatures que hi figuren en els seus tres únics números—sembla que no ha pogut sortir el quart—són—joves o no joves—perfectes i serenes. El camí de la personalitat, tan ple d'esborrancs, ha estat aconseguit en breu plaç per aquesta revista mercès a la destra mà que l'ha portat: Josep Janés i Oliver. I, també, mercès a les aportacions que, literats i poetes, amb plena dignitat literària, han fet des de les seues planes. Junt a unes magnífiques traduccions d'Horaci, fetes

per Ventura Gassol; junt a un assaig interessantíssim de Carles Pi Sunyer, o aparellats tots dos amb unes traduccions de Lluçà de Samòsata, fites per Martí de Riquer, no desdiiuen res, absolutament res, els poemes de M. Teresa Vernet, Joan Minguet, Fèlix Ros o el gran Agustí Esclasans. I a més a més, una altra cosa encara: les prosas. Una, finíssima, de López-Picó, les presidix. I després, bellament harmonitzades, produccions plaentes d'Ignasi Agustí, Xavier Benguerel, Ramón Xuriguera i C. A. Jordana. I heu vos ara els assaigs: Josep Teixidor ens parla de «La poesia de Gue-rau de Liost»; Ramón Xuriguera interpreta ben bé Martí Llauredor, l'escultor; Josep Sol trau a la llum unes dades interessantíssimes sobre «Crim i càstiga» i sobre James Joyce; Xavier de Salas, sobre «El cronista Gil González Dávila»; Josep Janés i Oliver, el director intel·ligent, parla sobre «La novel·la de S. Juan Arbó» i «Agustí Esclasans i els seus ritmes»; Carles F. Maristany escriu de debò sobre «Oswald Spengler»... Tot açò sense haver comptat el millor: les il·lustracions de Josep Obiols i Planas Bach, encara que hi ha entre tots dos un abim que ens fa estimar més el primer. A banda trobem aportacions, força interessants, com són les de Carles Riba, amb una traducció de Hoelderlin, petita i suau com una rosa, i l'Esclasans amb dues traduccions: «Escultura», d'Etto-re Lalli, forta i violenta, i el «Pròleg als Cants de Maldoror», de Remy de Gourmont. I, en les seccions de crítica, volem assenyalar una molt important de Joaquim Homs sobre Robert Gerhard; algunes de Xuriguera, sobre Exposicions; dos de Palau-Fabre, sobre «Peer Gynt» i tres obres teatrals de Strind-berg, Txekhov i Lenormand; i la revista de revistes començada per Josep Sol al núm. 3.

Com haureu vist per la transcripció completa que hem fet dels tres sumaris, en aquesta revista de literatura, assaig i crítica, que—una mica barrejadament—havia aparegut a Barcelona l'abril del 36 i ara ens arriba a les mans, predominen els assaigs i les prosas, i els poemes figurants són depuracions extremes. Un motiu de joia, tanmateix. El catalanisme, com el valencianisme, ha patit massa l'abundància de poetes dolents, si bé ha sabut espolsar-se'ls a temps.

Si alguna cosa, en aquesta revista que deurien fer-la sortir altra vegada els germans catalans; si alguna cosa, repetim, ens sembla fóra de lloc, és algun assaig no del tot emmarcat dintre un pla literari, certament per la seua condició fundamental d'històric, o alguna crítica fluixa... Però açò, és tan corrent en revistes tan amples!

En general, aquesta revista era una bella publicació. I dic era però devia de dir es, ja que, si bé es veïa obligada a morir a conseqüència del moviment reaccionari, ho va fer no sense abans assegurar la vida de la seua fillada ja nombrosa: la Biblioteca de la Rosa dels Vents, la Biblioteca de Poesia i la Biblioteca d'assaigs, algunes de les quals,

exclusivament de les primeres, arribades sortosament a les nostres mans, han estat comentades mantles voltes en aquesta revista.

RICARD BLASCO

LIBROS CRONICA GENERAL DE LA GUERRA CIVIL. TOMO I

Después de catorce meses de guerra es justo que se vaya pensando en establecer un balance y en reunir los documentos que sirvan para una futura historia de nuestra lucha. Y aun que se dé a nuestro pueblo, para uso de los actores y lectores de vanguardia y retaguardia, la muestra de unas impresiones verazmente recogidas en el momento en que los hechos tuvieron lugar, marcando las líneas generales de nuestra evolución política y militar, de manera que no se desdibujen sus trazos fundamentales. Incluso en los recuerdos personales de cada uno han ido borrándose las impresiones primeras, recibidas en los distintos momentos en que se tuvo que ser más o menos actor, o espectador, directamente ligado a los hechos de las jornadas de julio de 1936, o a las de noviembre del mismo año, en Madrid; apenas si con un esfuerzo tenso de la memoria cabe rehacer unos instantes impregnados de pasión y de emociones íntimas.

En su sentido mejor, el periodismo tiene aquí una tarea importante y ya urgente que realizar. Esta primera recopilación de artículos y reportajes, hecha por la Alianza madrileña, consigue en parte ser una aportación. Carecemos en absoluto de un inventario orgánico de textos documentales sobre lo ocurrido en nuestro primer año de guerra. Llegará un momento en que surja una literatura de guerra; mas por el momento, lo más indispensable es el aspecto histórico de nuestra guerra, antes de llegar a su sublimación literaria. Libros que traten de darnos una visión justa y verdadera de nuestra guerra de independencia nacional son escasísimos, por no decir inexistentes. Se habrán escrito reportajes, declaraciones de visitantes y observadores. Pero libros intensamente vividos por su autor, que sean documentos directos de la lucha, no han llegado aún. Un día u otro aparecerá el libro que necesariamente ha de salir de la pluma de Malraux; tenemos ya el gran reportaje que acaba de publicar en inglés Ramón J. Sender, que si personalmente hemos tenido la ocasión de leer, no ha sido puesto aún a disposición de los lectores españoles, precisamente los más afectados directamente por los episodios y las reflexiones del escritor aragonés que vivió con ellos las jornadas exaltantes y críticas que forman la historia madrileña de los meses de julio a noviembre. No hay por qué esperar a que salgan obras acabadas de las plumas más conocidas de la literatura revolucionaria española, aunque no estaría de más que escritores como Arcanada nos contaran su experiencia de los

largos meses de lucha en Asturias. Toda la literatura moderna no es otra cosa que un documento, un reportaje de hechos auténticamente vividos y ocurridos; cuando llegue el momento de decantar los múltiples aspectos de nuestra guerra de hoy aparecerán libros que cuenten nuestra lucha y que llamándose unas veces novela, y otras historia, vendrán a ser una misma cosa. Lo que por ahora necesitamos, aquello que no puede esperar más, es la recopilación de los testimonios mejores que han ido apareciendo en los diarios de España, día a día, obedeciendo al reflejo profesional del momento, sin que la realidad cruda y los recuerdos limpios queden deformados por el olvido o el deseo del retoque artístico, como sucederá fatalmente con el tiempo.

Algo de todo esto seguramente ha movido a los compiladores de esta primera serie de textos sobre nuestra guerra, que no sabemos bien por qué sigue llamándose civil en la portada de este libro. Decimos que se ha intentado algo porque el deseo y la buena voluntad han quedado bastante alejados de la realización. Para nosotros, una de las debilidades más evidentes de este libro es que sus editores se han situado sobre el plano literario en vez del histórico. Mucho menos interesante que recoger crónicas bien pulidas por firmas de más o menos relieve en el mundillo literario, interesaban relatos verdaderos y poco conocidos sobre tantos y tantos episodios admirables y elocuentes como ha tenido y sigue teniendo nuestra lucha contra el fascismo. No se nos oculta que las circunstancias de toda guerra y los imperativos de la censura militar han impedido registrar, en el momento de producirse, determinados acontecimientos militares. Esto, sin embargo, no basta para explicar que en el tomo primero de esta Crónica falte por completo toda alusión a la retirada del Tajo, a la pérdida de Toledo, a los combates por la posesión de la línea férrea de Seseña a Valdemoro, ¡y al noviembre madrileño! Con toda la admiración que sentimos por la obra y la vida de Machado, no podemos aceptar que la documentación sobre la defensa de Madrid en aquellas semanas únicas quede reducida a una cuartilla literaria del primero de los poetas españoles. Desde este mismo punto de vista crítico-histórico tampoco deja de producirnos sorpresa la falta de método cronológico en la ordenación de los distintos materiales recogidos. ¿Cómo puede publicarse una nota necrológica del magnífico Pablo de la Torriente, caído en la defensa de Madrid en la última decena de diciembre, e incluir en el mes de febrero un artículo póstumo suyo, escrito en octubre desde Buitrago? Todo este primer tomo de la Crónica General nos da la sensación de cosa improvisada y llevada a cabo por gentes en las que el buen deseo supera la capacidad y la técnica profesional; en las que ha podido más la amistosa relación con los escritores, que la rigurosa decisión de exigir los textos más importantes desde el punto de vista his-

tórico. En un libro que pretende ser un reflejo auténtico y directo de los campos de batalla, abundan excesivamente las impresiones literarias y la aportación de escritores que de manera muy indirecta a veces, han conocido la guerra, o cuyo relato guarda una relación muy leve con ella.

Tal vez el primer tomo de la Crónica General de la Guerra civil haya sido preparado pensando en una fecha determinada para sacarlo a la calle, y en este caso esperemos que antes de preparar los volúmenes siguientes se fijará un plan riguroso que permita a esta obra recién empezada asumir el papel que todos le deseamos, de documento completo y verdadero de la historia que comienzan a hacer los españoles.

NADAL

“LLANTO EN LA SANGRE”

Romances 1933-1936

Emilio Prados (Ediciones Españolas)

Un nuevo libro del juglar malagueño? No. Un libro ya conocido. ¡Muy conocido! por los pescadores y campesinos de la desdichada costa malagueña.

Contiene los romances cronológicamente, y el tomo está dividido por libros no publicados.

Un libro de combate. Un libro revolucionario.

Libro de combate y revolucionario, porque nace al calor de una triste miseria, que canta con un optimismo futuro, incitando siempre al levantamiento de la sangre, que duerme en las venas, contra el «amo», contra todo aquello que oprime y que ahoga, en ese triste «agosto del mar».

Ve el dolor, el dolor de los hombres sobre las playas ardientes, y gime por ellos en esta emocionante red de versos:

«Medio desnudos, aescalzos,
hambres tan sólo en su espera,
dolor tan sólo en sus caras,
sólo en sus sueños tristezas.

.....
que, clavándose en el mar,
las amplias redes sujetan,
los pescadores repasan
las horas de su pobreza.

Sangrando sus pies se apoyan
sobre la candente arena
que al cubrirlos con su fuego,
llagas abiertas les deja.»

Estos versos, sacados de una de sus colecciones (del «Calendario incompleto del pan y pescado», 1933-1934), muestran cuáles son los sentimientos de este poeta en épocas ya muy anteriores a esta guerra. No como muchos, que ha sido necesaria esta gran transformación para bajar de esos cielos azules y abstractos de la poesía pura a estos otros no tan puros, pero sí más humanos.

Iniciada la lectura de los primeros romances, llegamos al «Llanto de octu-

bren». Época de represión que, evidentemente, tiene que influir en Prados, espíritu sensible y revolucionario, que clama desesperado por gritar la verdad, que es: la miseria, el dolor de las cárceles..., pero la censura le hace ahogar sus gritos en este agónico desespero.

«¡Que se oscurezcan mis labios
como la carne del cieno
y que hasta el pan que me coma
se me convierta en veneno,
que mi lengua se está hinchando
de guardar tanto silencio,
y ni soy perro de rico
ni tengo mis pulsos muertos!»

Siente con verdadera sinceridad la angustia de esta inolvidable represión:

«Ni puede salir al campo
sin que su frente se nuble,
ni puede entrar en su casa
sin que sus venas retumben.»

En este magnífico «retumbar de sus venas» se siente todo su dolor cargado de impaciencia.

Luego sigue elevando su grito angustioso:

«más alta vuela mi angustia
que por el cielo las nubes.»

Y busca ya la soledad de él, que es al mismo tiempo la soledad de la masa, en aquella época de obligado silencio. Y se recluye solo, para sentir en su espíritu la congoja del hombre de «vuelos libres», «que le duele el suelo que pisa y la sangre que le cubre».

Todos estos cantos hondos, rebosantes de rebeldías, en Málaga, en días de tristeza, eran leídos por su autor en los Sindicatos, en las Organizaciones proletarias, en los Ateneos. Allí donde hubiera un núcleo considerable de obreros se escuchaba su voz, la voz que era de todos, porque todos sentían el anhelo de gritar la verdad, que en suma era: la libertad misma.

Durante la Guerra civil, Prados ha seguido escribiendo romances, también recopilados en este libro.

Su fecundidad notoria, no le niega variedad de ritmos, de imágenes y metáforas, llenas de emotividad y sentimiento, que producen la exacta emoción estética.

En este libro, sus romances, llenos de maldiciones y lamentos, respiran un aire de triunfo que se acerca paso a paso. Este optimismo nos lo da a gustar en su conocido poema «Al camarada Antonio Coll», donde termina diciendo:

«Antonio Coll, marinero,
te brindamos la fragata
de nuestra victoria, ¡espéranos!»

En este «¡espéranos!» confía todo el optimismo de él, que es, al mismo tiempo, nuestro optimismo.

El hombre que recoge el sufrimiento, el ímpetu, la valentía, el coraje y el dolor de un pueblo grande como el nuestro, en un libro de romances, se le puede llamar poeta popular. Galardón sublime para un hombre que escribe versos,

Angel Miguel Pozanco

José Bellver Sánchez

M. BONILLA-BAGGETTO

UN HOMBRE CONTRA EUROPA (1)

El hombre que, en enero de 1933, se hizo entregar sin condiciones el pueblo alemán por la alta finanza y los grandes terratenientes no ha dejado, en estos últimos cuatro años, de mirar al mundo con sensaciones. Y el mundo casi ya no reacciona. Las cosas más descabelladas le parecen casi normales, como aquel discurso del «Fuehrer» sobre el Arte, pronunciado en el «Día del Arte alemán», en Munich, un documento por el cual las generaciones venideras se enterarán de lo que uno podía permitirse tiempos atrás, y lo que los demás tenían que aguantar sin protesta. Bismark tampoco era capaz de distinguir entre el arte y lo que no es arte, y ha sido, no obstante, un gran estadista. Hasta qué punto Hitler es inteligente en arte, lo demostró poco después de entrar en el Poder, al entregar las paredes de la Cancillería del Reich a Stassen, pintor de los Nibelungos, gran pintor de «roscos», para cubrirlas con pinturas murales «kolosales», con motivos sacados de la mitología alemana. Pero única en la historia es la amenaza de mandar castrar los pintores que no tienen la suerte de caerle en gracia. «El caso— así declaró Hitler en Munich— es importante para el ministro del Interior del Reich, el cual tendría que estudiar el modo de imposibilitar al menos una transmisión ulterior de semejantes horribles perturbaciones visuales.»

Ya en anteriores libros describió Konrad Heiden al hombre cuya fantástica carrera sólo se explica en el fondo por el odio contra un mundo que no le ha hecho caso. El discurso de Munich sobre Arte es también dictado probablemente por la venganza todavía insatisfecha dirigida contra todos los pintores de talento y los que han adquirido fama. En su último libro, «Un hombre contra Europa» (Editorial Europa, Zuerich), desarrolla Heiden esta vez y con verdadera maestría el tema, en otras obras sólo bosquejado: Como el éxito mundial de Hitler se formó por el impulso de reaccionar contra todas las ofensas sufridas por los demás países, imaginarias o verdaderas, y de vengarlas. Un hombre pequeño, al fin y al cabo, se venga en nombre de millones de anónimos como él, contra todo el orbe, por haber tenido que permanecer desapercibido durante muchos años. La sed de venganza hizo crecer al rebelde, y Hitler, el típico hombre pequeño, se convirtió en uno de los más grandes de la tierra. «Un hombre contra Europa». El título delata el contenido. La política austríaca de Hitler no es, en el fondo, más que la venganza del desdén. El libro comienza con el capítulo enervante, lleno de hechos desconocidos aún, relacionados con la aplastante culpa nacionalsocialista en el asesinato de Dollfuss. «Hitler pulsa la arteria austríaca para saber hasta dónde puede practicar

cortes en el sistema europeo sin encontrar resistencia.» Esto está muy bien formulado. Para Heiden reza lo que él mismo repite de Hitler muy a menudo: «Ha crecido en el transcurso de los años enormemente con las propias tareas que se ha impuesto. El libro está lleno de juicios históricos: «el estudio de los dictadores es «el conocimiento por sí misma de una generación». Podemos representarnos los dictadores como expresión de su época, y de tal modo que «dejan de ser personalidades. El hombre completo de su tiempo ya no es un hombre. Ideas equivocadas respecto a la esencia de la personalidad, conducen a menudo a apreciaciones erróneas de figuras históricas y a comparaciones injustas con contemporáneos». Dice Heiden también que el dictador no actúa de otro modo de como habla, sino que actúa hoy de un modo distinto que ayer y en cada sitio de un modo diferente. «Esto radica profundamente en la esencia de la acción pura». Según Heiden, la dictadura carece de teoría, y que todos los intentos encaminados a atribuírsela son pasatiempos ociosos. «La dictadura no es otra cosa que una práctica del poder, y sus contradicciones son sólo el método para dominar las contradicciones de la materia dominada». Opina Heiden que la falta de lógica demostrada nunca es impugnación del poder, porque éste no discute. «Por ello pueden demostrarse a los dictadores tantas contradicciones». Cree el autor que Hitler, entre todos estos hombres que ya no son ni personalidades ni hombres, sino únicamente instrumentos de irresistibles fuerzas demoníacas, «es el más actual, y en este sentido el más importante».

El libro de Heiden sobre la historia inverosímil del III Reich y de su fundador desde los orígenes hasta el presente, es un espejo en el que se refleja nuestra época. Los hechos históricos son en su mayoría conocidos. Pero nuevo e interesante es como Heiden relaciona estos hechos entre ellos y descubre sus móviles. Cómo, por ejemplo, Hitler obtuvo, después de la muerte de Hindenburg, en cierto modo el poder por astucia. Cómo la matanza de junio de 1934, si no en la forma, pero sí por el efecto, correspondió a los anhelos más secretos del ejército y que éste y el Fuehrer contrajeron desde entonces una alianza en la cual desde luego no está claro quién protege a quién; cómo dentro del Estado totalitario se formaron otros Estados, la potente S. S. y el cuerpo de guardias rurales de Goering, con sus 80.000 hombres armados hasta los dientes, que ocupa una situación privilegiada; cómo Hitler realizó en el momento psicológico escogido con refinamiento el atropello del 7 de marzo de 1936 sobre la región renana, asestando con él un golpe mortal al Tratado de Versalles.

A. BAESCHLIN

VISADO POR LA CENSURA

«DE UN MOMENTO A OTRO»

Rafael Alberti

Era lógico que Rafael Alberti reuniera en su último libro gran parte de su poesía revolucionaria ya anteriormente publicada.

De un momento a otro junta así buen número de poemas, ordenados en cinco series independientes, comprendidas entre los años 1932-35, las primeras, y 1936-37 la última, su Capital de la gloria, con que cierra el libro.

Se hunde de esta manera mejor el árbol de su última poesía, si sus ramas más altas comunican con las raíces que las nutren. Por esto sus poemas buscan la continuidad de su historia, y De un momento a otro resulta, con el engarce, un nutrido volumen de poesía.

Con el pueblo va la salvación de la poesía, pero si la voz no sabe hallar sus auténticas realidades dramáticas o líricas en los períodos revolucionarios, puede perderse fácilmente en pura retórica de partido o consigna. Hay que mantener el puesto de poeta, aunque una oscura avalancha se nos venga encima. Pocos o nadie aventajan a Rafael Alberti en el empeño de buscar luces de auténtica poesía en el gran proceso de la Revolución española, pues si socialmente se está con ella, aunque sea duro, hay que saber caminar líricamente de su brazo. Poderosamente, y con gracia, avanza a su lado Alberti, «tomando su ejemplo y en ella mirándose».

Nada importa que la iconografía poética haya cambiado. La rosa o el piojo que cría en la cabeza del pobre, los puede recoger el mismo verso. Es lo que vale; su número y el misterio que lo hace verso y no línea de periódico.

Yo me he fijado especialmente entre todos los poemas de su libro, en aquellos que titula «La familia». No hay duda que la clase media es la más estúpida, la que, por su misma imprecisión, carece de propia conciencia, absorbida por las otras dos. Pero tampoco hay duda de que la clase burguesa y media contiene por aquellos fuertes valores dramáticos de poesía.

Quien, como nosotros, al llegar de la calle necesita cambiar sus ojos para sentarse a la triste mesa de sus familiares y de oídos para escuchar su voz abolida como un sofá viejo, lea este poema de Alberti, extraño y melancólico como una novela de Chejov. «Hace falta estar ciego», «Colegio (S. J.)», «Hermana», sobre todos éste, llevan en sí una triste belleza melancólica que llega al alma.

De «13 bandas y 48 estrellas», poema del mar Caribe, ya hablé en las páginas de El Sol, poco antes de la rebelión fascista. Hoy, cuando existe tanta mirada de América puesta sobre España y la sangre de más de un hermano del Caribe ha dicho más que todos los fofos discursos de iberoamericanismo, el cantor de América futura pudo, justificadamente, unir su canto al poema de la independencia de España. Contra los «gachupines» y los «gringos» de todas las latitudes, España invadida dispara

(1) «Un hombre contra Europa», de Konrad Heiden. (Editorial Europa, Zuerich.)

sus fusiles, y cada cactus, cada palmera y caña dulce de azúcar del Caribe, tiembla a un viento de pólvora pisando los rieles de los trópicos. Capital de la gloria (Madrid: noviembre-julio): En las palabras iniciales del libro expresa su autor el deseo de que estos poemas que él mismo denomina productos desordenados de Madrid, fueran el comienzo de otro poema más hondo y extenso a la misma altura de la ciudad inexpresable. Fechas de guerra llevan estos poemas, donde cada verso y aún cada sílaba, se levanta sobre un dolor cotidiano y horriblemente habitual de la sangre vertida a todas horas. Entre explosiones de oír el poeta su voz y sabe encontrarla —en pos de una gloria roja— su acento lírico en todo momento conseguido.

Nadie dudará ya que la guerra "zamarrea diariamente a Rafael Alberti, con toda su potencia creadora", y que su altísima vocación poética le consigue, pese al cambio de voz, una gran pureza para su acento.

Con enorme sinceridad expresa Rafael Alberti las dificultades del nuevo camino de su poesía. También su voluntad de seguirlo sin descanso.

BERNARDO CLARIANA

REVISTAS RECIBIDAS

Hemos recibido:

Unidad, órgano de la A. I. A. P. E., de Buenos Aires, Argentina.

El número 35 de la Revista Sur, de la Argentina, con un interesante ensayo de Victoria Ocampo sobre "Virginia Woolf" y otro de Jacques Maritain sobre "La guerra santa".

Frente Popular, Santiago de Chile. Repertorio Americano, Semanario de Cultura Hispánica.—Costa Rica.

América, publicación del grupo América. Quito (Ecuador).

Combat. Hebdomadaire. Bruselles (Bélgica).

Frente a frente, órgano de la L. E. A. R. (México).

Boletín de la Agrupación Estudiantil. Buenos Aires (Argentina).

Correspondencia Indoamericana. Revista de orientación. Santiago de Chile (Chile).

The Fight, Against War and Fascism. New York.

Russie D'Aujourd'hui, Revue Bimensuel. París (Francia).

La U. R. S. S. En construction. Revue mensuelle illustrée (Moscu).

Sovietland. Revista mensual ilustrada (Moscu).

Regards. Revue hebdomadaire. París (Francia).

Democracia Española. Revista quincenal ilustrada. Manila (Filipinas).

Porvenir. Revista mensual. La Habana (Cuba).

Juventud, órgano de la Hermandad de los jóvenes cubanos. La Habana (Cuba).

Avance. Semanario de los Trabajadores. Buenos Aires (Argentina).

Bulletin de la Federation Internationale. París.

Confederation Internationale des Etudiants. Bruselles (Bélgica).

España. Prensa Hispánica. Buenos Aires (Argentina).

América. Periódico de propaganda doctrinaria. Bogotá.

El Maestro Rural. Publicación mensual. México.

Le Journal de Moscu. Hebdomadaire politique economique, social et literarie. Moscu.

Revue de Moscu. Publication mensuelle illustrée. Moscu.

Mediodía. Semanario popular. La Habana (Cuba).

Hechos de la U. R. S. S. Publicación mensual chilena. Santiago de Chile.

Krowisk van Hedendaebuhe kust en Kulture. Amsterdam (Holanda).

Orientación social. Revista mensual. La Habana (Cuba).

Este canje de NUEVA CULTURA se halla a disposición del público en la "Sala de lectura" de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, Triunfo de Caballeros, 9, de 4 a 7 de la tarde.

En los próximos números continuaremos dando a conocer el total de publicaciones que se reciben tanto nacionales como extranjeras.

MOMENTO E HISTORIA

OTRA VEZ JUAN RAMON

Qué hondo respiro y qué satisfacción desahogo al escuchar en esta hora, segada por el filo divisor de la guerra, la voz henchida de responsabilidad de los auténticos maestros que nos dicen desde acá, en su puesto de lucha, el grito castrense de ¡Presente! Es ésta la hora de la verdad y el recuento; ya no caben, tras un año de lucha, tibiezas ni bamboleos; las posiciones quedaron bien delimitadas, y la actitud funambulesca de los que quisieron guardar el equilibrio en el cómodo ten con ten de la vela a Dios y al diablo resulta tan estúpida como criminal. Bien estaría, pues, hoy, ante el menudeo de las defecciones, que solemnizásemos este primer aniversario de nuestra epopeya con un balance íntimo de actitudes y una pública reafirmación de fe antifascista.

Hasta aquí—desde Cuba—nos llega la voz solemne y ejemplar de Juan Ramón Jiménez, hablando la dura prosa del momento. El poeta, hincado en la medula del momento español, ha dicho una vez más a los que tienen ojos y oídos y no ven ni escuchan, nuestra suprema y dolorosa verdad; y para esto no ha hecho más que reafirmarse en su posición de un ayer inmediato.

En septiembre pasado, al abandonar Juan Ramón los Estados Unidos, entregó una nota al Secretario del Comité de los Amigos de la Democracia Española en aquel país, para ser leída en el primer gran mitin que se celebrase en Nueva York en apoyo del Gobierno español. Al año casi de escrita conserva la misma actualidad e igual verdad, plenamente confirmada por los dichos y los hechos. Y por esta su verdad y actualidad ha

servido hoy de adecuado pórtico a la charla que sobre el tema «Pueblo de España» ha pronunciado en el Círculo Republicano Español de la Habana.

La insertamos aquí, con una nueva y actual faceta de su sensibilidad poética:

«Acabo de llegar de España; he compartido en Madrid el primer mes de esta terrible guerra nuestra, y traigo todo mi ser conmovido por el hermoso ejemplo (único, creo yo, en la historia conocida de las guerras más o menos civiles del mundo) que ha dado el gran pueblo español.

En un solo día de visión rápida, de absoluto recobro de entera incorporación, nuestro pueblo tomó su puesto en todos los frentes contra la traición militar, preparada año tras año en medio de su noble confianza.

¡Y con qué frenético entusiasmo! El contrario engaño armaba su conciencia. Madrid ha sido, durante este primer mes de guerra, yo lo he visto, una loca fiesta trágica. La alegría, la extraña alegría de una fe ensangrentada rebosaba por todas partes; alegría de convencimiento, alegría de voluntad, alegría de destino favorable o adverso, y este frenesí entusiasta, esta violenta unión con la verdad, habrían decidido desde el primer momento el triunfo justo del pueblo, si la revolución militar no hubiese sido amparada por codiciosos poderes extraños. Y España, la República española democrática y legal, estaría hoy reorganizándose, completando su firme ejemplo ante el mundo.

Mi ilusión, al salir de España para cumplir otros espontáneos deberes generales y particulares, era hacer ver la verdad de la guerra a los países extranjeros cuya Prensa, supongo que por deficiencia de información, presenta los hechos con un aspecto distinto de la realidad.

Se supone generalmente, y se dice en muchos periódicos americanos y de otros países, que el Gobierno español carece de fuerza, de justicia y de orientación. Si hubiese carecido de fuerza, ¿cómo hubiera podido hacer frente en un día, con los relativamente escasos elementos armados que le fueron fieles y con un pueblo que no había querido antes armar, a una revolución militar casi total y elaborada durante años? Y el Gobierno español ha procurado y sigue procurando por todos los medios a su alcance el respeto y el orden civiles. De esto estoy bien seguro, porque conozco y he oído constantemente al Presidente de la República y a algunos de los ministros del Gobierno. En todas las grandes conmociones de la naturaleza y de la vida hay zonas de sombra que nadie puede fácilmente alumbra, comprender ni dominar, y nada grande puede ser instantáneamente perfecto.

Las injusticias parciales, los desmanes de todo género, se cometen, sin duda, en España por grupos de los dos lados enemigos; pero, ¿de qué manera tan distinta son llevados por el Gobierno y por los militares contrarios! Estos militares organizan y dirigen militarmente el crimen y la venganza, des-

truyen pueblos, traen moros salvajes, eternos enemigos de España (éste es otro asunto) y legionarios extranjeros, famosos por su inmoralidad y su crueldad, para que, a cambio del botín, desarrollen plenamente sus actividades criminales. El Gobierno de la República y los representantes verdaderos del Frente Popular, en cambio, condenan cada día en la Prensa, por la radio, por decretos, todo acto innecesariamente cruento o destructor; y sus milicianos, su aviación, sus fuerzas de Asalto, sus carabineros, sus mozos de escuadra, sus marinos, dan muestra constante de medida y dignidad. Es claro que no se puede evitar que tales grupos que mero-dean al margen de toda catástrofe, y que existen también normalmente en épocas de paz en todos los países, cometan, favorecidos por el desorden de la guerra, y en su nombre, actos que todos lamentan, que todos lamentamos, que son, en muchos casos, sancionados rápidamente por las mismas fuerzas leales al Gobierno.

Pido aquí y en todas partes, simpatía y justicia, es decir, comprensión moral para el Gobierno español, que representa la República democrática, ayudada por el Frente Popular, por la mayoría de los intelectuales y por muchos de los mismos elementos conservadores. Si el Gobierno español se sintiera alentado, honradamente y sin miras avaras, por esa justicia y esta simpatía universales, podría acelerar la verdadera victoria, en la que los amigos del mejor destino de España confiamos, y a la que esta España, única en su cimiento invariable, tiene pleno derecho. Y pensad bien que esta victoria no sería sólo de España, sino del mundo. Esta victoria pondría a España en condiciones de desenvolverse pacífica, noble, consciente, su lógica evolución social, con arreglo a su propio genio y carácter, sin dependencia política de otros países, que no la necesita, y evitaría quizá con su ejemplo la guerra del mundo, traída al mundo por los falsos, los pequeños, los miserables, y que en estos momentos está ya aguzando en lo bajo sus más espantosos filos.»

A. D.

GINEBRA EN TRANCE DECISIVO

Las chispas del incendio español consumen, con vertiginosa celeridad, un área cada vez más colosal.

Ya las fronteras naturales de una geografía sabia y las barreras políticas que, pintando líneas sinuosas, pretenden cerrar países y definir convenios universales, perdieron toda su consistencia utópica. Londres, Roma, París, Berlín tienen sus plantas chamuscadas por el rescoldo del círculo ibérico en ascuas.

Ya nada, ni nadie, podrá escapar a su voracidad, ni tan siquiera aquellos cuyas elucubraciones diplomáticas pretendían contener mentalmente, en discursos y lamentaciones, la ola devastadora del occidente mediterráneo. El con-

flicto pavoroso provocado en tierras españolas, donde la paz y la convivencia internacional eran estimadas como un factor indispensable de progreso y cultura, tenía, antes de iniciarse su trama en el brumoso Berlín, alcances europeos e intenciones mundiales.

La piel de toro que define físicamente nuestras costas de entre los restantes estados europeos (extraño, pero coincidente acierto de las fuerzas telúricas), metamorfosea su contorno, pierde su forma primitiva y el perímetro europeo en toda su extensión se adivina bajo las convulsiones de nuestros combates encarnizados. Ginebra está dentro de ese perímetro y los destellos de catorce meses de incendio iluminan el palacio donde la causa de la Paz se dirime constantemente.

A muchas y varias pruebas ha sido sometida Ginebra. Duras y difíciles. Pero ninguna como la actual. Ginebra va a someterse a la terrible prueba del fuego, y el pueblo español, que forma parte de la comunidad internacional de la S. de N., tal vez con más derecho que ningún otro país, espera que un robustecimiento sólido sea la consecuencia de la aguda crisis experimentada. Mas antes hemos de analizar la constitución de la S. de N., para conocer mejor y estar mayormente seguros del diagnóstico de vida.

La Sociedad de Naciones tiene, relativamente, remotos antecedentes que no hemos de mencionar aquí. Sin embargo, interesa ver a impulsos de qué causas internacionales moviéronse las naciones para constituir esa especie de federación de Estados.

La comunidad internacional, o, mejor dicho, el sentido de asociación de los países, tiene su origen económico en el propio desarrollo de las relaciones internacionales de tipo comercial, financiero y político. De esta forma se llega a un tejido de relaciones y obligaciones contractuales entre la mayor parte de Estados, que desde entonces se hace indispensable y que envuelve, en virtud de ese cuerpo jurídico universal que va cristalizando, la libertad de acción, condicionándola a determinados principios.

Ahora bien, a medida que avanza el régimen capitalista, van complicándose esas relaciones entre Estados. La competencia de mercados, la distribución de colonias, las crisis económicas internas, van haciendo más imposible e irreconciliable la convivencia entre países. Surgen los ataques de Estados agresivos contra esa evolución del pacifismo, y éste se encuentra impotente. Son dos movimientos opuestos en su contenido e intenciones, pero paralelos en su desarrollo. Es necesario pensar ya en las medidas coercitivas que esa federación de Estados debe imponer al agresor. Pero los principios liberales que impulsan el mantenimiento de la paz, se apoyan en un sedimento excesivamente doctrinal y abstracto. La libre República estado-unidense dirige, a través de su presidente Woodrow Wilson, un mensaje lleno de bondad a Europa, disponiendo a todos los países a una paz bíblica. El

presidente Wilson es un liberal formado en las doctrinas abstractas de la Revolución de Francia, y su ensayo de «convencional» se esfuerza por ignorar las propias esencias del imperialismo. Pero una guerra ha pasado, y sobre sus millones de muertos se crea, en el año 1919, la Sociedad de Naciones, con residencia en Ginebra.

Los artículos del pacto ginebrino constituyen, realmente, una magnífica legislación de derecho positivo. En él son claramente visibles las huellas indelebiles de la Guerra Mundial. Sobre la experiencia amarga de la misma. Se ha previsto todo lo necesario para que la paz sea un hecho duradero. No obstante, con ello ser mucho, no se han dado pasos decisivos en la práctica del Pacto mismo, así como cuanto a su observación se refiere.

De algunos años a esta parte nos llamamos ante formas de agresión que, al no constituir una transgresión casual o esporádica de los principios del Pacto, ejecutada por cualquier Estado, sino más bien expresión y norma de voluntad gubernamental de determinados Estados, como en el caso de Alemania e Italia, amenazan reducir a la nada tantos esfuerzos y revivir sin esperanzas de término y en estado permanente la Guerra Mundial.

La guerra de invasión que hacen a España abiertamente, como en los mejores tiempos de conquista, Hitler y Mussolini, tiene la posibilidad de robustecer a la S. de N. haciéndola recobrar toda la eficacia con que fue inspirada, o bien puede, del mismo modo, liquidar las mínimas garantías del Pacto ginebrino, inaugurando entonces un período de desolación y vandalismo que convertiría a la civilización en una añoranza vagamente recordada.

Legislación de paz. Muy bien, pero al lado de ella, y confundida sustancialmente, la fuerza de los Estados reunidos. La fuerza es, en determinadas etapas del desarrollo social, la realización del derecho y su traducción cuando se le oponen obstáculos y se llega a la agresión. En esta cuestión de principio reside la solución del problema español y la garantía firme de la existencia de la S. de N.

Nyon, con todas sus limitaciones, es la afirmación de la fuerza impuesta a aquellos Gobiernos delincuentes cuya nefasta existencia está determinada por la mayor o menor capacidad de escamoteo que las democracias demuestren respecto a los principios de Ginebra.

Y si una voluntad demencial de suicidio no se ha apoderado del mundo, la S. de N. debe ser la más sólida esperanza de todos los pueblos progresivos y libres.

JUAN RENAÚ

NOTA.—Por falta de papel y otras dificultades materiales, nos hemos visto precisados a retardar la aparición de estos números. No dudamos que nuestros lectores sabrán perdonarnos esta falta considerando las actuales circunstancias.

NUESTROS MUERTOS

JOSE MARIA MORON

Sobre la tierra andaluza ha caído la sangre de otro poeta español asesinado por el fascismo: José María Morón. Con su insaciable ansia carnífera los fusiles italianos buscan el noble pecho de los poetas para disparar sobre ellos el plomo y el odio largo tiempo contenidos. A Federico lo encontraron en los jardines granadinos y allí mismo le dieron muerte. A Morón lo han encontrado dentro de las antiguas minas de Onuba, donde él tenía colocada su vida. La luz que el poeta dejaba tras su palabra era un ataque violento frente a la noche cerrada que los traidores tratan de echar sobre nuestro suelo. Hasta el fondo mismo de las minas bajaba Morón con su poesía de solidaridad hacia los mineros. En esas galerías proletarias construyó su obra y decidió su vida hacia una senda justa y limpia. Vivía en la zona minera de Río Tinto, donde el capital extranjero crece sin freno merced a la explotación de los trabajadores andaluces. Nadie recogió este dolor escondido sino José María Morón, que vivió junto a él hasta sentirlo como propio. Por esto, desde el primer disparo de la sublevación, lo buscaban rabiosamente los perros fascistas adentrando la boca siniestra de sus fusiles por la entrada de la mina. El último grito del poeta resonó hermosamente unido al de los demás obreros asesinados.

Hace años, cuando su poesía sólo era conocida de los barrenos y de los hombres mineros, presintió su muerte terrible y la cantó diciendo:

Cuando menos lo esperéis
yo me perderé en la mina
una noche para siempre.

Por sendas de sombra helada,
por las entrañas del mundo
buscando el alma del agua.

¡Para siempre! ¡Para siempre!

Para siempre, donde se quedaron tantos inmóviles. Para siempre, donde las explosiones de la tierra se llevan de vez en cuando los cuerpos humildes que la trabajan.

La súbita explosión. Los alaridos
de cuerpos rotos, de cabezas chatas.
Bloques rugientes, sobre los heridos...

Y un hospital de ausentes primaveras,
donde van los azules guardavías
con sus palas de palo y sus banderas.

¿Qué poetas quedan ya en las provincias invadidas, después del fusilamiento de García Lorca y ahora el de Morón? Ningún poeta verdadero. Llegada la hora en que aparecen los vendidos y los sometidos fácilmente, el poeta sólo puede salvarse ante sí mismo y ante el mundo saliendo hacia la pradera eterna que la muerte le ofrece.

José María Morón, poeta de mi tierra: He de llegar hasta el triste lugar donde la tierra te abraza. He de llegar con el son victorioso de los soldados de la independencia española. Manos de soldados y de poetas cubrirán de flores tu fosa si antes la guerra no me cierra el camino.

ANTONIO APARICIO

ANTONI RUBIO I LLUCH

La darrera vegada que el vaig veure amb vida, al moment d'estrenar-li la mà per acomiadar-me, no vaig poder estar-me de dir-li:

—Doctor Rubió, me'n vaig content. Vós podreu dir el que vulgueu però jo veig com reaccioneu quan parlem de les coses que sempre us han interessat.

La seva cara va eixamplar-se en un somriure. Havia començat la conversa tot planyívol. Era tota la seva vida que es tancava. Els progressos de la sordesa semblaven impressionar-lo molt; i no era sorprenent en un home com ell que, en compensació a la seva vista misèrrima, havia tingut una audició finíssima, incapaç de suportar sense molèstia, a classe, durant la seva pròpia explicació, el soroll més insignificant, el més sigil·lós comentari. Ara confluen les dues malesures a limitar-lo i a isol·lar-lo, a impedir-li o a dificultar-li el refugi en el treball que tan benèfic podria haver-li estat. La mort de la seva muller havia produït en ell una maleconia inguarible que l'haurà acompanyat els darrers anys de la seva vida. I era una cosa impressionant de sentir, i més encara d'endevinar, en les paraules d'aquell vellet, tota la buidor desolada que aquella separació havia dut a la seva ànima. Les seves limitacions físiques no feien sinó acarar-lo més amb el seu dolor. Però quan la conversa va poder saltar als temes d'història, de literatura i d'erudició, l'erudit, el literat i l'historiador no van trigar a ressorgir. Recordo que em va demanar de llegir-li un fragment de "Rondaia de rondaies", de Tomàs Aquiló; que em va parlar de la seva darrera monografia sobre la Grècia catalana; i que, un cop més, el darrer, va mostrar-me el seu epistolari, tota una prestàgeria plena de carpetes on hi ha ordenada la correspondència rebuda al llarg de la seva vida.

No havia de tornar a veure'l sinó mort. Jeia en el taüt, a poca alçada de terra. Sobrava la cara esblanqueïda i xuclada, en contrast amb la cara congestionada i plena d'altre temps. Però un cop superada aquesta primera impressió, l'esguard reposava en l'expressió tranquil·la i serena d'aquell rostre. Ni el somriure dels morts ni el desvaliment dels morts. Ni desolació ni ruïna. L'agonia no havia durat ni mitja hora. El taüt esdevenia una estada normal, pacífica. Son? Somni? Traspàs? Cap interrogant. Res que toqués el misteri o l'esglai. Un acabament normal, simple, acollidor.

Al meu costat hi havia un dels seus deixebles preferits. Tots dos érem així, davant del mestre, drets, immòbils, atents. Era la darrera lligó. Fins que

vam haver sortit de la cambra no vam bescanviar cap mot.

I érem al seu despatx. Tot com abans; tot gairebé com en aquell pis del carrer de Claris on havia viscut tants anys, on havia iniciat en els treballs històrics els seus deixebles escollits, on havien desfilat tantes personalitats literàries i científiques d'Europa i d'Amèrica. "Penseu si en fa de temps que vivia en aquell pis —m'havia dit en una de les darreres visites— que ja va venir-hi a acomiadar-se'n En Parauco quan se'n va anar cap a la guerra de Cuba"... Tot segueix igual: les prestatgeries atapeïdes de llibres, el lloc dels quals ell retrobava a les palpentes; el seu car epistolari, les butaques on li plaïa de seure, la taula de treball amb l'afegit de pupitre que s'havia fet construir perquè els papers li restessin més arran de la vista, el llum especial que encara l'havia ajudat a treballar en temps no gaire llunyans. De vegades encara escrivia. Crec que els seus darrers escrits hauran estat memòries íntimes, presidides pel record de la companya de la seva vida i del seu treball. Però encara havia pogut laborar en estudis històrics. La seva darrera producció haurà estat un prefaci: el prefaci a una de les obres més importants de la seva existència laboriosa: el "Diplomatari de l'Orient català", vasta col·lecció de documents relatius a la intervenció dels catalans en terres del Pròxim Orient, obra d'anys y anys, que ha aconseguit d'arribar, es pot dir, a veure entel·lida. Les darreres proves que van portar-li'n atenyien l'any 1407; l'obra es clou el 1410, fi de la dinastia catalana.

—Ja només falten tres anys—va comentar.

Era qüestió d'uns quants documents més.

El prefaci d'aquest gran llibre, que aviat el tornarà a fer viuent entre nosaltres, va dictar-lo. Després ja no va treballar en res més. Les limitacions s'accentuaven. S'acostava el desenllaç. Encara no fa gaires dies, el seu fill Jordi va presentar-li el darrer volum de l'Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans, recentment aparegut. Li va anunciar amb goig l'esdeveniment, creient donar-li una satisfacció. Però, en la indiferència de l'home ja totalment després del món i abocat al més enllà, va limitar-se a dir:

—Tant se me'n dona.

S'equivocava. Li interessava encara. Era, segurament, una de les poques coses que encara podien interessar-li. I, al cap d'uns instants, va dir:

—Deu ésser un tomàs. Deixa-me'l tocar.

I la seva mà vacil·lant de cec, aquella mà d'estudiós i de bibliòfil que havia tingut i fullejat tants volums, va resseguir-lo curosament.

Havia tocat un llibre per darrera vegada.

FERRAN SOLDEVILA



ARCHIVOS
ESTATALES

MADRID CAERA MAÑANA...

...y una celebración solemne se prepara

NOTAS DE LA ALCALDIA

La Compañía de Aguas de Burgos, «El Porvenir», y La Electra Distribuidora de Saltos del Duero, acordaron suministrar gratuitamente y durante tres días, cuanto flúido eléctrico se necesite para las iluminaciones que deseen realizarse con motivo de la ocupación de Madrid por el glorioso Ejército español, lo que se recuerda para general conocimiento, interesando la Alcaldía de todo el vecindario que, como muestra visible de su adhesión al Salvador Movimiento Nacional, tengan preparadas para el momento oportuno iluminaciones en los balcones y portadas, y en el caso de que no puedan realizarlo, lo suplan en cuantas manifestaciones o actos se celebren de noche, encendiendo las luces interiores y abriendo las contraventanas de forma que se hagan resaltar al exterior las colgaduras o los papeles transparentes con los colores nacionales y de las banderas de las organizaciones patrióticas que se coloquen en los cristales.

Igualmente interesa la Alcaldía de aquellos vecinos, por cierto en corto número, que no cuelgan en sus balcones, que pongan todos los medios para poder hacerlo a la mayor brevedad posible, con el fin de que todo Burgos colabore, dentro de sus medios, a dar el mayor realce a cuantos actos patrióticos puedan celebrarse en lo sucesivo.

(«Diario de Burgos», 18 de febrero.)

Sevilla se preocupa ya de los madrileños y de sus estómagos vacíos

Sevilla.—La Cámara de Comercio ha publicado una nota diciendo que todas las de su clase han sido requeridas para organizar el envío de mercancías a Madrid cuando éste caiga en poder de las tropas nacionalistas. Para ir preparando los trabajos oportunos, la Cámara ruega a los comerciantes e industriales que faciliten nota de los artículos que pueden servir, de las existencias con que cuenten, etc., los proveedores que tengan relaciones comerciales con la capital de España y deseen reanudar su tráfico, lo comunicarán inmediatamente a la Cámara de Comercio interina de Madrid, domiciliada por ahora en Valladolid, a la que deberán hacer oferta de sus artículos en forma comercial.

(«A B C», Sevilla.)

...mientras los navarros abrigarán sus carnes

Pamplona.—El gobernador civil, señor Pont, ha dicho a los periodistas que el Ayuntamiento de Ochagavía le ha remitido con destino a los necesitados de Madrid, cuando esta población sea liberada, ocho mantas, tres almohadones, tres sábanas, dos camisetas, unos calzoncillos, una toalla y una camisa, prendas donadas por los vecinos de dicha villa.

(«Diario de Navarra», Pamplona.)

También los obreros tendrán pan y trabajo...

Toledo.—Habiendo sido creada por el Requeté la Bolsa de Trabajo para la entrada en Madrid, nos interesa lo siguiente:

«Obreros» que puedan ir a Madrid para prestar sus servicios «temporalmente». «Obreros» que puedan ir a Madrid para prestar sus servicios «definitivamente». Por lo tanto, todos aquellos que les interese pueden pasarse por las Oficinas del Secretariado de la Obra Nacional Corporativa, para informarse y facilitar los datos siguientes: Nombre, edad, oficio, estado y número de familiares.

(«La Información», Cádiz.)

...médicos los enfermos y clientes los médicos...

Se pone en conocimiento de los señores médicos colegiados de Madrid, adheridos a la Junta de Gobierno provisional que se constituyó en Burgos el día 7 de noviembre último, y de los que, no habiéndolo hecho, deseen dar su nombre, se dirijan para cuanto se relacione con la mencionada Junta a la oficina instalada en Valladolid (Instituto Provincial de Higiene. Calle del Prado), donde serán atendidos en cuantas consultas o datos deseen conocer referentes a la clase y el Colegio.

(«Heraldo de Aragón», Zaragoza.)

...maestras sapientísimas los niños...

Aviso a las maestras católicas.—Necesitándose maestras católicas para las escuelas nacionales de Madrid, se recomienda a todas nuestras afiliadas y a aquellas que, no estando en nuestra organización, posean el título de maestra nacional católica, se pasen por nuestro Centro (plaza de España, esquina a Pozo de las Nieves), para informarles de cuanto hay sobre el particular, para cubrir plazas de maestras en las escuelas de Madrid, aunque sea con carácter provisional.—La Junta de Damas Margaritas.

(«La Información», Cádiz.)

...y todos los cesantes acomodo

Hemos recibido del Juzgado especial militar número 12, de la plaza de Madrid, el siguiente requerimiento, cuya publicación se nos interesa:

«Por medio del presente se requiere a cuantos funcionarios y personal del Ministerio de Instrucción Pública de Madrid, o de organismos dependientes del mismo, Universidades, Escuelas especiales, Instituto Geográfico, Cuerpo de Archiveros, etc., etcétera, y que hayan sido declarados cesantes por el Gobierno rojo, tuviesen su residencia en la plaza de Madrid y actualmente se encuentren en territorio liberado, se dirijan por carta o escrito a este Juzgado especial que actúa en la plaza de Talavera de la Reina, expresando con toda claridad su nombre, y apellidos, fecha en que fueron declarados cesantes, cargo que desempeñaban y tiempo que permanecieron en Madrid desde el 18 de julio de 1936.

Se advierte la conveniencia de cumplir el presente requerimiento, en evitación de perjuicios que, de no hacerlo, puedan sobrevenirles.

Talavera de la Reina, 13 de abril de 1937.—El Secretario. Hay una firma ilegible.—Hay un sello que dice: Auditoría del Ejército de Ocupación. Madrid.

Es copia.—El Secretario, Francisco de la Iglesia Pinilla."

(«A B C», Sevilla, 23 de abril.)



¡LA CULTURA ES NAZIONALISTA!

De don Joaquín Costa...

El general Queipo de Llano se refirió después a la propaganda que hacen los marxistas, en la que emplean a los intelectuales que se hicieron comunistas porque no podían conseguir nada en otro sitio. Ninguno de estos intelectuales puede compararse con aquel gran Costa, insigne patricio que, por desgracia para España, murió hace muchos años. Ninguno de los de la generación del 98 tenía la inteligencia de Costa. Azaña, Caballero, Prieto, la Pasionaria, la Nelken...

Por eso ha habido quien ha dicho que si viviera estaría al lado del general Franco. En un libro de Costa, titulado «Reconstrucción y europeización de España», se propugna por una dictadura nacional y se critica duramente a las Cortes.

Costa repetía muchas veces esta frase: «Para salvar a España hay que empezar por derribar el palacio de las Cortes.»

El general Queipo de Llano leyó algunos párrafos del libro mencionado, en apoyo de sus anteriores afirmaciones.

Cuando Costa escribía todo esto—continuó diciendo el general Queipo de Llano—, Franco tenía siete años de edad, y lo que Costa no pudo ver con sus ojos lo está viendo esta generación. Con razón decía Costa que España necesitaba un régimen de acuerdo con el modo de ser del pueblo español, enemigo del parlamentarismo.

(«Heraldo de Aragón», Zaragoza, 21 de abril.)

...a Juana de Arco

MARCAIN.—VELADA CULTURAL

A las cuatro y media de la tarde del día 11 de abril, y en el local amablemente cedido por los señores de Iriarte, tuvo lugar en Marcalain un acto simpático y atrayente, organizado por las Margaritas de este lugar, en el que se puso en escena el precioso drama en cinco actos, de J. Barbier, titulado «Juana de Arco», que fué la heroína francesa, la personificación del patriotismo francés y una de las figuras más puras de la historia de Francia, siendo Juana de Arco beatificada por el Papa Pío X en el año 1909.

Pues bien; los distintos personajes que intervinieron en esta obra fueron representados con grande habilidad por las distinguidas señoritas María Teresa Les, Juana y Aniceta Vidaurre, Clara Aguinaga, Josefa y Marichu Goicoechea, María Fernández, María Urriza, Nicolasa Echapare, Basilia Arteta y Fermína Lecuna, dirigidas con no menos maestría por la distinguida esposa del médico D. Antonio Bijanda.

Tanto desde que aparece en escena Juana de Arco como en las visiones que ésta tuvo de San Miguel y Santa Catalina, ordenándole que salvase a Francia asolada por la invasión inglesa, como después abandonada traidoramente por los suyos en que un tribunal la declaró culpable de herejía y la condenó a ser quemada viva en la hoguera, fueron representados tan vívidamente que impresionó grandemente al numeroso auditorio allí reunido.

A tono con la obra estuvo la distinta y artística decoración del improvisado escenario, en cuya parte superior del frontispicio se leía esta inscripción:

«¡ Viva España !!! ¡ Viva Franco !!!»

(«Diario de Navarra», 15 de abril.)

!!! Queipo descubre un falangista en el frente!!!

Buenas noches, señores. En el día de hoy he tenido una gran satisfacción acudiendo a Jerez de la Frontera para imponer por mí mismo la Medalla Militar que le ha sido concedida a un bravo hijo del pueblo llamado D. Fernando Zamacola.

Es un caso especialísimo este de Fernando Zamacola. Afiliado a un partido como el de la C. N. T., creo que sindicalista, al estallar los sucesos que hoy están destrozando a España, sintiendo por encima de todo la idea de Patria, se puso a nuestro lado, inscribiéndose en Falange Española, y por sí mismo, en unión de su hermano, organizó una falange en Rota.

Después siguió su labor hasta formar un núcleo de importancia, que ha sido un elemento muy valioso en las operaciones que se han llevado a cabo. Zamacola ha sido siete veces herido, y en todo momento y en todas partes, cuando hace falta un hombre decidido, allá se presenta Fernando Zamacola con un valor temerario y un instinto de la guerra verdaderamente notable.

No es sólo esta recompensa la que se le ha concedido: se le ha otorgado el nombramiento de alférez honorario, y está propuesto para la segunda Medalla Militar y para la Cruz Laureada de San Fernando. Es un hombre que honra al pueblo, demostrando que continúa el valor legendario de la provincia de Cádiz. Es un hombre de valor extraordinario, y además ha revelado condiciones especiales como conductor de masas.

Sin instrucción militar apenas, ha llegado a ser un instrumento de suma utilidad para cualquier circunstancia de momento, y lo que es más de señalar, que todos los elementos que están a sus órdenes tratan de imitarle en todo.

He tenido la satisfacción de estrechar en mis brazos a ese digno representante del verdadero pueblo.

(«Diario de Cádiz», 29 de marzo.)

...mientras Aragón es un remanso idílico!

La nueva calle de Franco ya no la ronda la izquierda, porque se han marchado todos con los rojos a Tardienta.

A la España triunfadora hay que hacer un monumento: éste será en Aragón, y el general Ponte en medio.

La comida de Almudévar yo la pienso recordar cuando cantemos la Jota con los rojos a Tardienta.

(«Heraldo de Aragón», Zaragoza, 19 de enero.)

EMILI NADAL

Libros puestos a la venta por la

ALIANÇA D'INTEL-LECTUALS PER A LA DEFENSA DE LA CULTURA

Función social del cartel publicitario.—JOSÉ RENAÚ. Introducción de Francisco Carreño.—2 pts.

Elegía a un mort.—RICARD BLASCO. Senyal de Carles Salvador. (Primer volum de la col·lecció ESPIGA).—2 ptes.

Tipografía Moderna, Avellanas, 9.—Teléfono 11062.—Valencia



3 Pesetas—Redacción y Administración: Trinquete Caballeros,

ARCHIVOS
ESTATALES